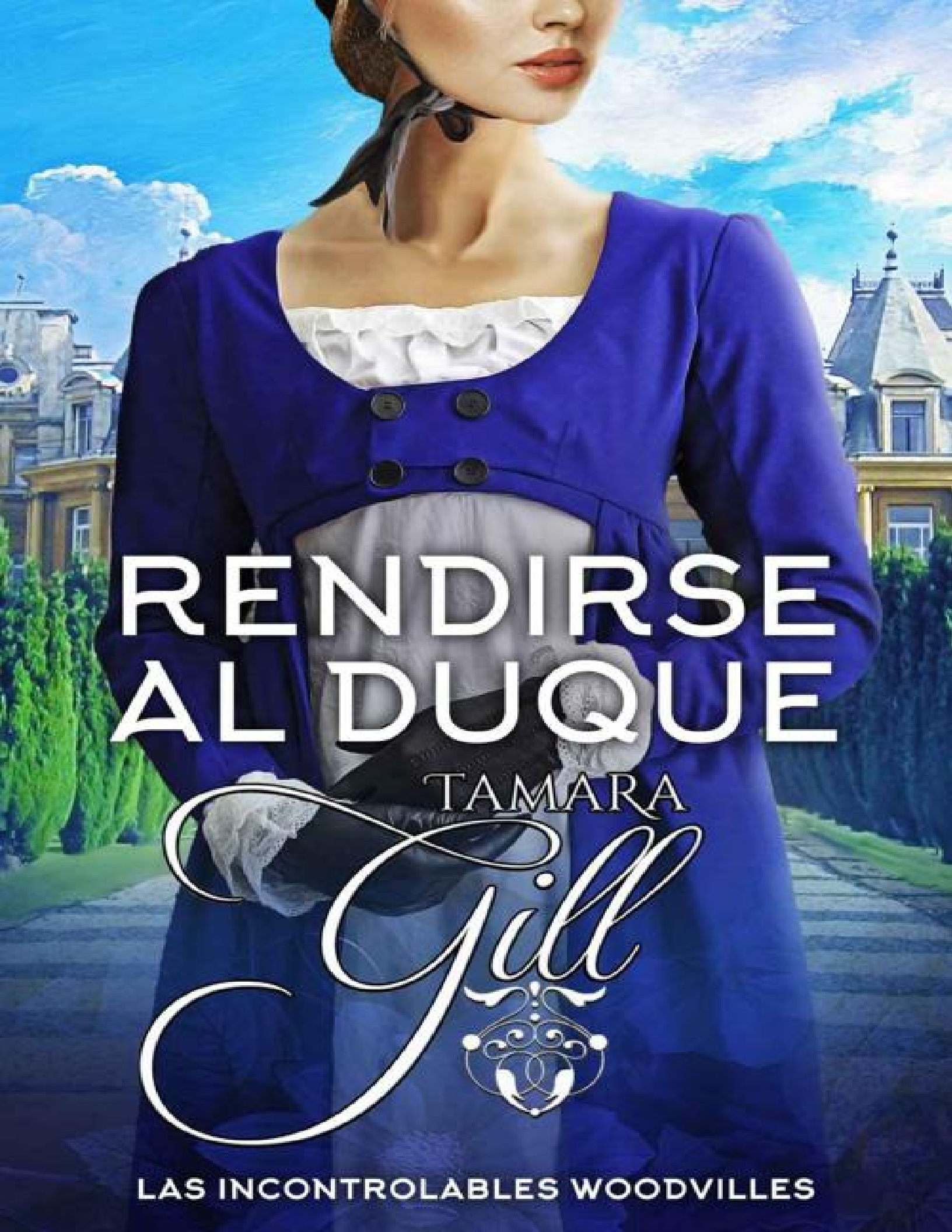




RENDIRSE AL DUQUE

TAMARA

Gill

LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

**RENDIRSE
AL DUQUE**

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Rendirse al Duque
Las Incontrolables Woodvilles, Libro 6
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Rendirse ante el duque será fácil. No perder su corazón ante él es un asunto completamente distinto...

La señorita Lila York debería haber rechazado la petición de su hermana. Pero como no lo hizo, ahora se encuentra en la desafortunada posición de viajar a Londres, fingiendo ser su hermana, y rechazando a un hombre —un hombre al que ella ha anhelado desde lejos para sí misma durante mucho tiempo. Si tan solo decir que no fuera tan fácil como todos parecen pensar...

Knox King sabía que era hora de dejar de lado sus costumbres libertinas y finalmente sentar cabeza en el matrimonio. La señorita York, la joya de la temporada, sería una novia perfecta. Pero está claro que ella no está siendo completamente honesta con él. Y si hay algo que no puede tolerar, es una mentirosa... aunque sea la mentirosa más deseable que jamás haya conocido...

Cuando los secretos se revelan y las verdades se derraman, ¿es siquiera posible un final feliz para Knox y Lila? ¿O su futuro potencial se desmoronará en cenizas ante sus ojos?

CAPÍTULO ÚNO

Grafton, 1810

—¿HARLOW? ¿Qué haces en casa? —preguntó Lila a su hermana mientras entraba en la sala principal de su modesta casa de campo, con un maletín en una mano y un abrigo en la otra. Dos lacayos la seguían, llevando un gran baúl escaleras arriba.

—He dejado Londres. La temporada era demasiado agitada, incluso para mí, y ya no me atrae, así que quería volver a casa y visitar a mamá y papá —Harlow dejó caer su maletín a sus pies, sobresaltando a Lila con el pesado golpe—. ¿Cómo están, Lila? ¿Ha mejorado su salud? —preguntó su hermana, mirando hacia el primer piso como si eso le diera más información.

—Han mejorado mucho y pronto estarán lo suficientemente bien como para dejar su habitación. Creo que en la próxima semana o así volverán a sus tareas habituales —dijo Lila, sentándose de nuevo en el sofá y retomando el tejido en el que estaba trabajando antes de la llegada de su hermana—. Espero que padre esté lo suficientemente bien para revisar los libros de cuentas. Las cuentas se están acumulando, demasiado incluso para que yo pueda mantenerlas al día.

—Eso es preocupante, pero muy bueno lo de su salud —Harlow se sentó frente a ella, desplomándose inelegantemente en el sofá, mirando fijamente la chimenea apagada—. Debes ir a Londres, tomar mi lugar en la sociedad y terminar la temporada por mí —soltó de repente, como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Yo? —Lila la miró fijamente. ¿Su hermana había perdido la cabeza?—. ¿Qué quieres decir con ir a Londres y terminar la temporada por ti?

—Bueno —Harlow titubeó—. Viajar a la ciudad y fingir que eres yo. Tenemos la misma altura y usamos el mismo talle de vestidos, zapatos y guantes, y aquí en Grafton siempre nos confunden. Podrías volver y nadie se daría cuenta.

—Pero yo no quiero otra temporada. Ya tuve dos, y fueron un desastre. No soy tan elegante como tú, y verían a través de mi fachada de inmediato —negó con la cabeza, la idea era suficiente para marearla—. Eres muy tonta por pensar siquiera en semejante plan.

Su hermana suspiró, golpeando el cojín del sofá con sus manos enguantadas.

—Debes volver y rechazar a Lord Billington con delicadeza por mí, porque yo no tuve el valor de hacerlo.

—¿Lord Billington está tras tu mano? —Lila dejó caer su tejido, su hermana captando toda su atención. Había conocido a su señoría en la boda de su mejor amiga, ahora Duquesa de Derby, hace varios años. Era un hombre apuesto, amable y honesto. Dudaba que muchas no quisieran casarse con un hombre como él.

Bueno, ella lo había conocido y se había enamorado espontáneamente. No es que él supiera siquiera que ella respiraba en este mundo. La idea de que sus afectos estuvieran dirigidos a Harlow le provocó un dolor profundo, y se estremeció.

—¿Por qué no deseas los afectos de Lord Billington? —preguntó, sin estar segura de querer saberlo. No si iba a escuchar que simplemente habían tenido un desacuerdo y pronto volverían a estar bien.

Su hermana resopló molesta y la miró con enfado.

—Hay muchos caballeros que me han cortejado esta temporada, y todos son muy educados y lo que una podría desear en un marido, pero no siento nada por Lord Billington. Él no hace que mi corazón se acelere como debería. Pero tampoco puedo ser cruel. Lord Billington, creo, está a punto de pedir mi mano, y me sentiré tan mal si tengo que rechazarlo.

Lila miró boquiabierta a Harlow, sin poder creer el razonamiento de su hermana para este plan absurdo.

—¿Y entonces quieres que yo vuelva a la ciudad, finja ser tú para rechazarlo gentilmente? Sabes que no soy capaz de fingir nada. Soy una pésima actriz, y tú eres mucho más delicada y femenina que yo. Es una de las razones por las que tu temporada ha sido un éxito y las mías han sido dos fracasos absolutos.

Su hermana se levantó del sofá y vino a arrodillarse frente a ella.

—Lila, por favor, ayúdame. No quiero volver a Londres. Y si arreglamos tu cabello como el mío, y usas mis vestidos, nadie se dará cuenta. Todos dicen que parecemos gemelas aquí en Grafton y Lord Billington, por mucho que pretenda estar interesado en mí, solo lo está porque soy la joya de la temporada. Nunca notará la diferencia.

—Olvidas que Hailey está en la ciudad, y verá a través de mi farsa y me delatará por este plan defectuoso.

Lila negó con la cabeza, sonriendo.

—Ah, pero también he pensado en eso. Debes pedirle a Su Gracia que siga nuestro plan.

—Nuestro plan. Tu plan, querrás decir —corrigió.

—Bien —su hermana puso los ojos en blanco—. Mi plan. Y pídele que guarde tu secreto solo durante las últimas semanas de la temporada. Cuando le expliques las razones, lo entenderá.

Lila alzó las cejas.

—No, no lo hará. Lo considerará tan malo como yo. No involucraré a su gracia.

Harlow desechó sus preocupaciones con un gesto.

—Y quién sabe, Lila, tal vez tu tiempo en Londres sea fructífero.

—O podría ser desenmascarada como la impostora que soy y quedar arruinada, y tú conmigo. ¿Has pensado en eso? La gente pensará que somos una familia terrible si alguna vez descubren que los engañamos a todos.

Harlow tomó sus manos, sosteniéndolas con fuerza.

—Por favor, Lila. No puedo enfrentar a Billington. Quiero quedarme aquí con mamá y papá. Quiero una temporada más antes de elegir con quién me casaré.

—¿Hay alguna razón por la que no desees el cortejo de Billington? ¿Ha sido forzoso o ha sobrepasado los límites de la cortesía? ¿Qué es lo que realmente te preocupa, Harlow? —preguntó Lila. Tenía que haber algo más detrás de la apresurada salida de su hermana de la ciudad. Pero, ¿qué?

Su hermana se mordió el labio inferior, incapaz de mirarla a los ojos.

—Amo a otro, y él ni siquiera sabe que existo, pero no me casaré con cualquiera solo para asegurar un matrimonio. Seré una solterona si es necesario, siempre y cuando no cometa el desastroso error de casarme con el hombre equivocado.

Las lágrimas se acumularon en los ojos de su hermana, y Lila le dio unas palmaditas en la mano, odiando verla disgustada.

—Está bien, iré a la ciudad y arreglaré las cosas con Billington. Esta noche organizaremos los vestidos, y me darás todas las invitaciones pendientes que hayas recibido. Volveré a la ciudad durante las próximas semanas y resolveré todo amigablemente, para que no haya mala voluntad entre Billington y tú.

—¿Lo harás? —Su hermana la miró a los ojos, la esperanza secando sus lágrimas—. Muchísimas gracias, Lila. Eres la mejor hermana que alguien podría pedir. No sé cómo agradecértelo.

Harlow se sentó a su lado y la abrazó con fuerza. —Nadie sabrá que no eres yo. Incluso tenemos la misma peca en el labio.

—Excepto que están en lados opuestos de nuestras bocas, Harlow —mencionó Lila.

Harlow desechó sus preocupaciones con un gesto. —Nadie recordará un detalle tan insignificante. Todo saldrá bien, y pronto estarás en casa, y yo me prepararé para la temporada del próximo año, donde estoy decidida a hacer que Lord Kemsley me vea esta vez, en lugar de ignorarme como lo ha estado haciendo. Hombre espantoso.

—Tal vez él no sea el hombre para ti. Debería verte ya, intentar cortejarte ahora si tiene algún interés. ¿Cómo no podría cuando eres tan encantadora y elegible?

—Sí, pero somos de la pequeña nobleza, no de la alta nobleza. Incluso nuestros amigos, los Woodville, tienen un poco de nobleza en su linaje, pero nosotras no. Todo lo que tengo es mi herencia, igual que la tuya, pero eso no fue suficiente para conseguirte ninguna oferta.

Las palabras de su hermana abrieron una herida que nunca había sanado. Sus temporadas habían sido días y noches sin nada espectacular en absoluto. Cómo había anhelado ser un éxito.

Volver a casa y declarar a su familia que había hecho un gran partido. Había sido un fracaso y no mucho más. —Excepto que a Lord Billington no parecía importarle tales verdades. ¿Estás segura de que deseas liberarlo de tus lazos? —preguntó Lila de nuevo. Por mucho que admirara a Billington, él no la había cortejado cuando ella estaba en Londres, y no podía interponerse en el camino de la felicidad de su hermana, no si Billington era a quien ella quería y todo este juego era una estratagema para hacer que se enamorara aún más de ella.

—No lo quiero como mi esposo. Es guapo, rico, todo lo que una mujer querría en un marido, pero no siento mariposas en el estómago cuando lo miro. De hecho, bien podría estar mirando una pared de ladrillos por toda la emoción que siento. Incluso podría sentir más por la pared que por su señoría.

Lila puso los ojos en blanco, sacudiendo la cabeza ante las palabras de su hermana. —Te has explicado claramente. Volveré a Londres mañana para salvarte el pellejo. Pero esta es la última vez, Harlow. La próxima vez que un caballero muestre interés en ti, y no tengas el valor de rechazarlo amablemente, yo tampoco lo haré. Tendrás que hacerlo tú misma o permanecer escondida para siempre. ¿Nos entendemos? —declaró Lila, sus palabras no admitían discusión.

—Lo entiendo, y estoy de acuerdo. Pero ya verás, Lila. No habrá otra situación así. La próxima vez que esté en Londres, ganaré el corazón de Lord Kemsley y tendré todo lo que deseo.

—Esperemos que así sea —declaró Lila.

Su hermana se levantó y se dirigió con paso airoso hacia las escaleras. —Iré a ver a Mamá y Papá ahora y haré que tu doncella prepare tus maletas. —Harlow se detuvo en el primer escalón, su semblante repentinamente serio—. De verdad te lo agradezco, Lila. Eres la mejor de las hermanas.

Lila se desplomó en el sofá, sin sentirse como la mejor de las hermanas. Ya se sentía como una mentirosa, una impostora que tenía que notificar a un caballero respetable y genuino que no quería casarse con él. Las cosas que hacía por su hermana. Nunca más. Esta sería la última vez.

CAPÍTULO DOS

Londres, 1810

LILA SE ACOMODÓ en la casa que su tía abuela y acompañante de Harlow había alquilado para la temporada. Se sentó en el sofá de su habitación mientras su doncella desempacaba vestidos, zapatos, sombreros y guantes, que ella misma había empacado para Harlow apenas unos días antes. La pobre mujer probablemente pensaba que ambas estaban confundidas.

—Aquí estás, querida. Me alegro tanto de que hayas cambiado de opinión y hayas vuelto a Londres —declaró la tía Mavis desde la puerta antes de entrar en la habitación y aconsejar a la doncella sobre cómo doblar la ropa interior. Su tía era de mediana edad con una abundante cabellera gris. Era la hermana mayor de su padre y se encorbaba un poco al caminar, pero aún conservaba la alegría de vivir de una debutante disfrutando de sus primeros pasos en la ciudad.

—Gracias, tía. Estoy encantada de estar de vuelta. Reflexioné sobre por qué necesitaba irme, y era justo que volviera y terminara la temporada como debía. Espero que no estés enojada conmigo.

—Bueno —dijo su tía, frunciendo los labios en una línea de desaprobación—. Solo un poco disgustada, pero si haces un gran matrimonio, lo perdonaré todo muy pronto. —La mujer mayor se rio y murmuró algo sobre el té antes de salir por la puerta sin mirar atrás.

Lila hojeó las numerosas invitaciones a eventos que Harlow había recibido. Muchas más de las que ella había obtenido cuando estuvo en Londres la última vez. No era tan ingenua como para no saber por qué su hermana era tan favorecida entre la elegante alta sociedad. Era carismática, divertida y segura de sí misma. Muy diferente a ella cuando se encontraba entre grandes multitudes. Solo se sentía cómoda entre amigos y familia, pero cuando estaba entre personas que apenas conocía, siempre parecía tener dos pies izquierdos y una boca que balbuceaba. O al menos así lo sentía.

Lila tomó un respiro para calmarse. La idea de volver a entrar en sociedad sin su buena amiga Hailey a su lado le revolvía el estómago. Tendría que mantenerse alejada de la duquesa, pues ella sabía tan bien como sus padres cómo descifrar las diferencias entre ella y Harlow. Y la duquesa le preguntaría qué hacía fingiendo ser su hermana.

Aunque no tenía intención de quedarse en Londres el tiempo suficiente para ser descubierta. Tendría una audiencia con Lord Billington, lo rechazaría de la manera más amable y rápida posible, y se marcharía de Londres de vuelta a Grafton.

—Señorita York, ¿le gustaría usar el vestido lavanda esta noche? —dijo su doncella Jane, sosteniendo el bonito vestido de muselina que lucía flores fucsia bordadas en el corpiño.

—Sí, gracias —dijo, pasando a la invitación a la que debía asistir esa noche. Lord y Lady Maddigon eran una pareja mayor de la sociedad, pero afables, suponía. Con un poco de suerte, los Woodville estarían ocupados en otros eventos y no estarían presentes para descubrir su engaño.

—Bajaré a planchar el vestido, señorita York. Está un poco arrugado por sus viajes —dijo Jane, saliendo apresuradamente de la habitación y dejándola felizmente sola.

Supuso que en los últimos años se había acostumbrado bastante a estar sola y a asistir solo a los pocos eventos celebrados en Grafton.

Nadie le prestaba atención ni le importaba que ahora estuviera firmemente en el estante. En realidad, ni ella ni su hermana necesitaban casarse debido a sus grandes dotes, y Lila no podía evitar sentirse un poco complacida de que algún día no respondería ante nadie más que ante sí misma.

Hubo un tiempo en que habría adorado tener un marido e hijos, pero esos sueños se habían esfumado ahora. Acababa de cumplir veintiséis años, una solterona según los estándares de la sociedad. Fingir ser su hermana menor requeriría noches tempranas y descanso durante el día.

Puso los ojos en blanco. Se preguntó por centésima vez desde que dejó Grafton por qué había accedido a un plan tan ridículo.

Porque amas a tu hermana, por eso.

Lila frunció los labios, sin estar del todo segura de que ese fuera el caso después de las próximas semanas.

Knox King, vizconde de Billington, se paró frente a su espejo, complacido con el nudo de corbata perfectamente configurado por su ayuda de cámara. El hombre era un genio y bien valía la pena haberlo robado de su buen amigo, el duque de Renford.

—Gracias, Craig. Eso será todo.

—Sí, milord —dijo su ayuda de cámara, desapareciendo en su armario sin duda para ordenar el desorden causado por la preparación para el baile de esta noche.

La emoción vibraba en sus venas y, dando un último vistazo a su reflejo, salió de la habitación. Esta noche le pediría a la encantadora señorita Harlow York que fuera su esposa. Su futura vizcondesa y eventual duquesa cuando heredara el título de Lancaster.

Recogiendo su sombrero y guantes de la silla junto a la puerta, salió de su habitación y se dirigió al carruaje que lo esperaba. No tardó mucho en llegar a la residencia londinense de Lord y Lady Maddigon, y se alegró de que el baile ya estuviera en pleno apogeo.

Se abrió paso entre la multitud de invitados, saludando a los que conocía y sonriendo a varias

jóvenes damas que coqueteaban en su presencia. Pero no estaba interesado en ellas. Esta noche buscaba a una sola dama.

Los vellos de la nuca se le erizaron y se volvió, con una sonrisa elevando sus labios al ver a la señorita York, de pie sola junto a la pista de baile, con una copa de champán en la mano.

Era una mujer hermosa y lo complementaría bien a él y a su nombre. Aunque provenía de orígenes humildes, eso no importaba mucho, no cuando era el diamante de la temporada y una de las debutantes más ricas de la ciudad.

Se dirigió hacia ella, deseando presionar su cortejo para ver si sería receptiva a una propuesta de matrimonio.

Su tímida sonrisa lo tomó por sorpresa mientras se inclinaba ante ella, tomando su mano enguantada y besándola. —Señorita York, es un placer volver a verla. La echamos de menos en el baile de los Frost —declaró—. Espero que no haya enfermado para ausentarse de nuestro círculo esos días —dijo, colocándose a su lado.

Ella se mordió el labio, y él la observó, preguntándose por qué estaba tan nerviosa con él. La señorita York siempre había sido todo lo contrario, extrovertida y con opiniones propias, justo el temperamento perfecto para manejar las obligaciones de un vizconde y futuro duque. Aunque la mayor parte del tiempo también parecía desinteresada y distraída.

Ella se aclaró la garganta, negándose a hacer algo más que mirarlo esporádicamente. —Estoy muy bien, milord. Simplemente deseaba un tiempo alejada, eso es todo —dijo—. La temporada puede ser tan ajetreada.

Él miró alrededor de la sala, comprendiendo su deseo de un poco de paz. La temporada a menudo era frenética y constante, y no era sorprendente que quisiera un pequeño respiro. —¿Dónde está su buena amiga la vizcondesa Leigh? A menudo nunca están lejos la una de la otra. —Tomó dos copas frescas de champán de un lacayo que pasaba y le entregó una.

La señorita York dio un buen sorbo antes de seguirlo con otro. —Ah, no la he visto esta noche, pero estoy segura de que lo haré —dijo—. ¿Está disfrutando del baile, milord?

Él le sonrió. El tono púrpura profundo de su vestido hacía que sus ojos fueran de un verde vibrante. Se le encogió el estómago y la esperanza revoloteó en su interior al pensar que su elección de novia era satisfactoria. Le había preocupado que la química que sentía por la señorita York fuera mediocre en el mejor de los casos. Sí, ella cumplía con todas sus expectativas sobre el tipo de mujer con la que debería casarse, pero esta noche, después de haber estado alejado de la señorita York durante varios días, sabía que estaba tomando la decisión correcta. Estaba más hermosa esta noche que nunca antes, pero había algo diferente en ella que no podía ubicar. No es que importara. Su instinto le decía que su elección era correcta, y eso era lo que más contaba.

—Lo estoy, señorita York. Aún más sabiendo que usted está aquí. —Bebió un sorbo de champán, dándose valor. Nunca antes había propuesto matrimonio a nadie, lo cual no era tan sencillo como había pensado al principio—. Esperaba poder robarle un momento, para hablar con usted si está dispuesta. Las puertas de la terraza están abiertas, y no estaremos

completamente solos.

Sus ojos se agrandaron ante su petición, y después de las muchas semanas de cortejo, sería tonta si no tuviera alguna idea de lo que él estaba a punto de preguntar.

Tomó un respiro fortificante y se acabó lo último de su champán. —Por supuesto, milord. Un pequeño paseo por la terraza sería refrescante, sin duda —dijo.

Él le ofreció su brazo y ella posó su mano sobre él, luego la escoltó afuera. El aire cálido de la noche era refrescante después del sofocante baile, y la condujo un poco por la terraza, dándoles algo de privacidad.

—Supongo que no es usted tan ciega como para no saber por qué deseaba hablarle.

—Milord, antes de que se diga otra palabra...

—Es decir, debe saber cuánto la admiro y aprecio, señorita York.

Ella se mordió el labio, algo que nunca había hecho antes, y la visión de su bonito labio atrapado entre sus dientes hizo que el calor lamiera su piel. Se encogió de hombros, su chaqueta y corbatín de repente demasiado sofocantes para llevarlos. Se pasó una mano por la frente. ¿Estaba sudando?

—Por supuesto, milord, pero...

—Y es debido a esas emociones —dijo—, que debo hacer lo correcto como caballero y pedirle, señorita York, que sea mi esposa. —Sonrió, aliviado de haber pronunciado finalmente las palabras necesarias para que su cortejo llegara a un final satisfactorio—. ¿Se casará conmigo?

CAPÍTULO TRES

AHORA ERA el momento de decírselo. De hacerle saber que su hermana no quería casarse con él, pero las palabras no se formaban en su lengua. En cambio, lo miró fijamente, probablemente pareciendo un ciervo atrapado entre dos depredadores sin saber hacia dónde correr para escapar.

Entrelazó las manos frente a ella, esperando que su voz no temblara como temía. Nunca había recibido una propuesta de matrimonio, aunque esta no fuera suya. Aun así, la dejó sintiéndose confundida y nada cómoda.

—Mi lord, gracias por su amable oferta —dijo, mirándolo a los ojos y esperando que la expectación en su rostro no significara que pensaba que Harlow aceptaría el matrimonio. Solo se conocían desde hacía semanas como mucho. No, se habían conocido en una fiesta en una casa de campo hace varios años, así que no eran amigos tan recientes. Pero aun así, había habido poco contacto después de la boda del Duque y la Duquesa de Derby. Como la misma Harlow había dicho, él solo estaba interesado ahora porque su hermana había sido nombrada la joya de la temporada.

Apartó ese pensamiento, concentrándose en la tarea en cuestión. —Realmente, es un gran honor recibir una oferta suya, pero no estoy segura de que seamos compatibles —dijo.

Él arqueó las cejas, con una pequeña sonrisa torcida en los labios que no llegaba del todo a sus ojos. Oh, querida, estaba decepcionado con la respuesta. Ella odiaba hacer que alguien se molestara, y siempre había sido demasiado rápida en complacer a los demás. Por eso estaba aquí en primer lugar, rechazando adecuadamente a un lord del reino porque su hermana no podía.

—No sé qué decir, señorita York. Pensé que sus sentimientos estaban comprometidos.

—Oh, pero lo están —soltó antes de poder retractarse. ¡Detente, Lila! Estás empeorando toda esta situación—. Me agrada usted, mi lord. Simplemente deseo tener mi temporada sin las complicaciones de estar comprometida con usted o con nadie.

—Ah —dijo él, con una sonrisa más genuina—. Necesita tiempo. Bueno, eso, señorita York, puedo dárselo si es lo que desea. No la presionaré, por supuesto. Nunca querría hacerla hacer algo que no quisiera. Pero, ¿puedo aplazar hasta el final de la temporada para obtener una respuesta suya? ¿Después de que tenga el tiempo que desea? —preguntó.

Lo preguntó de manera tan dulce y educada que Lila se encontró asintiendo, sin saber qué

más podía hacer. No podía decir que después de todo no era tiempo lo que necesitaba, sino que su hermana no quería casarse con él y era demasiado cobarde para decírselo a la cara. Solo quedaban unas pocas semanas de la temporada. No sería tan difícil mantener la distancia y permanecer distante. Pronto perdería el interés y buscaría en otra parte una esposa. Y luego, antes de regresar a Grafton, explicaría de nuevo que no quería casarse con él, o al menos su hermana no quería, e iría a casa.

¡Qué lío!

—Gracias, mi lord, es muy amable de su parte, pero ¿y si encuentra a otra con quien desee casarse? Tal vez no debería esperar por mí, siendo tan voluble como soy. —Lila se estremeció ante sus palabras, sabiendo que había hecho que su hermana pareciera frívola y nada leal.

Él reflexionó sobre sus palabras un momento, y a ella le dolió el corazón por él. Después de todas sus palabras cuidadosas y devotas, ¿sospechaba que Harlow no sentía lo mismo y simplemente se aferraba al último hilo pequeño para darle esperanza?

La idea le dolía el corazón ya que siempre había sentido un pequeño enamoramiento por el caballero.

Lila observó sus rasgos. No lo había visto en varios años, no desde la boda de su amiga, y era tan apuesto como lo recordaba. No es que pensara que él la recordaría en absoluto. Incluso cuando estaba en la ciudad, no lograba captar la atención de ningún hombre elegible. Eso no había cambiado en todos los años que había permanecido en Grafton.

Aunque su amiga Hailey la invitaba a Londres cada año, ella se había negado. No quería parecer más desesperada de lo que ya se la consideraba simplemente por su edad.

Suspiró interiormente. Cómo le habría encantado que Lord Billington dirigiera su atención hacia ella. Era apuesto, esbelto, de hombros anchos y tenía una mandíbula tallada en piedra, estaba segura. No, apuesto era una palabra demasiado benigna para describirlo. Era absolutamente devastador a la vista, y que Harlow hubiera captado esa mirada, bueno, no podía evitar preguntarse qué le pasaba a su hermana para no caer a sus pies como todas las mujeres de la alta sociedad habían estado tratando de hacer durante años.

El hombre que su hermana amaba debía ser un dios griego si rechazaba a Billington.

—Soy un hombre paciente, señorita York, y después de todo, me dará más tiempo para hacerla cambiar de opinión. —Su sonrisa pícara hizo que el calor besara sus mejillas, y ella se estremeció interiormente cuando dejó escapar una pequeña risita.

No te está diciendo estas cosas a ti, Lila, sino a Harlow. Recuerda eso, tonta.

—Venga, regresemos adentro, y la dejaré disfrutar de su velada, pero solo por esta noche. Tengo hasta el final de la temporada para asegurarme de que su mente esté clara y sepa lo que quiere. Es decir, a mí —dijo, moviendo las cejas.

Lila se rió, tomando su brazo y dejando que la guiara de vuelta al interior. Su placer fue efímero cuando la Duquesa de Derby se acercó a ellos, con una sonrisa forzada y una luz contemplativa en sus ojos.

—Lila, qué bueno verte —dijo, besando su mejilla—. Te he echado de menos esta temporada. ¿Volverá pronto Harlow a la ciudad? Me gustaría verla terminar la temporada.

Lila titubeó al responder y miró a Lord Billington, que parecía tan confundido como ella estaba asustada. Se aclaró la garganta y forzó una sonrisa en sus labios. —Está equivocada, Su Gracia. Yo soy Harlow. Lila está en Grafton, pero le escribiré y le transmitiré su petición. Estoy segura de que actuará y vendrá a verla pronto.

—Oh, pensé... —la duquesa vaciló—. Bueno, perdóname por confundirte con tu hermana. Aun así, si conozco bien a Lila, y la conozco muy bien —dijo la duquesa, sonriendo a Lord Billington—, no hará caso a mi petición y se quedará en el campo.

—Probablemente sea cierto, Su Gracia —respondió Lila.

—Lord Billington, es un placer volver a verlo, pero si nos disculpa, debo hablar a solas con la señorita York. Mucho que discutir, ya entiende —dijo.

Lord Billington se inclinó ante ambas, con una sonrisa comprensiva en los labios.

—Por supuesto. Hasta mañana, señorita York, le deseo buenas noches.

Lila hizo una reverencia.

—Buenas noches, milord.

Apenas se había incorporado cuando la duquesa la arrastró a un lado de la sala, lejos de la alta sociedad circundante.

—Sé que eres tú, Lila. ¿Qué haces aquí fingiendo ser Harlow? Supe que no eras tu hermana cuando te vi con su señoría. ¿En qué lío te ha metido esta vez? —exigió saber, con palabras severas, aunque cualquiera que las observara pensaría que hablaban de cosas bonitas como vestidos y fragantes jardines.

Lila suspiró, sin poder creer que realmente estuviera allí haciendo lo que hacía. Le explicó a Hailey el plan y cómo ya se había descarriado. La duquesa la miró fijamente, muda por primera vez en todos los años que la conocía, y el temor se le hizo un nudo en el estómago.

—Por favor, dime que no es esto lo que habéis hecho. ¿Y si Billington se entera de este engaño? Quedará devastado y se sentirá como un tonto. No me gusta nada este plan.

—Bueno, a mí tampoco, pero Harlow insistió en que no podía rechazarlo ella misma. Dijo que era amable, aunque un poco distante, y que decirle que no estaba más allá de sus capacidades. Así que yo estoy haciendo el trabajo sucio en su lugar, por muy tonto y horrible que suene.

—Es una auténtica locura. —Los labios de la duquesa se tensaron en una línea de desaprobación—. Si tiene edad suficiente para tener una temporada, tiene edad suficiente para rechazar a un caballero cuando pide su mano y los sentimientos no son correspondidos.

—Lo sé. —Lila suspiró de nuevo—. Intenté convencerla de lo contrario, pero no importaba lo que le dijera a Billington para disuadirlo, nada funcionó. Soy el último recurso.

—Tienes que decirle pronto que su cortejo no es deseado.

—Lo intenté —dijo, un poco demasiado alto, atrayendo la atención de otros invitados—.

Pero no me escuchó. Tomó mis palabras como una forma de darle otras semanas más antes de volver a preguntar. Cree que puede hacerme cambiar de opinión.

Las cejas de la duquesa se alzaron y una pequeña sonrisa divertida cruzó sus labios.

—¿Y si intenta seducirte con sus encantos? ¿Sabes si tu hermana ha besado alguna vez a su señoría?

—No creo que lo haya hecho. No está interesada románticamente en su señoría y en el fondo no cree que él esté realmente interesado en ella tampoco. Que simplemente está un poco deslumbrado por ser ella la joya de la temporada. Harlow está interesada en Lord Kemsley y espera tener un cortejo con él la próxima temporada.

—Hmm, bueno, esperemos que tengas razón, pero Billington es un hombre, y uno muy apuesto y viril. ¿Qué harás si intenta besarte?

—No le devolveré el beso —afirmó. La idea de hacer tal cosa estaba más allá de su comprensión. Nunca había besado a un hombre en su vida, aunque el único hombre sobre el que alguna vez se había preguntado había sido Billington. Pero eso era solo porque fue uno de los primeros caballeros titulados que conoció en la boda de Hailey. Sin duda, parte de su fascinación se debía a que estaba impresionada por su grandeza y su aspecto.

Al fin y al cabo, era devastadoramente apuesto.

—No es tan fácil como crees, amiga mía. Algunos hombres son difíciles de resistir. Lo sé mejor que nadie. —Hailey lanzó una mirada hacia el duque, quien encontró los ojos de su esposa al otro lado del salón de baile, intercambiando una sonrisa cómplice.

Esa mirada —devoción y amor tan estrechamente entrelazados que el vínculo era inquebrantable— era lo que ella también deseaba. Cuando se casaron, su corazón se había conmovido y supo que nunca se conformaría con menos de lo que su amiga tenía. En sus temporadas en la ciudad, nadie había intentado conocerla, ganar su corazón. Ni siquiera Billington, que en ese entonces era más un libertino y un sinvergüenza que un hombre tratando de encontrar esposa.

Pero este año, parecía que su mente había cambiado. ¿Por qué no había venido a la ciudad con su hermana? Tal vez él habría dirigido su atención hacia ella en lugar de hacia Harlow. Tal vez incluso ahora, estaría comprometida con el hombre de sus sueños.

Fantástico, pero aun así era lo que le habría encantado si se hubiera hecho realidad.

—No te preocupes por eso, Hailey. No haré nada que prolongue esta agonía.

—No puedo creer que alguna de las dos pensara que esto era una buena idea.

—Yo no lo pensé —se defendió—. Intenté convencerla de que volviera y hiciera todo esto ella misma, pero se negó rotundamente. No creí que nadie me reconociera. Solo estoy aquí para terminar la temporada y esperaba evitarte.

—Sí, puedo ver eso porque sabes que te reconocería entre mil Harlows, y lo hice. ¿Te das cuenta de que tienes un lunar encima de cada lado de tus labios en lados diferentes de tu cara, verdad?

—No somos gemelas —argumentó—. Y sí, lo sé.

—Pero parecéis gemelas, y Billington no tiene ni idea. —Hailey sacudió la cabeza, con el ceño fruncido—. No me gusta esta idea, Lila, y temo que esto no acabará bien.

Lila gimió.

—No eres la única.

CAPÍTULO CUATRO

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Lila estaba sentada en el salón de la casa londinense de su tía, hojeando las páginas del último número de *La Belle Assemblée*. Su tía se encontraba frente a la chimenea, algo que siempre tenía encendido sin importar lo cálidos que fueran los días en Londres.

Hoy no era la excepción. Lila se había colocado lo más lejos posible del calor, pero aun así sentía el cosquilleo en su piel y una fina capa de sudor en la sofocante habitación.

Se oyó un golpe en la puerta, y su tía ordenó al sirviente que entrara.

—Un Lord Billington desea ver a la señorita York —anunció, esperando una respuesta en la puerta.

Lila miró a su tía, cuya amplia sonrisa le reveló todo lo que necesitaba saber sobre lo que pensaba del cortejo del vizconde a Harlow.

—Oh, bueno, hazlo pasar, James. Estamos en casa para tales visitas —dijo su tía, arreglándose el cabello y guardando su tejido.

Lila se puso de pie cuando Lord Billington entró en la habitación. Reprimió los nervios y las mariposas que sentía cada vez que estaba en su presencia. Era tan alto, imponente, y parecía evaporar todo el aire de la habitación, dejándola sin aliento.

—Señora Chapman, señorita York, espero que no les importe que las visite sin invitación, pero el día está muy agradable, y pensé que a la señorita York le gustaría dar un paseo por Hyde Park —ofreció. Su sonrisa, que siempre afectaba a las damas de la alta sociedad, parecía funcionar bien también con su tía, y un ligero rubor rosado se extendió por sus mejillas.

—Estoy segura de que a Harlow le encantaría, Lord Billington. Puede llevar a mi doncella, Harlow, como carabina —dijo.

Lila sabía que había poco que pudiera hacer para salir de esta situación, así que hizo lo que cualquier joven dama en su posición haría. Pareció complacida con la salida, aunque en realidad no estuviera destinada a ella.

Tal vez surgiría de nuevo la oportunidad de decirle que no deseaba casarse con él, y esta vez le creería.

—Iré a buscar mi sombrero, milord, y me reuniré con usted en la entrada, si le parece bien —

le preguntó.

Él asintió. —Por supuesto.

Lila pasó junto a él, ignorando el nudo de nervios en su estómago. Hoy olía divinamente, a sándalo, un aroma crudo y terroso que siempre había codiciado. ¿Se lavaba con jabón del mismo aroma o usaba alguna loción después del baño?

La idea de él enjabonando su piel, pasando sus grandes manos por su forma musculosa, hizo que le temblaran las rodillas.

¿Cómo iba a dejar de actuar como una tonta enamorada cuando ni siquiera era ella quien interesaba a Billington? Él quería casarse con su hermana, no con ella.

Necesitaba recordar ese hecho ahora más que nunca.

Unos minutos después, con la doncella siguiéndola de cerca, salieron de la casa. El carruaje esperaba frente a la entrada con dos yeguas castañas adormiladas bajo el sol de la tarde. Lila tomó la mano de Billington para subir al carruaje. Sus dedos estaban cálidos, y su pulgar acarició el dorso de su mano a través de los guantes, provocando que se le erizara la piel.

Oh, cielos, haber accedido a ayudar a su hermana fue una idea tonta. ¿Cómo se suponía que iba a dejar de reaccionar ante él cuando todo lo que hacía era responder a cada una de sus palabras y toques?

Tal vez debería huir a Grafton y dejar que él fuera a su casa, donde podría permitir que su hermana hiciera lo que siempre debió hacer en primer lugar.

Con su doncella sentada detrás de ella junto a un lacayo, Billington se acomodó a su lado y tomó las riendas, instando a los caballos a avanzar.

—Las calles están concurridas esta tarde. Supongo que la gente está aprovechando el buen tiempo que disfrutamos hoy —comentó Lila. Se mordió el labio inferior, odiando que sus ideas de conversación fueran poco interesantes. Todo era culpa de su mente. Si no hablaba del clima, podría verse tentada a hablar de lo apuesto que era su perfil o si podría tocar su brazo para comprobar que era tan firme como imaginaba.

Oh, Dios mío, era una descarada.

Esto es lo que sucede cuando una mujer de veintiséis años se queda a oxidar en el campo durante demasiados años.

—Por eso quería sacarla del interior y disfrutar de un paseo con usted. Un poco de sol le da a sus mejillas un tono rosado muy favorecedor —sonrió—. Lo noté la última vez que dimos un paseo así.

Lila encontró su mirada, esperando que no le preguntara sobre su anterior paseo en carruaje por el parque, ya que Harlow no le había contado sobre ello, lo que habían visto o con quién habían hablado.

Que él la encontrara bonita cuando se sonrojaba le produjo placer, aunque sabía que el cumplido no era para ella. Interpretar el papel de otra persona era difícil, y no estaba preparada para ello. Él la descubriría, y luego las odiaría a ella y a Harlow para siempre.

La idea de hacerle daño era horrible, y debería decirle la verdad ahora. O al menos exigir que escuchara su respuesta a la propuesta de matrimonio y liberarlo.

—No merezco tales cumplidos, milord —dijo en su lugar—. No después de no haberle dado la respuesta que requiere. Debería halagar a otras jóvenes damas que sí busquen su favor —Ahí estaba, había vuelto a decir que no buscaba una unión con él, de manera más directa que en el baile de anoche.

—Aún, señorita York. Usted no busca mi favor aún —La estudió por un momento, y ella pudo leer la decepción en sus ojos azules—. ¿Espero que aún esté dispuesta a permitirme cambiar su opinión? —preguntó, con un tono sincero.

La preocupación que leyó en sus ojos no pudo hacer brotar las palabras que debería decirle. En su lugar, Lila se encontró murmurando palabras que nunca debería pronunciar. —Por supuesto, mi lord. No me he retractado de nuestro acuerdo —dijo, acomodándose contra el asiento de cuero mientras giraban hacia Hyde Park.

El parque era un hervidero de actividad. Parejas y conocidos paseaban por los senderos, numerosos carruajes recorrían los pocos caminos disponibles, y familias hacían picnic bajo los árboles, sus risas llevándose a través de los bordes de hierba que los separaban.

—Qué agradable es Hyde Park. Había olvidado cuánto me encantaba venir aquí durante la temporada.

Billington la miró, con el ceño fruncido. —Paseamos por el parque la semana pasada, señorita York. Me temo que mi cortejo ha sido un tremendo fracaso si no puede recordar nuestra salida.

El desdén en su voz la hizo encogerse. —Oh no, disfruté nuestros paseos en carruaje.

—Nuestro único paseo en carruaje, este es su segundo.

Lila tragó el pánico que subía por su garganta. Estaba cometiendo demasiados errores, y él la descubriría. Esto era precisamente por lo que no quería fingir ser Harlow en primer lugar.

—Deberíamos ir de picnic, mi lord. Si el tiempo se mantiene, mañana podría ser adecuado —sugirió, esperando que no hubieran ido ya a uno recientemente.

No necesitaba ser corregida o que la miraran como si tuviera molinos de viento en la cabeza. Esa cuota ya se había cumplido con creces.

Billington no sabía qué estaba confundiendo a la señorita York hoy, pero parecía estar de mal humor, y no mencionar olvidadiza. No habría pensado que nuestra salida a Hyde Park la semana pasada fuera fácil de pasar por alto, ya que había intentado y exitosamente fallado en robar un beso.

Frunció el ceño mientras pasaban una fila de carruajes. Inclino su sombrero y saludó a quienes pasaban junto a ellos, pero mantuvo un ritmo constante con sus dos yeguas castañas.

—Un picnic no hemos disfrutado, pero es una buena idea —dijo, pensando en dónde podrían ir que fuera diferente del parque y menos concurrido. Necesitaba lograr que ella sintiera algo por él más allá de una amistad benigna. Puede que no amara a la muchacha, pero era la joya de la

temporada, inteligente y adinerada. Todas las cosas que un hombre de su posición deseaba en una esposa, o eso le habían hecho creer. Que ella no pareciera muy entusiasmada con su cortejo lo dejaba perplejo. Pero le daría un último mes en un intento de ganar sus afectos antes de seguir adelante.

—Consideraré el asunto y discutiremos la salida en el baile de esta noche si le parece. ¿Asistirá usted al baile al aire libre de Lord y Lady Astor? Tengo entendido que su señoría ha dispuesto el salón de baile de manera que se extiende parcialmente sobre el gran lago de sus terrenos.

—¿En serio? —jadeó la señorita York—. Voy a asistir, pero no sabía que su propiedad en Londres fuera tan grandiosa como para tener semejante elemento acuático —dijo, con su asombro claramente audible en su voz.

—La casa ha pertenecido a la familia durante cientos de años. Son una de las familias más antiguas de Londres, y la finca aquí en la ciudad rivaliza con Devonshire House.

—Vaya, bueno, estoy deseando verla. —Ella encontró su mirada, y esa sensación en la boca de su estómago volvió. Un apretón, una necesidad que no había sentido antes. No antes de que ella dejara Londres y luego regresara apresuradamente.

Su partida debió haberlo sacudido de su indecisión y hacerle darse cuenta de que ella era la mujer para él. Un poco de distancia era lo que necesitaba para llegar a esa conclusión.

—¿Me prometerá los dos primeros bailes? —preguntó.

Una sonrisa coqueta elevó sus labios, y el impulso de inclinar su cabeza y robar un beso fue casi demasiado difícil de negar. Era tan absolutamente encantadora, sin mencionar hermosa, y desde su regreso de Grafton, estaba mucho más tranquila, más digna y agradable.

¿Qué había sucedido para provocar tal cambio de carácter?

No es que no le gustara la señorita York antes de su partida, pero siempre había sentido que era más una molestia para ella que otra cosa.

—Estoy segura de que puedo, mi lord. —La señorita York levantó su rostro hacia el sol, una pequeña brisa levantando un rizo para hacerle cosquillas bajo la barbilla.

—Parece estar disfrutando mucho del aire libre hoy, señorita York. No pensé que le gustara la posibilidad de las pecas.

Ella abrió los ojos, arrugando los bordes con alegría. —Me encanta el aire libre. Si dije lo contrario, debo haber estado equivocada —dijo, lanzándole una sonrisa traviesa que nunca antes había visto en su rostro—. O un poco indisputada ese día.

Él se rió entre dientes. Su apariencia la hacía parecer joven y llena de vida, emocionada de estar con él. El conocimiento le dio esperanza, y el día se volvió aún más brillante por ello.

CAPÍTULO CINCO

LILA SABÍA que debía fingir ser como Harlow, disentir y no disfrutar de su salida con Lord Billington, pero el día era demasiado hermoso para ignorarlo, y nunca pudo entender la aversión de Harlow por el verano.

—La Real Academia de Arte está celebrando su exposición anual. Ha estado abierta desde mayo, pero pensé que si le gustaría asistir, estaría más que dispuesto a escoltarla —le preguntó Lord Billington.

Lila encontró su mirada, nunca había ido, ni siquiera cuando estuvo en Londres durante sus Temporadas, pero era una exposición que siempre había querido ver. —Me encantaría, mi lord. Gracias —dijo, olvidando que se suponía que debía pasar menos tiempo con él, no más—. ¿Cuándo le gustaría ir, antes o después de nuestro picnic?

—Antes, si está dispuesta. —Hizo una pausa—. ¿Sería demasiado pronto mañana? —Chasqueó las riendas sobre los lomos de los caballos, y estos aceleraron el paso mientras daban una vuelta completa por el parque y salían cerca de las puertas.

—No tengo compromisos fijos para mañana. —Lila luchó por no retorcerse de emoción. Se dijo a sí misma que no era porque pasaría más tiempo con el encantador Lord Billington a su lado, sino porque la llevaría a ver arte. No es que ella pudiera pintar o dibujar particularmente bien, pero eso no significaba que no lo apreciara de aquellos que sí podían.

Se abrieron paso por Mayfair hacia Queen Street, y un cómodo silencio se instaló entre ellos. De vez en cuando, el movimiento del carruaje hacía que sus brazos se rozaran, y cada vez se le contraía el estómago. Necesitaba ganar más control sobre las emociones que la bombardeaban cada vez que estaba cerca de él.

Pero no era fácil cuando él era tan dulce y complaciente. Era difícil no imaginar que le decía esas cosas a ella en lugar de a su hermana. No caer bajo su encanto pícaro.

El carruaje se detuvo frente a la casa de su tía, y él saltó, extendiéndose para ayudarla a bajar. En lugar de tomar su mano, la agarró por la cintura y la levantó hasta la acera empedrada como si no pesara más que una pluma.

Lila dejó escapar un pequeño chillido, y el calor besó su piel. Su sonrisa hizo que las mariposas se estrellaran dentro de ella por segunda vez antes de que él levantara su mano y

besara sus dedos enguantados.

—Hasta mañana, señorita York —dijo.

Lila asintió, retirando su mano antes de hacer algo tonto, como arrojarse a sus pies como la solterona sin amor que era. Él subió de nuevo a su carruaje, y ella disfrutó de la vista mientras lo hacía, sin importarle la mirada penetrante que su doncella le dirigió por su contemplación.

—Hasta mañana, mi lord. —Lo despidió con la mano antes de volver al interior. Mañana no podía llegar lo suficientemente pronto.

Lila durmió muy poco durante la noche. Se revolvió en la cama, su emoción por la salida de hoy hacía imposible que su mente descansara.

Debió qué vestido usaría y qué sombrero. Si tenía guantes a juego y si usar botas o zapatillas. Probablemente botas, ya que las zapatillas no estaban hechas para caminar prolongadamente en nada que no fueran pisos de salón de baile.

Una nota llegó justo después del desayuno diciendo que Lord Billington vendría a recogerla después del almuerzo, y Lila luchó por mantenerse ocupada antes de que él llegara.

Se sentó en la sala de estar, tejiendo un chal para su mamá por su próximo cumpleaños, e intentó ignorar cada carruaje que pasaba por la calle.

—Estará aquí pronto, Harlow. No estés tan ansiosa, o podría aprovecharse de tu interés por su señoría —dijo su tía, sorbiendo su té, el libro en su regazo olvidado mientras estudiaba a Lila en su lugar.

—No estoy ansiosa por ver a Lord Billington, sino por la exposición —mintió, esperando que su tía dejara de saltar a conclusiones que no eran del todo incorrectas. Sin embargo, la idea de tener a su señoría solo para ella durante varias horas la dejaba prácticamente saltando en su silla de emoción.

—Lo que tú digas, querida —dijo su tía, con un tono de incredulidad.

Un golpe resonó por todo el vestíbulo, y Lila se puso de pie, sobresaltando a su tía. Su tejido cayó al suelo, y rápidamente se inclinó para recogerlo y guardarlo antes de que el lacayo les notificara de su visitante.

—Lord Billington está aquí por usted, señorita York —anunció James desde la puerta.

—Vete ya, querida. Recuerda llevar a tu doncella y disfruta del arte. Puede que yo misma pase por la exposición antes de que termine.

Lila besó a su tía para despedirse. —Deberías. Se supone que es muy buena —dijo.

—Podrás decírmelo pronto cuando regreses.

Lila siguió al lacayo y encontró a Lord Billington esperando en el vestíbulo. Él hizo una reverencia, su sonrisa iluminando el modesto espacio y haciéndola sentir más emocionada de lo que ya estaba.

—Señorita York. ¿Está lista para nuestra salida? —preguntó, ofreciéndole su brazo.

Ella entrelazó el suyo con el de él y le permitió guiarla hacia el carruaje, su doncella siguiéndolos de cerca. —Estoy más que lista. Había querido visitar la exposición cuando estuve

en la ciudad hace algunos años pero nunca... —Lila detuvo sus palabras, esperando que él no estuviera escuchando tan atentamente como temía.

Él la ayudó a subir al carruaje y se sentó a su lado, lanzándole una mirada confusa. —¿Hace varios años? Pero, ¿no es esta su primera Temporada? Pensé que la habría recordado —dijo.

Pero él no la había recordado en absoluto. Al menos no a Lila. Ella lo había visto en la ciudad durante sus dos temporadas, y ni una sola vez él había dirigido la mirada en su dirección. Este pensamiento redujo un poco el placer de la salida.

—Fue antes de mi presentación en sociedad y estábamos en la ciudad, pero mis padres se negaron a acompañarnos a mi hermana y a mí —mintió, esperando que él olvidara su desliz.

—Ah, sí, recuerdo a su hermana. ¿No está casada ahora? Creí haber oído que lo estaba —dijo él.

Lila miró hacia las bulliciosas calles, tragando el nudo en su garganta, sabiendo que definitivamente no estaba casada ni cerca de estarlo. —No, no está casada. Tuvo dos temporadas en Londres y no recibió ni una sola propuesta. Supongo que es lo que usted llamaría una solterona. —Lila luchó por no gritar ante la injusticia de todo. De cómo los hombres podían ser de cualquier edad y casarse, mientras que ella, con apenas veintiséis años, era demasiado mayor para otra cosa que no fuera ser carabina. O ayudar a una hermana menor que se había encontrado en una situación que no era de su agrado.

—No lo creo. Sé que es una favorita de la Duquesa de Derby. Seguramente debe estar equivocada —argumentó él.

Lila se burló. —Creo que sabría si mi hermana estuviera casada o no, milord. —No importaba cuánto lo intentara, no podía ocultar el desdén en su voz.

—No pretendía faltarle al respeto. Simplemente recuerdo que era tan hermosa como usted, así que me sorprende que no lo esté.

Su cumplido ayudó un poco a aliviar el dolor del hecho de que todavía estaba soltera y no tenía hijos propios. Cómo anhelaba ser madre, dirigir su propio hogar y no simplemente ayudar en la pequeña finca de sus padres.

—La adulación no te llevará a ninguna parte —bromeó, más que lista para dejar atrás el tema de sí misma—. Dígame, milord. ¿Es usted un entusiasta del arte? ¿Ha estado antes en la exposición?

El carruaje giró hacia Piccadilly, la avenida más concurrida de lo que ella había visto antes. —He estado en años anteriores, pero no en este. Creo que lo disfrutará. Siempre hay algo interesante que estudiar.

—No sé pintar ni dibujar y tampoco toco el pianoforte muy bien.

Su risa llamó su atención y ella lo miró. —¿Qué le parece gracioso, milord? —preguntó.

—Usted toca el pianoforte muy bien. La he escuchado en varias veladas musicales. Creo que está siendo demasiado modesta, señorita York.

Lila asintió, volviéndose para mirar en la dirección en la que viajaban. Si no tenía cuidado, él

sospecharía de ella. Por supuesto, Harlow podía tocar el piano, su hermana había estado decidida desde una edad temprana a ser competente, pero Lila no. Aunque le gustaba escuchar música, no tenía ningún deseo de aprender a crearla.

—Le agradezco el cumplido —dijo en cambio, prefiriendo dejar que él pensara que era demasiado modesta para admitir su grandeza. O al menos la grandeza de su hermana.

El carruaje se detuvo frente a la Royal Academy, el lacayo del vizconde bajó de un salto para abrir la puerta y sujetar las riendas de los caballos mientras ellos visitaban la exposición.

Él no intentó ayudarla a bajar hoy, actuando como un caballero en su lugar y ofreciéndole su mano, y ella la tomó, agradeciendo la fuerza de su agarre. Realmente debería dejar de reaccionar así ante él, algo casi imposible de hacer ya que parecía impresionarla en cada momento.

—¿Vamos? —preguntó él.

Lila tomó su brazo mientras avanzaban a través de un gran arco hacia donde otros paseaban en dirección a las puertas de un edificio más lejano. —Vamos —accedió.

CAPÍTULO

SEIS

KNOX DISFRUTABA MÁS OBSERVANDO cómo la señorita York contemplaba el arte que viendo las obras él mismo. Ella se aferraba a su brazo cuando una pintura captaba su atención. No podría decir si ella era consciente o no de haberlo hecho, pero las sonrisas nostálgicas y el constante parloteo sobre el arte eran ciertamente agradables.

Cuanto más tiempo pasaba con la señorita York, más disfrutaba de su compañía. Había habido un cambio en ella desde su regreso a Londres. Una calidez que no estaba allí antes, al menos no para él. Había esperado que ella lo rechazara inmediatamente tras su propuesta, pero no lo había hecho. Le había concedido hasta el final de la temporada para hacerla cambiar de opinión, algo que él no creía que ella haría, aunque se lo suplicara.

Sus pasos se ralentizaron ante una pintura en particular, y él se detuvo para examinarla también. Una mujer sentada sola en una habitación mientras tejía.

—¿Te gusta este dibujo? —preguntó—. Debo admitir que la dama se ve muy relajada y sin pretensiones en este boceto —comentó.

La señorita York suspiró, asintiendo.

—Así es, ¿verdad? Yo misma disfruto tejiendo. Me tranquiliza, y una puede crear muchos artículos útiles cuando se vuelve competente.

Él sonrió, contento de haber aprendido al menos una cosa sobre ella. Había estado tan cerrada con él, guardando todos sus secretos, que temía que nunca conocería a la verdadera señorita York que había cautivado tan bien a la sociedad.

—Yo no sé tejer, pero nunca lo he intentado. Quizás algún día me enseñes —dijo.

Ella lo miró a los ojos, los suyos brillando de placer.

—¿Realmente desearías que te enseñara, milord? —le preguntó, con un tono de incertidumbre. No le creía, pero él era sincero en su deseo de aprender. Aunque solo fuera para pasar más tiempo con ella.

—Por supuesto. Podemos empezar mañana si quieres. Si crees que a tu tía no le importará, tal vez podríamos almorzar juntos en el salón y comenzar nuestras lecciones después.

Su pequeña sonrisa insegura le hizo sentir un nudo en el estómago. Era tan hermosa, tan inconsciente del poder que ejercía sobre quienes la rodeaban. Era el diamante de la temporada, y

sin embargo, la dama frente a él no parecía en absoluto conocedora de este hecho. Parecía insegura y dudosa del dominio que tenía sobre la gente.

Sobre él especialmente.

—¿Deseas visitarme, almorzar juntos y pasar la tarde tejiendo? —preguntó ella, con las cejas arqueadas de incredulidad.

Él extendió la mano y tomó la de ella, colocándola de nuevo en su brazo antes de alejarse del cuadro.

—Tú disfrutas del pasatiempo y yo quiero pasar tiempo contigo, demostrar que lo que tú amas yo también puedo amarlo, así que sí, me gustaría que me enseñaras.

Ella lo estudió por un momento, y él pudo leer la incredulidad en sus ojos antes de que ella levantara la barbilla, haciéndola más adorable de lo que él creía posible.

—¿Por qué deseas casarte conmigo? ¿De verdad? ¿Qué te atrajo primero de mí y te hizo decidir que nadie más serviría como tu esposa?

Camaron unos pasos mientras él ordenaba sus pensamientos.

—Eras honesta, lo cual es una rareza en esta sociedad. Eras favorecida, sí, y codiciada, pero no te enaltecías con esta revelación. No ilusionabas a caballeros a quienes no querías que te cortejaran.

—Con la excepción de ti —afirmó ella, con una pequeña sonrisa jugando en sus dulces labios.

Él se rio.

—Sí, con la excepción de mí, porque no podía renunciar a ti tan fácilmente. Eras amable y generosa con las damas que no tenían un gran círculo social. Usaste tu amistad con la vizcondesa Leigh para ayudarlas a integrarse en la sociedad sin temor. Te consideré bondadosa.

—¿Y honesta? —Se mordió el labio, deteniéndose para mirar una pintura de niños jugando en un parque.

—Sí, me enorgullezco de ser honesto. Nunca he intentado ocultar mi pasado, que como joven en sociedad podría calificarse de cuestionable a veces, pero era joven y no estaba listo para establecerme. Ahora que lo estoy, busco una esposa que siempre me diga la verdad sin importar qué. Creo que tú eres esa dama. Me lo demostraste cuando pedí tu mano y me dijiste directamente a la cara que pensabas que no encajaríamos. La alta sociedad está llena de hombres y mujeres que mienten todos los días para conseguir lo que quieren, y me prometí a mí mismo que nunca sería así, y tú tampoco lo eres, lo cual —dijo, moviendo las cejas hacia ella— te hace perfecta para mí.

Lila se tragó la verdad que quería vomitar por todos los suelos pulidos de la exposición. Él la creía sincera. ¿Una mujer honesta? Qué equivocado estaba. Su hermana se había asegurado de que estuviera lejos de serlo, de que fuera la mayor mentirosa de Inglaterra. Debería decirle la verdad, que ella no era Harlow y que sus dulces palabras no tenían efecto en la dama que él creía estar cortejando.

Para ella, sin embargo, el efecto era devastador. Adoraba ser vista y tratada como una mujer inteligente. Que él se preocupara lo suficiente como para aprender a tejer le decía todo lo que necesitaba saber sobre él. Estaba haciendo todo lo posible para hacerla cambiar de opinión, para que se interesara y se comprometiera. ¿Cómo podía Harlow no caer rendida ante tales dulces gestos?

¿Cómo iba ella a evitar querer escuchar más de él? ¿De estar con él? ¿Cómo iba a evitar enamorarse de sus encantos cuando no tenía derecho a hacerlo?

—No soy tan perfecta, milord. No deberías ponerme en un pedestal moral tan alto —dijo, tratando de disuadirlo.

—Hablo según lo que veo, y no has sido más que encantadora. ¿Cómo podría no decir tales cosas sobre tu persona?

Lila volvió su atención a las pinturas, necesitando que el tema de su alta moral quedara atrás. La culpa que le pinchaba el alma era suficiente para hacerle temblar las rodillas.

—¿Hay alguna pintura aquí que te guste, milord? Ya sabes lo que me gusta a mí, pero tú has dicho muy poco sobre tus preferencias.

—Hmm —murmuró él mientras continuaban por el pasillo, con las numerosas pinturas colgadas allí para su disfrute devolviéndoles la mirada—. Me gustan todas las pinturas, en realidad, pero supongo que los paisajes son mis favoritos. Adoro vivir en el campo. Regresar a la Finca Billington cuando termina la temporada es una de mis épocas favoritas del año —señaló un cuadro con las salvajes montañas de las Tierras Altas en el fondo y caballeros en primer plano con armas y perros a su lado—. Especialmente la temporada de caza del urogallo. Tengo una pequeña propiedad en Escocia a la que viajo anualmente para participar en este deporte. ¿Usted caza, señorita York? —le preguntó.

—Rara vez —respondió ella—. Me gustan los zorros y no podría hacerles daño. Y aunque nunca he cazado urogallos, estoy segura de que probablemente tampoco me gustaría practicar ese deporte —lo miró de reojo, tratando de evaluar su reacción ante el hecho de que a ella no le gustara particularmente su pasatiempo—. ¿Esto me hace menos atractiva a tus ojos, milord? —Por favor, di que sí. Necesitaba hacer algo para que él desistiera de su cortejo.

—En absoluto. Simplemente me demuestra una vez más que no eres una mujer que engañará, ni siquiera para hacerse más atractiva a quienes buscan conquistarla.

¿Conquistarla? El hombre era demasiado devastadoramente dulce para su propio bien. Su mirada se posó en sus labios y se detuvo allí, y una necesidad se retorció en su estómago. Nunca un hombre la había mirado como lo hacía Lord Billington, y era a la vez impactante y emocionante en su totalidad.

—Eres muy directo con tu interés, Lord Billington. Seguramente no puedes estar tan decidido por mí como para que sea el único objeto de tus encantadoras palabras —bromeó ella.

—Tú eres la única mujer que me interesa, señorita York, como bien sabes.

Lila se giró para mirarlo y se encontró demasiado cerca de su pecho. El aroma a sándalo

tentó sus sentidos, y cerró los ojos momentáneamente, deleitándose con los tonos amaderados y terrosos.

Maldita sea, olía divinamente. Que su aspecto cayera bajo esa misma descripción no era nada justo. No cuando se suponía que debía estar disuadiéndolo, pero estaba fracasando miserablemente en ello.

—Debes dejar de decir esas cosas antes de que alguien te escuche —le reprendió.

Una sonrisa diabólica elevó sus labios, y nunca en sus veintiséis años se había preguntado cómo sería besar unos labios tan perversos. ¿La besaría él a su vez? ¿La tomaría en sus brazos y le haría perder el poco control que le quedaba frente a su señoría?

Era tan encantador. ¿Cómo podía una no caer bajo su hechizo?

—Es la verdad, y no hay vergüenza en ello —su mano apartó un rizo suelto de su mejilla, colocándolo detrás de su oreja—. Tengo varias semanas para conquistarte, señorita York. Hoy es solo el comienzo de mis encantos. Tengo muchos más reservados para ti, no solo en el próximo mes, sino durante toda nuestra vida de casados.

—¿Como cuáles? —se encontró preguntando, con un anhelo que la atravesaba como una espada, destrozando sus defensas.

—Más de mi encantadora persona, días y noches de diversión y aventura —dio un paso más cerca, y ella pudo sentir el calor de su cuerpo contra su pecho. Sus pezones se endurecieron, y su respiración se entrecortó—. Placeres de la carne, día y noche, besos que te dejarán sin aliento y harán que tu corazón se detenga. Te daré todo lo que tengo para ofrecer, señorita York, y más.

Lila se encontró balanceándose hacia él y su embriagador encanto. ¿Cómo podría negarse a probar tan dulce dicha?

Estaba condenada a fracasar.

CAPÍTULO SIETE

LILA LO TENÍA todo preparado la tarde siguiente para la llegada de Lord Billington y una lección de tejido. Su tía había accedido a dejarlos a solas, siempre y cuando la puerta del salón permaneciera abierta y un lacayo se quedara fuera durante toda la visita.

La emoción la embargaba mientras comprobaba que el salón estuviera como debía. Los cojines estaban mullidos, el té caliente, y unos sándwiches de pepino recién cortados esperaban por si deseaban comer algo, junto con un surtido de sus pasteles favoritos.

Sonó un golpe en la puerta principal, y pronto se oyeron los pasos de un lacayo en el suelo del vestíbulo antes de que entrara en la habitación. —Lord Billington está aquí para verla, señorita York.

Ella sonrió al sirviente, incapaz de ocultar la emoción que sentía al ver de nuevo a Lord Billington. —Gracias, James. Puedes hacerle pasar —dijo, juntando las manos delante de ella para evitar que temblaran.

Lord Billington entró en la habitación un momento después, alto y tan apuesto como ella lo recordaba. Su cabello oscuro parecía despeinado por el viento, y un ligero rubor cubría sus mejillas cinceladas.

Hizo una reverencia y se acercó para tomarle la mano. Sus ojos se encontraron cuando sus labios rozaron la parte superior de sus dedos, y el calor se acumuló en su interior. Oh, Dios mío, era demasiado para que su desesperado corazón lo negara.

—Señorita York. Está hermosa como siempre —dijo. No soltó su mano; en cambio, la atrajo aún más cerca. Ella dejó escapar un pequeño grito antes de que sus labios tocaran su mejilla, besándola más íntimamente de lo que ningún hombre la había besado antes en su vida.

¿Qué haría él si ella girara la cabeza y colocara sus labios a un suspiro de los suyos?

Antes de que pudiera pensarlo mejor, hizo exactamente eso. Sus alientos se mezclaron, calientes y jadeantes. Las manos de él se apretaron contra las suyas, y por un delicioso e intoxicante momento, pensó que podría romper toda etiqueta y concederle su primer beso.

Sus ojos se oscurecieron, y ella pudo leer la necesidad que ardía en su mirada azul. Una necesidad que ella, también, encontraba cada vez más difícil de negar.

—¿Está listo para su primera lección, milord? —susurró.

Sus palabras los devolvieron un poco a lo que era apropiado y esperado de ellos. Él se alejó, aclarándose la garganta. —Por supuesto. —Miró el tejido que ella había dispuesto sobre una mesa frente a la chimenea y los sofás—. Veo que está bien preparada para nuestra lección de hoy.

Lila se rió, otro rasgo suyo que su hermana, desafortunadamente, no compartía. Sus habilidades organizativas eran legendarias en su hogar en Grafton.

—Sí —dijo—. ¿Comenzamos?

Él asintió y le hizo un gesto para que se sentara primero. Ella se sentó a su lado, necesitando estar cerca de él para instruirlo en su primera lección de tejido.

Sostuvo en alto dos largas agujas. —Estas son agujas de tejer, y se utilizarán para hacer los puntos que se anudan juntos para hacer ropa, bufandas, gorros, lo que tu corazón desee.

Su pequeña sonrisa la calentó en lugares que ninguna mujer de buena crianza debería sentir calor. No una que fuera soltera y una verdadera solterona.

—Uso lana de oveja para tejer, y tengo algo de hilo aquí. ¿Qué te gustaría intentar primero? ¿Tal vez solo algunos puntos estándar para formar una bufanda? —le preguntó.

—Creo que eso sería lo mejor —dijo él—. No creo que mis habilidades se extiendan a nada extravagante.

—Algún día podría ser. Solo tendrás que seguir practicando.

—¿Contigo? —preguntó, captando su atención y clavándola con ojos que brillaban con calor y la ponían nerviosa.

—Si deseas practicar hasta el final de la temporada, por supuesto que se puede arreglar. Después de eso, aún estoy indecisa —mintió, sabiendo que no podía casarse con él. Harlow nunca la perdonaría si decía que sí a su propuesta, sabiendo que no era Harlow en absoluto quien estaba respondiendo a una pregunta tan profunda.

—Usted, señorita York, es un hueso duro de roer, pero estoy disfrutando el desafío.

—No soy tanto un desafío, milord —dijo ella.

—Oh sí, lo es, más de lo que se da crédito. Y por favor —continuó—. Llámeme Knox, Lord Billington o milord es demasiado formal para mi gusto. Quiero escuchar mi nombre en sus labios.

Lila tragó saliva. ¿Quería escuchar su nombre en sus labios? ¿Qué significaba eso? ¿Tenía el valor de preguntar? —¿Por qué le gustaría escuchar Knox pronunciado por mis labios? —Al parecer, era lo suficientemente audaz para preguntar.

Anudó la lana alrededor de su aguja de tejer, entregándole ambas para que pudiera empezar.

—Para poder imaginar que está diciendo mi nombre en otras... situaciones —sugirió.

Ella se mordió el labio, con nervios hormigueando por su columna. —¿Podría elaborar?

Él negó con la cabeza, volviendo su atención a las agujas. —Creo que ya he sido bastante travieso por hoy. Tal vez deberíamos concentrarnos en mi lección antes de que intente enseñarle otras cosas que podemos hacer cuando estamos a solas.

Esta conversación era demasiado atrevida y esclarecedora como para renunciar a ella tan fácilmente. Fuera apropiado o no, quería saber lo que él estaba pensando. ¿Qué quería hacer con ella? ¿Qué significaban sus palabras?

—No se nos permite hacer nada cuando estamos a solas, o mi elección de casarme contigo o no ya no sería mía —dijo—. Eso no significa que no tenga curiosidad.

Un músculo se tensó en su mandíbula y tomó un respiro para calmarse. —No te forzaría, hiciéramos algo o no, pero eso no cambia el hecho de que deseo besarte tan intensamente que mi cuerpo sufre por negárselo —admitió, encontrando su mirada a través del sofá.

No debería haber dicho lo que dijo, ni negaría lo que sentía por la mujer a su lado. Ella era modesta, y ese hecho por sí solo lo distraía. Sin mencionar que su belleza eclipsaba a todas las demás.

¿Cuándo se había enamorado tanto de ella?

Supuso que fue cuando regresó de Grafton, una mujer que sabía lo que quería y era honesta con sus elecciones. Incluso si él estaba decidido a cambiar esas elecciones y convencerla de lo contrario.

Ella se alejó un poco de él, tomando sus agujas. —Pasas la aguja por este bucle y enrollas la lana alrededor de la punta de la aguja así —dijo, cambiando de tema—. Luego bajas la aguja por aquí, y verás el bucle restante en la otra aguja, y ese es tu primer punto —explicó, mostrándole su pequeño punto.

Él intentó lo que ella le enseñó, resultando en nada más que el primer bucle en su aguja y ningún punto. Ella rió, indicándole que lo intentara de nuevo. —Llevará tiempo y práctica, pero estoy segura de que pronto aprenderás.

—Tengo dedos ágiles. Estoy decidido a dominar el tejido aunque sea solo para impresionarte —Knox lo intentó de nuevo, esta vez logrando formar otro punto en su aguja. Se rió, mostrándoselo, sorprendido por su propio orgullo al haber logrado lo que ella le enseñó—. Lo hice. Eres una buena maestra, señorita York.

—Sigue —lo animó ella—, a ver si puedes terminar la primera línea. —Se inclinó a su lado, guiándolo, sus manos tocando las de él, moviendo sus dedos para sostener los puntos para que no perdiera ninguno. Todo el tiempo, el aroma a jazmín atormentaba sus sentidos. Sin mencionar que ella se mordía el labio inferior cuando se concentraba, lo que hacía que la sangre en sus venas ardiera.

—¿Puedo decir algo, señorita York? Y es algo que puede sorprenderla.

Ella encontró su mirada, sin alejarse como debería. —¿Qué deseas decirme? —le preguntó.

Knox dejó el tejido en su regazo, encontrando sus ojos grandes y curiosos. —No tienes idea, ¿verdad?, de lo que me pasa cuando me tocas como lo has estado haciendo. Tan inocente como guiar mis manos para tejer, tu toque enciende un hambre en mí que no se apagará. Y no puedo evitar preguntarme si sientes lo mismo que yo.

Su boca se abrió con un leve jadeo, y él luchó por no apoderarse de sus labios o besarla hasta

que ambos se perdieran en los brazos del otro. —Te quiero como mi esposa. Te quiero en mi cama y a mi lado por el resto de mis días. Dime que tengo alguna posibilidad de ganar tu mano, porque estar contigo, tenerte cerca y saber que quizás no gane tu afecto me está matando por dentro —admitió, nunca habiendo sido tan sincero con una mujer en su vida. Pero también, nunca habiendo sentido la necesidad de serlo. Pero con la señorita York, era diferente. Él era diferente.

—¿Cómo es posible que puedas desear tanto a alguien? Apenas me conoces, Knox —dijo ella.

Él cerró los ojos, saboreando el sonido de su nombre en sus labios. Le gustaba escucharla decirlo así, quería oír la gemir su nombre en el apogeo del placer. —Sé lo que quiero, y te quiero a ti. —Jugó con sus dedos, cálidos y suaves—. Eres diferente a las otras damas de la alta sociedad. No hay falsedad en ti. Sin mencionar que eres inteligente y amable. Serás la perfecta vizcondesa y futura duquesa, y haré de mi misión de vida asegurarme de que disfrutes cada momento de tu vida de casada conmigo.

Su mirada bajó a sus labios, y él cerró el espacio entre ellos, sus labios rozando los de ella en una tentación insoportable.

Alguien se aclaró la garganta en el vestíbulo, y él se quedó inmóvil. Lila soltó un pequeño grito y se puso de pie de un salto, el intenso rubor en sus mejillas prueba de su falta.

La voz ligera y etérea de la Duquesa de Derby sonó a sus espaldas. —Señorita York, Lord Billington, qué agradable verlos hoy.

Knox se puso de pie y dejó su tejido sobre la pequeña mesa frente a ellos. —Su Gracia, es muy bueno verla.

La duquesa lo miró fijamente, su atención saltando entre ambos. —Aunque no creo eso ni por un momento, le deseo buenos días, Lord Billington. Tengo un compromiso con la señorita York que no puede retrasarse.

Lila frunció el ceño, y Knox no era lo suficientemente tonto como para no entender que quería a la señorita York a solas y ahora.

Se volvió hacia la mujer de todos sus deseos. —Me retiraré. Gracias por las lecciones de tejido. Espero que podamos hacer más de lo mismo en otra ocasión.

Ella asintió, sus ojos brillantes y el color aún alto. —Yo también, mi lord. Gracias por visitarme.

Sin más demora, se dirigió hacia la puerta y dejó a las damas a sus asuntos. Las últimas palabras que escuchó antes de que la puerta principal se cerrara tras él fueron de la Duquesa de Derby preguntando qué demonios era lo que acababa de interrumpir.

CAPÍTULO OCHO

LILA SE RECOSTÓ en el sofá donde casi había tenido su primer beso y observó cómo la Duquesa de Derby cerraba la puerta y se volvía hacia ella.

—Lila, ¿qué fue lo que acabo de presenciar? Estabas a punto de besar a Billington cuando se supone que deberías estar haciendo lo que tu hermana te pidió y deshacerte de él de una vez por todas.

Lila hizo callar a su amiga.

—Baja la voz antes de que mi tía o sus sirvientes te escuchen —la reprendió.

Hailey se sentó a su lado, sus ojos suplicándole una respuesta.

—Bueno, ¿qué está pasando aquí? Casi te sorprendo besando al hombre.

Un escalofrío recorrió su espalda ante la idea de besarlo. El anhelo la atravesó, sabiendo que no había hecho lo que tanto deseaba.

—Sé lo que casi presenciaste. Lo viví, y fue maravilloso —sacudió la cabeza, hundiéndose más en la silla—. Soy una persona terrible, ¿no es así? Lo deseo tanto como él me desea a mí, o al menos a quien él cree que soy, y no puedo tenerlo.

—Lila —dijo Hailey, con compasión en sus ojos—. Él cree que eres otra persona. Debes decirle la verdad —suplicó.

—Me temo que es demasiado tarde para eso. Accedí a dejar que intentara persuadirme para casarme con él, y me preocupa que si fuera yo misma y un caballero así me estuviera cortejando con tales tentaciones malvadas, ya habría sucumbido a sus encantos. No tengo control cuando estoy cerca de él. ¿Qué voy a hacer?

—¿Intentaste decirle que no cuando te lo pidió?

—Sí, lo hice, pero como sabes, él no aceptó eso como mi respuesta final, y ahora, con él siendo atento, amable y tan tentador, ¿cómo voy a resistirme? Lo quiero para mí, y no puedo tenerlo.

Hailey se estremeció, comprendiendo en sus ojos.

—Esto es un predicamento. Solo puedo sugerirte que intentes mantener la distancia, pero sé que será difícil. Estos hombres, especialmente los libertinos, por lo que Billington era famoso alguna vez, tienen una manera de tentar a mujeres como nosotras de una forma que es casi

imposible de ignorar.

—Casi me besó, Hailey. Sus labios rozaron los míos, y algo profundo dentro de mí, una necesidad, se encendió en mi vientre. ¿Qué crees que fue eso? —le preguntó a su amiga casada. Ella sabría más que su tía viuda sobre lo que sucede entre un hombre y una mujer.

—Oh, querida, esto es muy desafortunado. Lo que sientes es deseo, y eso, mi querida amiga, puede llevarte a una danza alegre y una reputación arruinada más rápido que un cuadrilla.

Lila miró fijamente a su amiga, asimilando todo lo que decía.

—Sé que tengo que evitar caer bajo sus encantos, dejar de pensar que todo lo que me dice está destinado a mí, no a Harlow, pero es difícil. Siempre lo he considerado apuesto y amable. No se lo he admitido a nadie, ni siquiera a ti, pero siempre he considerado que un hombre así sería el tipo con el que me casaría. No es que alguien me lo haya pedido alguna vez.

—Oh, Lila —dijo Hailey, abrazándola fuertemente—. No te desespere. Hay un hombre en el mundo para ti, solo esperando que te cruces en su camino.

Lila asintió, tragando el nudo en su garganta que le decía lo contrario.

—¿Y si mi tiempo ha pasado? ¿Y si esta es mi única oportunidad de hacer que un hombre que admiro me vea y se enamore tan profundamente que no le importe que no sea quien él cree?

Hailey suspiró, sus labios se tensaron en una línea dudosa.

—Se enojará y se sentirá traicionado. Se sentirá como un tonto cuando descubra la verdad. Debes proteger tu corazón, terminar la temporada, decirle que no como estaba planeado, e irte.

Lila se secó la única lágrima que se deslizó por su mejilla. Quería rebelarse contra el mundo, gritar por la injusticia de todo. Quería hacer que se enamorara de ella, no de Harlow, sino de ella.

—Entiendo lo que dices, Hailey, y te amo por tu franqueza, pero no estoy segura de poder hacer eso. Si esta es mi última oportunidad de felicidad, creo que daré un paso adelante e intentaré atrapar la vida que quiero —podía ver la decepción en los ojos de su amiga, y odiaba no estar de acuerdo con ella en este plan. No es que pudiera culparla. Estaba siendo un poco extravagante al continuar lo que ya estaba haciendo con Billington—. O me amará o me despreciará, pero puedo correr ese riesgo si significa que tengo alguna posibilidad de ganar su corazón.

—El costo podría ser demasiado alto, Lila. No creo que debas hacer esto —dijo Hailey—. Pero entiendo que en la vida debemos tomar decisiones que no siempre son fáciles, y tal vez Harlow no era para Billington, pero tú sí. Tal vez tu plan descabellado sea visto como un regalo para su señoría. No de inmediato, entiende, pero algún día puede elegir perdonarte esta duplicidad simplemente porque te ama tanto.

Lila asintió. Eso era con lo que contaba. Dios mediante.

Knox estaba de pie junto a su buen amigo Renford, observando con diversión cómo la señorita York, la Duquesa de Derby y la Vizcondesa Leigh estaban juntas, sumidas en una profunda conversación. Si fuera un hombre de apuestas, diría que la duquesa y la señorita York estaban tratando de convencer a la vizcondesa de algo. Qué podría ser, solo podía imaginarlo.

Algún profundo asunto de damas, suponía.

—¿Cómo va tu cortejo de la señorita York? Desde su regreso a la ciudad, parece muy cambiada. Menos propensa a darte un desaire directo, lo cual hacía a menudo antes de su partida, si mi memoria no me falla —Renford sonrió con suficiencia, bebiendo su cerveza.

Todo cierto, desafortunadamente, y se alegraba del cambio de carácter. La señorita York había sido espinosa en el mejor de los casos antes de regresar de Grafton. Solo podía suponer que sus padres y su hermana le habían hecho entrar en razón y le habían dicho qué buen partido era él y que tendría suerte de casarse con él. Preferiría que ella hubiera llegado a esa conclusión por sí misma, pero aceptaría cualquier ayuda que se le ofreciera en este punto para ganar su mano.

No es que quisiera alardear de su valía o que otros lo hicieran por él, pero era un hombre amable, rico y listo para sentar cabeza. El diamante de la temporada sería la joya perfecta para añadir a sus arcas.

—¿No tiene ella una hermana que es muy parecida en apariencia? —le preguntó Renford.

Knox asintió, recordando a la señorita Lila York. Ella había llegado a Londres el año después de que Derby encontrara a su duquesa, ya que eran mejores amigas. Si no hubiera estado tan desinteresado en el matrimonio, podría haberse sentido inclinado a cortejarla. Era tan impresionante como su hermana, si no más, pues siempre tenía una palabra amable para cualquiera, sin importar su posición social.

—Sí, tiene una hermana mayor, pero no ha venido a la ciudad desde hace varios años. Pensé que se había casado, pero me equivoqué.

Renford le frunció el ceño.

—Pareces saber bastante sobre la hermana mayor de la señorita York, que no está casada y ya no visita Londres. ¿Quizás estás cortejando a la hermana equivocada?

Knox se rio de las bromas de su amigo, encogiéndose de hombros, no del todo cómodo con el nudo en el estómago que le decía que tal vez su amigo tenía razón. ¿Se equivocaba al cortejar a la señorita York menor, considerando que hasta hace poco ella no había mostrado ningún interés en él? Apretó los dientes. Demasiado tarde para hacer algo al respecto ahora, supuso...

—Uno debe trabajar con lo que tiene delante. Es una lástima que la señorita York mayor no se diera otra temporada. Estoy seguro de que habría encontrado marido a estas alturas.

—Sin duda —afirmó Renford—. Pero conoces a la señorita York menor desde hace algún tiempo, no solo esta temporada.

—La conozco muy poco en el mejor de los casos. Asistió a una fiesta en mi casa hace varios años, la misma que resultó en que el vizconde Leigh encontrara a su vizcondesa.

—Ah sí, las hermosas hermanas Woodville. Hay algo en el agua de Grafton. Aquí tenemos a las hermanas York, amigas de las Woodville, e igual de atractivas. Aunque no puedo dar fe de la señorita York mayor, tendré que creer en tu evaluación de su magnificencia —sonrió Renford.

Knox sacudió el poco de melancolía que lo aquejaba. ¿Qué había pasado cuando la señorita York viajó a casa? Ya no era tan arisca con él. Incluso acogía favorablemente su cortejo. El

pensamiento le dio esperanza y le dijo más que cualquier palabra que estaba haciendo lo correcto. Cortear a la señorita York menor era lo que quería hacer, y tendría éxito en ganar su mano.

CAPÍTULO NUEVE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, aquellos lo suficientemente privilegiados como para recibir una invitación fueron convocados a unirse a la familia de Lord y Lady Merlov para un desayuno en su residencia con vistas al Támesis.

Aunque no vivían en la ubicación más codiciada de Londres para la alta sociedad, la familia era extremadamente adinerada y su hogar uno de los más exquisitos, por lo que cada año, aquellos con la suerte de conseguir una invitación se desplazaban desde Mayfair para disfrutar de una mañana en los extensos jardines sombreados por grandes árboles que adornaban el inmenso y cuidado terreno.

Lila llegó con su amiga, la Duquesa de Derby, y su marido, agradecida de ser incluida en el opulento desayuno al que nunca había asistido durante sus dos temporadas en Londres.

Atravesaron la casa hasta llegar a la terraza, donde los jardines se desplegaron ante ellos en toda su impresionante belleza. Eran tan immaculados como la casa, pero con el encanto añadido del sol reflejándose en la fachada de arenisca, haciendo que la terraza brillara como el oro.

—Lady Merlov se ha superado este año. Mira todas esas flores. El jardín olerá como un invernadero de rosas —dijo Hailey, sonriendo a Lila.

Respiró profundamente, absorbiendo la magnífica vista que tan pocos tenían la oportunidad de experimentar. Qué afortunada era de tener amigos que asistían a tales eventos y la incluían en ellos.

Cuando regresara a Grafton, si no lograba convencer a Lord Billington de que estaba destinado a ella y no a su hermana menor, extrañaría toda la emoción, los bailes, las fiestas y las amistades a las que tendría que decir adiós nuevamente.

Especialmente la de Hailey.

Se unieron a los anfitriones en el césped y conversaron durante varios minutos, pero la atención de Lila no estaba en lo que Lady Merlov explicaba. Más bien, su interés estaba fijado en otro lugar.

Lord Billington.

Estaba de pie junto al Duque de Renford, ambos caballeros sonriendo a varias jóvenes damas que los habían acorralado cerca de un gran roble.

Renford parecía complacido con la atención. Billington, por otro lado, parecía menos entusiasmado. Aburrido era la palabra que le venía a la mente, y distraído, a juzgar por cómo miraba a su alrededor. ¿Estaría buscándola?

Alzó las cejas ante algo que dijo la señorita Thorpe antes de divisarla por encima de los rizos de la joven dama. Lila levantó la mano y saludó sin pensar, y el placer inundó sus facciones. Sin esperar un receso en la conversación, se apartó del círculo y comenzó a caminar hacia ella.

Las mariposas revolotearon en su estómago, y respiró profundamente para calmarse. Todo saldría bien al final. Él estaría feliz de que lo hubiera engañado, porque se enamoraría de ella.

Pero ¿y si no lo hacía?

Oh, cielos, ¿y si la odiaba?

—Lord Billington —dijo, haciendo una reverencia.

—Señorita York —respondió. Tomó su mano y depositó un beso prolongado en sus dedos enguantados. El deseo volvió, y ella luchó por controlar sus facciones y no delatar sus emociones.

Cuando Harlow se enterara de lo que había planeado en lugar de sus intenciones, estaría terriblemente molesta y furiosa con ella. A menos que su hermana lo viera simplemente como otro medio para deshacerse de su señoría. Pero ¿cómo podría decirle la verdad ahora? Ciertamente no antes de saber si la amaba o no.

Él cree que eres Harlow, Lila.

Se estremeció interiormente, con la mente, los deseos y las necesidades todos revueltos.

—Te ves tan hermosa como las flores que abundan aquí esta mañana. Me alegro de que hayas venido. Esperaba que lo hicieras.

—¿De verdad? —preguntó, retirando su mano de la de él, que aún la sostenía—. Pensé que estarías tan ocupado con tus admiradoras que no notarías si estaba aquí o no —bromeó.

Él se volvió y sonrió a Renford, quien continuaba tratando de dar a cada joven dama la atención que requería bajo el roble.

—Renford es un partido mucho mejor que yo. Él ya es duque. Yo solo lo seré algún día —dijo.

—De un pariente lejano, tengo entendido. Nunca engendró hijos, ¿es cierto? —Comenzaron a caminar por la terraza, deslizándose por la esquina y entrando en la muy bienvenida sombra del emparrado de arriba. Otros invitados charlaban y se sentaban en las mesas circulares colocadas allí para su uso.

—Así es. Era un primo lejano de mi padre, muchas veces removido, y de alguna manera permaneció soltero toda su vida, y por lo tanto, por un golpe de suerte, heredaré el título y todo lo que conlleva.

Se sentaron en una de las mesas, el aroma de la glicina tentando los sentidos de Lila. —Perdóname si estoy siendo más curiosa de lo que debería, pero ¿conoces la propiedad o lo que será tuyo algún día?

Él asintió, haciendo un gesto a un lacayo que colocó un juego de tazas y platillos junto con una tetera y un pequeño plato de galletas. —Hay una casa en Londres en Grosvenor Square y una casa en York. Mucho más grandiosa que la mía y bastante alejada de la finca Billington. Nunca he estado allí, mi pariente es ahora un hombre solitario y no quiero molestarlo, pero es una casa magnífica. Se sitúa frente a un gran lago artificial, con una gran fuente de agua que funciona simplemente por gravedad. Bastante extraordinario, en realidad.

Lila suspiró. Era fácil imaginar una casa y ubicación tan hermosas. York tenía tanta historia, principalmente de los romanos, que siempre era interesante explorar y aprender. —¿Y tu hogar como vizconde? ¿Cómo es?

Le lanzó una mirada curiosa, ladeando la cabeza. —Señorita York, no me diga que ha olvidado mi casa tan pronto. Usted asistió a una fiesta allí hace algunos años. ¿No lo recuerda?

Lila trastabilló con la tetera, habiendo olvidado que Harlow había asistido a una fiesta allí con Isla Woodville, ahora vizcondesa Leigh.

—Perdóneme. No lo he olvidado —dijo, estrujándose el cerebro para intentar recordar lo que Harlow había dicho sobre la casa a su regreso.

Él se rio, reclinándose en su silla, estudiándola. —Bueno, me alegra oírlo. Quiero causarle una impresión. Que admire mi propiedad y lo que ofrezco. Después de todo, estoy tratando de ganar su mano. Sería terrible, en efecto, si no pudiera impresionarla con mis considerables bienes.

Lila le sostuvo la mirada, teniendo la clara sensación de que no se refería solo a sus casas y tierras con esa declaración. Asintió, fingiendo ignorancia, y sorbió su té. —Bueno, supongo que debería saber que vengo con una dote, al igual que mi hermana. Una considerable que espero también le impresione, mi lord —sonrió—. Ya que estamos hablando de lo que ambos aportaríamos a un entendimiento, aunque ese tema sea tabú en la alta sociedad.

—Muy cierto. Estamos siendo terriblemente vulgares, pero entonces, ¿dónde está la diversión en la vida si uno no puede ser un poco salvaje y presionar contra las tensiones que la sociedad nos impone para probar sus límites?

—Tengo la sensación de que usted prueba sus límites con bastante frecuencia. O al menos solía hacerlo antes de dirigir su atención hacia mí. Me temo que he monopolizado todo su tiempo.

—Me gusta que me haya monopolizado. Me gustaría monopolizarla más a usted.

Lila se rio, disfrutando aún más de la mañana. Si tan solo pudiera decirle quién era ella. ¿La echaría, se enfadaría o se daría cuenta de que con ella podría ser feliz?

—En serio, mi lord, dígame cómo podría hacer eso más de lo que ya lo está haciendo. Pasamos la mayoría de las noches juntos, y las mañanas también, al parecer. Si pasáramos más tiempo juntos, la gente empezaría a asumir que ya estamos casados.

—Entonces podría pasar también las noches con usted. Qué afortunado sería entonces, señorita York.

El calor besó su pecho y ardió subiendo por su garganta hasta sus mejillas. ¿Realmente había dicho algo tan escandaloso? No es que no fuera tentador estar con él así. Escabullirse en un baile o incluso en un desayuno y dejar que la besara.

Su primer beso y de un hombre al que siempre había codiciado en secreto. Y no solo un roce de labios esta vez, sino un beso para recordar siempre. Que él pensara que era Harlow amargaba un poco ese pensamiento, pero lo apartó. Harlow no lo quería como marido y no tenía ningún apego romántico hacia él. Pero Lila sí, y estaba segura de que él la habría buscado si ella hubiera estado en la ciudad junto con Harlow. Se aferró a esa creencia, no queriendo imaginar lo contrario.

—No debería decir tales cosas, mi lord. Me hará sonrojar —admitió.

—Ya está sonrojada —se inclinó cerca—. Y qué hermosa es cuando lo hace. Hace que mi corazón se detenga con solo verla.

Lila lo miró fijamente, sin haber sabido que Billington tenía palabras tan maravillosas y dulces dentro de él. Palabras que eran pronunciadas debido a su interés y atención. Era ella quien estaba aquí, y Harlow no. Era a Lila a quien hablaba, ante quien se declaraba, nadie más.

—Bueno —murmuró, con el calor en sus mejillas abrasador—. Ahora pareceré haber tomado demasiado sol —se metió una fresa en la boca, la dulce fruta tan deliciosa como el hombre frente a ella—. Le concedo esto, mi lord. Es muy bueno siendo perverso y encantador todo en uno. Sus años como libertino han dado sus frutos, diría yo —dijo, sonriendo.

Su sonrisa maliciosa hizo que su sangre se calentara. —Los libertinos hacen los mejores maridos, o eso me han dicho. Mi esposa no quedará insatisfecha. Puedo prometérselo.

—¿Insatisfecha cómo? —preguntó Lila, genuinamente curiosa.

—Oh, mi querida señorita York, esa respuesta no puedo darla, pues hay un límite para mi perversidad, y usted lo ha alcanzado.

Lila se deslizó otra fresa entre los labios, observándolo. Su atención se dirigió a su boca, y ella hizo un puchero, queriendo tentarlo aún más. —Bueno, eso es una lástima —dijo—. Quizás no sea un libertino después de todo.

Él gruñó, reclinándose en su silla, sus grandes manos acariciando sus piernas. —Oh, soy un libertino, señorita York, y si continúa con sus provocaciones, descubrirá cuánto lo soy.

Si tan solo pudiera.

CAPÍTULO DIEZ

KNOX CAMINABA por una delgada línea entre el deseo y el decoro, la necesidad y la etiqueta. Deseaba a la mujer que estaba sentada frente a él, que lo provocaba sin piedad y lo tentaba con su boca.

Ver sus labios descarados cubrir la fruta roja casi había sido el punto de quiebre de su contención.

Le gustaba la pícara que había regresado de Grafton, dispuesta a permitirle su cortejo hacia ella. Su humor y sus reacciones a sus palabras a veces inapropiadas eran dulces y solo lo hacían desearla aún más.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señorita York?

Ella asintió, deslizándose otra temida fresa en su boca. —Por supuesto —dijo.

—¿Puedo llamarla por su nombre de pila? Ya le he dado permiso para que me llame por el mío. —Su rostro palideció, y él extendió la mano, el miedo revolviendo sus entrañas ante la posibilidad de que ella estuviera enferma. O que su petición la hubiera insultado de alguna manera—. ¿Se encuentra bien? Está muy pálida —dijo—. Espero no haberla ofendido de ninguna manera. Esa no era mi intención.

Ella negó con la cabeza, mordiéndose el labio. Miró hacia los jardines, y él vio que buscaba a sus amigas mientras reflexionaba sobre sus palabras. —Creo que preferiría que me llamara señorita York —dijo.

Knox trató de ocultar la decepción que su respuesta le provocó, pero supo por su mayor angustia que había fracasado miserablemente.

—Lo siento. —Ella extendió la mano, tocando su brazo—. Lo he desanimado con mi respuesta. —Se mordió el labio, frunciendo el ceño pensativa—. Nunca me ha gustado mucho mi nombre de pila. ¿Y si llegamos a un acuerdo y me llama con un apelativo cariñoso? —sugirió.

Él arqueó las cejas. —¿Un apelativo cariñoso? Hmm. —Pensó en la idea un momento—. ¿Qué tal Mon Amour? ¿Le parecería bien? —preguntó, gustándole más esta idea ya que parecía incluso más íntima que su nombre.

—Me parecería muy bien. —Ella le sonrió, y de nuevo él quedó impactado por su belleza. Nunca antes se había enamorado de una mujer, no con todo su corazón, pero algo le decía que la

señorita York, su Mon Amour, era diferente. Era el comienzo de algo maravilloso para él. Para ambos.

—Hábleme de su hogar. Por supuesto, visité partes de Grafton para la boda de Derby, pero no me quedé mucho tiempo. Tengo entendido que su familia posee una pequeña propiedad allí.

—Mis padres poseen una modesta propiedad justo a las afueras de Grafton, pero en el lado opuesto del pueblo de los Woodvilles, a quienes ya conoce —explicó, con una pequeña sonrisa nostálgica en los labios—. Amo Grafton, la gente y el condado tan unido que somos, pero eso no significa que no venga con el clero local entrometido o la matrona chismosa.

—Detesto los chismes y las mentiras. No le veo el sentido a difundir noticias que pueden o no ser ciertas sin pensar en aquellos a quienes tales palabras puedan herir. —Knox suavizó su tono, no queriendo sonar como un rufián enojado y crítico. No lo era. No le gustaba cuando la gente disfrutaba de las tribulaciones ajenas.

—A veces eso es un poco difícil de evitar en pueblos pequeños como Grafton. Pero vivimos lo suficientemente lejos del pueblo como para no estar demasiado incluidos en lo que es el último cotilleo.

—Me alegra oírlo —dijo él.

Ella lo estudió un momento, entrecerrando los ojos pensativa. —Suena como un hombre que ha tenido una historia con las mentiras y ha decidido estar en contra de los chismes. Ya que nos estamos conociendo un poco más, ¿estaría dispuesto a contarme qué le sucedió en el pasado?

¿Estaba dispuesto a contarle? Su buen amigo de la escuela, el Duque de Romney, había sido engañado como un tonto por una cara bonita y casi había perdido a su verdadero amor por sentirse repelido de que le volviera a suceder lo mismo. Eso era suficiente para que él nunca estuviera de acuerdo con los mentirosos o aquellos que fingirían para salirse con la suya, incluso en un matrimonio.

—Nada en mi pasado ha ocurrido que me haya herido directamente. Simplemente hablo de lo que sé y he visto en este voluble mundo de la alta sociedad.

—Me alegro de que no haya sido herido antes —dijo ella—. Ahora que sabe de mi vida en Grafton, ¿qué hay de la suya donde creció? ¿Disfruta de algún deporte en particular?

—De hecho, sí. Y como nos estamos acercando al final de la temporada, me da la oportunidad de preguntarle si le gustaría pasar un día conmigo y varios de mis amigos. ¿Ha estado alguna vez en Ascot para las carreras? Podríamos hacer un día de ello, disfrutar de un día bajo el sol con buena compañía y carreras de caballos.

—Eso suena maravilloso, milord. —La señorita York se volvió para mirarlo, la acción colocándola más cerca de él de lo que había estado antes. Estaba a solo una pequeña inclinación de que sus labios se tocaran, y él quería besarla. Ver si el sentimiento profundo en su vientre se transfería a un vínculo embriagador que solo se profundizaba cuando se besaban. El roce de sus labios el día anterior no había sido suficiente y solo lo había provocado para lo que estaba por venir.

Los otros invitados sentados bajo la glicina no estaban tan cerca, pero algunos estaban frente a ellos, y él contuvo su deseo para otro momento. Un momento en el que estuvieran solos, y pudiera besarla plenamente y por tanto tiempo como ella se lo permitiera.

—Nunca he estado en Ascot, pero me encantaría asistir con usted. —Su sonrisa era sincera, y algo en su pecho latió con fuerza. La mujer frente a él se había metido verdaderamente bajo su piel, y él solo podía esperar haber hecho lo mismo con ella.

Un fuerte estruendo de trueno hizo temblar las ventanas, y Lila se sobresaltó en su silla antes de que grandes y pesadas gotas de agua comenzaran a gotear a través de la terraza cubierta de enredaderas. —Oh no, el desayuno de Lady Merlov se arruinará.

Lord Billington se puso de pie, ayudándola a levantarse antes de que comenzaran a correr hacia la puerta más cercana. Para cuando encontraron una que no estuviera cerrada con llave, la gente estaba riendo y gritando por igual mientras trataban de escapar del inesperado aguacero de verano.

—Tan típico del clima inglés, ¿no es así? —Lila se secó la cara con el dorso de sus guantes, tratando de secarse lo mejor que pudo, pero tenía la sensación de que estaba lejos de verse decente.

Lord Billington sacó un pañuelo de su bolsillo y, sin previo aviso, le secó la nariz. —Tenías una gotita de agua ahí. —Sonrió, y Lila, por primera vez, se dio cuenta de que la puerta por la que habían escapado no era una que otros invitados hubieran utilizado.

Echó un vistazo al espacio, una sala de estar que no estaba en uso para la fiesta.

Estaban solos.

—Gracias —logró decir, mirándolo. Era tan apuesto, incluso un poco mojado como estaba ahora. Se erguía sobre ella, y no pudo evitar admirar la línea de su mandíbula o su nariz recta y aristocrática.

Quería besarlo. Pero besarlo significaría dar un paso más por el camino prohibido que había elegido recorrer.

Él la estudió, su atención bajando a sus labios. —Debo admitir que tengo un deseo abrumador de besarte, mon amour —confesó.

Ella contuvo el aliento, sorprendida, sin haber esperado que dijera algo tan maravilloso, y sin importar cuán malo o incorrecto fuera, Lila deseaba lo mismo.

Su hermana la había puesto en esta situación. Era culpa de Harlow si hubiera que culpar a alguien.

Sin poder esperar un momento más, Lila cerró el espacio entre ellos y lo besó en su lugar.

Él se apartó por un instante, mirándola con no poca sorpresa antes de sujetarla por las caderas y atraerla hacia sí. Sus labios tomaron los de ella en un beso ardiente que la dejó sin aliento. Ella buscó apoyo, aferrándose a las solapas de su abrigo, y le devolvió el beso con toda la pericia que pudo encontrar.

Lo cual no era mucho, considerando que este era su primer beso real.

Su lengua se enredó con la de ella, haciendo que su corazón latiera con fuerza. Lila apartó el pensamiento de que él creía que ella era otra persona. Todo lo dicho entre ellos desde su llegada a la ciudad era su verdad, de nadie más, y tenía que creer que si él tuviera la opción, la besaría a ella en lugar de a Harlow.

Sus manos se deslizaron por su espalda, haciendo que su piel se erizara de conciencia. Se estremeció, inclinándose más hacia él, queriendo sentir el calor de su pecho, la agitación de su respiración errática mientras su beso se adentraba más en lo desconocido, más caliente, una experiencia más salvaje que cualquier cosa que hubiera experimentado antes.

Era adictivo, y ella siempre quería sentirse tan amada. Tan llena de placer que podría estallar de emoción y alegría.

Él rompió el beso y la miró, presionando su frente contra la de ella. Sus alientos se mezclaron, y sus corazones latían acelerados. Nunca olvidaría este día por el resto de su vida.

Un día en que su vida comenzaba, y la esperanza más allá de todo lo que había tenido en sus veintiséis años despertaba de su letargo.

Que se condenara su alma. No podía negarse la oportunidad de felicidad, de placer con Billington, incluso si ese deleite nacía del engaño.

CAPÍTULO ONCE

—DIME cuándo puedo verte de nuevo —exigió Knox, deseando pasar más tiempo a solas con la señorita York y nadie más.

—Asistiré al baile de los Collins esta noche. ¿Has recibido una invitación? —preguntó ella.

Él asintió y la guió hacia la puerta. La habitación daba al vestíbulo, y se podían escuchar varias voces apagadas discutiendo sobre los carruajes y cuánto tiempo tardarían en llegar para recogerlos.

—La he recibido, y si puedo, ¿me concederías los dos primeros bailes? Verte en brazos de otro hombre no es como me gustaría que comenzara nuestra noche.

Un rubor besó sus mejillas, y él aprovechó la oportunidad para robarle otro de sus labios. Ella se inclinó hacia él, buscando su contacto tanto como él buscaba el de ella, y un placer duro y potente lo atravesó.

Es una doncella, no una mujer libertina del East End.

—Debes volver por esta puerta, pero yo saldré y entraré por las puertas principales de la terraza. No le haría ningún bien a tu reputación que te vieran a solas en mi presencia.

—De acuerdo —aceptó ella—. Te reservaré los dos primeros bailes, milord.

—Knox, por favor. Estamos solos —le recordó, deseando escuchar su nombre en sus labios.

—Knox, entonces —susurró ella, con una pequeña y traviesa sonrisa curvando las comisuras de su boca—. Estoy deseando verte esta noche.

—Nada me lo impedirá. —La dejó entonces, caminando rápidamente para salir de la habitación sin dejar rastro de haber estado allí con ella. Rodeó la terraza, donde todos los que se habían empapado por el chubasco pasajero estaban dentro, dejando manchas de agua en los suelos pulidos y las alfombras Aubusson.

—Aquí estás —dijo Renford a su lado—. Si crees que no me di cuenta de adónde corriste con la señorita York, estás equivocado. —Su amigo alzó una ceja burlona, y Billington se rio. No pudo contener la sonrisa en sus labios, ni siquiera para salvarse—. Robé mi primer beso, amigo mío, y nunca he deseado tanto volver a besar a una mujer en mi vida. Ella es simplemente perfecta. —Su amabilidad, su humor y su seriedad, que a veces pensaba que ella creía demasiado. Pero qué encantadora era, y si seguía recibiendo besos como el que acababa de

recibir, había pocas posibilidades de que rechazara su propuesta de matrimonio. De nuevo.

—Aún no ha aceptado ser tu esposa. No seas tan atrevido con ella que comprometas a la muchacha y te veas obligado a convertirte en su marido. Te resentirá el resto de tus días.

—Punto anotado —aceptó, no queriendo que esa situación ocurriera—. Pero, mi buen hombre —dijo, dando una palmada en la espalda a Renford—, creo que fui su primer beso, y déjame decirte que su habilidad y rápido aprendizaje me hacen anhelar nuestra noche de bodas. Creo que será maravillosa.

—Oh, Dios mío, ya te ha dicho que no una vez. Estás muy seguro de que cambiará de opinión.

Una mujer que besa a un hombre como la señorita York lo besó a él no se niega por mucho tiempo el disfrute del lecho matrimonial. Se casaría con él y sería aún más feliz por ello. Podía entender que quisiera estar segura, y estaba dispuesto a darle tiempo, pero eso no significaba que no intentaría seducirla a su manera.

—No dirá que no. Su beso me lo dijo. —Knox vio a la señorita York con la Duquesa de Derby y la Vizcondesa Leigh, que también se habían unido a ellas, las tres dirigiéndose hacia las puertas de la finca de los Merlov. Parecía que el desayuno había terminado por otro año.

—¿Asistirás al baile de los Collins esta noche? Me imagino que continuarás con tus planes de seducción allí también —comentó Renford mientras se dirigían hacia las puertas, donde un carruaje tras otro recogía a sus pasajeros antes de partir.

La emoción corría por sus venas ante la idea de volver a ver a la señorita York. Su Mon Amour, como debía ser llamada. Por qué no quería usar Harlow se le escapaba. El nombre le sentaba muy bien, pero ella no le había dado permiso para usar su nombre de pila, y él tomaría lo que pudiera si eso la complacía.

—Voy a asistir. Lord Collins siempre tiene una sala de juegos reservada para los caballeros si quieres una partida de Veintiuno antes de que el baile esté en pleno apogeo.

—¿Eso no desagradará a tu dama? —bromeó Renford.

—He asegurado los dos primeros bailes. Más que eso, y nos convertiremos en la comidilla de la alta sociedad, y deseo evitar eso a toda costa, muchas gracias. Sabes cuánto odio los chismes y las mentiras, y acosarán tanto a la señorita York sobre nuestro cortejo que podría alejarla de la unión por completo.

—Muy cierto —coincidió Renford—. O simplemente recordarle que ya ha dicho que no y debería hacerlo de nuevo.

Knox lanzó a su amigo una mirada de disgusto e ignoró sus palabras. Ella no se volvería en su contra, no después de lo que había sucedido antes. La sangre en sus venas aún bombeaba fuerte y vigorosa al recordar su beso.

Intentaría robar otro.

Esta noche.

Lila no había hecho más que subir al carruaje con Hailey e Isla cuando la clavarón en su

asiento con miradas de disgusto de igual medida.

—¿Dónde estabas? —exigió saber Hailey—. Corriste al interior, pero no hacia donde corrieron todos los demás, y no pude encontrarte. No hasta varios minutos después y cuando Lord Billington también reapareció.

—Como por arte de magia —comentó Isla con sarcasmo, sus labios apretados en un mohín crítico.

—¿Dónde está el duque? —preguntó Lila en su lugar, sin querer responder a sus preguntas todavía.

—Va camino a su club —dijo Hailey—. Ahora olvídate de mi marido y responde a mi pregunta, Lila —exigió.

—He tomado una decisión, señoras, y puede que me odiéis y no queráis ser mis amigas después de esto... Cielos, puede que mi hermana no vuelva a hablarme jamás. O podría hacerlo, dependiendo de cómo vea mis acciones aquí en Londres. Solo el tiempo lo dirá. Pero esta podría ser mi última oportunidad de ser feliz, y tengo la intención de intentar alcanzarla y ver cómo se desarrollan las cartas.

—No puedes hacer tal cosa —jadeó Isla—. Lord Billington quedará destrozado, se sentirá como si le hubieras tomado el pelo si continuas por este camino engañoso. Debes parar.

—Lila, piénsalo bien —suplicó Hailey—. No queremos que salgas herida en esta situación tampoco. Sé que Harlow tenía buenas intenciones al enviarte aquí, pero no consideró los sentimientos que mantenías ocultos por Lord Billington durante tantos años. Jamás te habría pedido algo así si hubiera sabido cómo te sentías realmente. —Hailey extendió la mano y tomó la suya—. Si no puedes decírselo a la cara, debes enviar una carta a su señoría, explicarle todos tus errores y volver a casa, y tal vez regresar el año que viene para la temporada, intentar tentar a Lord Billington entonces. Pero esta vez como tú misma, no como tu hermana.

La sugerencia de Hailey no era del todo mala. Podría contarle a Lord Billington todo el engaño y sus razones hasta ahora, y volver a Londres el año siguiente, interpretándose a sí misma esta vez para intentar que su señoría la viera a ella en lugar de suspirar por su hermana.

Pero lo había besado, y él creía que era Harlow...

Lila tragó el nudo que se le formó en la garganta cuando todo lo que había hecho, las mentiras y el fingimiento, cayó sobre ella como una roca. —Me va a odiar cuando lo descubra, tenéis razón. No puedo decírselo ahora. —El pánico la asaltó, y se quitó los guantes para abanicarse la cara con las manos—. ¿Qué he hecho? Nunca debí escuchar a Harlow. Tengo pocas opciones, o bien le digo la verdad y me arriesgo a su reacción, o sigo con esta farsa y le rompo el corazón al final de la temporada como una provocadora ramera del East End.

Hailey se enderezó, clavándola en su asiento con su mirada de acero. —¿Qué quieres decir con eso, Lila? ¿Qué has hecho?

—¿Qué quieres decir? —Isla jadeó de nuevo, cubriéndose la boca con la mano—. ¿Qué está pasando que yo no sé?

La vergüenza reemplazó al pánico, y Lila se encogió. —Besé a su señoría esta tarde. —Un beso que había esperado repetir, pero ¿cómo podría hacerlo ahora? Necesitaba ser sincera, pero serlo era mucho más difícil de lo que jamás pensó que sería—. Y él me devolvió el beso, pero ahora me siento mal por todo. Estoy condenada. Mi reputación, mis hermanas, todo se perderá por este plan insensato.

—Sé que querías un matrimonio por amor, amiga mía, y yo también lo quiero para ti. Ambas lo queremos —dijo Hailey, señalando a Isla—. Pero esta no es la manera de conseguirlo. Por favor, díselo a su señoría. Verás que todo saldrá bien al final, y él te perdonará.

—Y si no lo hace, entonces nunca mereció tenerte y ver lo maravillosa que eres en primer lugar —mencionó Isla, sentándose a su lado y tomando su mano—. Estaremos a tu lado y no te dejaremos caer, Lila. Pero debes ser honesta.

Lila suspiró, la monumental tarea que tenía por delante era casi demasiado. Tanto que no deseaba otra cosa que correr a casa, hacer las maletas y huir como la cobarde que era.

—Muy bien. Se lo diré a su señoría. Me aseguraré de que hablemos esta noche, y le explicaré todo. Me odiará por ello, pero tenéis razón. Es lo mejor.

—Lo es, querida. Confía en lo que sientes por él y cree en lo que él siente por ti, y con el tiempo todo saldrá bien.

Lila asintió. —Espero que tengas razón. —Pero el revoltijo en su estómago le decía que Hailey no la tenía. No esta vez.

CAPÍTULO DOCE

KNOX DIVISÓ a la señorita York entre la multitud abarrotada del baile de los Collins antes de que ella lo localizara. Esa noche llevaba un vestido de tafetán de seda verde que resaltaba el vibrante color de sus ojos. El vestido abrazaba su forma femenina y acentuaba todas las partes que él más amaba en una mujer. Su escote en particular...

El impulso de llevársela a algún lugar de esta gran casa casi superó su disfrute de simplemente observarla con Lady Leigh, la amiga más cercana de la señorita York.

O eso había pensado, pero ella había estado pasando gran parte de su tiempo con la Duquesa de Derby, así que quizás se había equivocado.

El baile aún no había comenzado, y se dirigió a la sala de juegos, solo para ver que Renford aún no estaba presente. Renunciando a su partida de cartas, se encaminó hacia su único propósito de estar allí.

Los ojos de ella brillaron de deleite cuando él apareció en su campo de visión, y él hizo una reverencia, incapaz de ocultar el placer que ella le provocaba.

—Buenas noches, señorita York. ¿Puedo decir lo absolutamente hermosa que se ve esta noche? —Tomó su mano, deseando que el guante de seda no le negara la sensación de su suave piel contra sus labios.

—Gracias, Lord Billington. Usted también luce muy elegante esta noche. Y veo que, de alguna manera en el caos de la temporada, ha logrado llevar un chaleco verde que combina con mi vestido. Qué providencial.

—Providencial, en efecto. —Rio mientras sonaban las primeras notas de un minué—. ¿Bailamos?

Ella colocó su mano en la de él, y la condujo a la pista de baile, junto con muchos otros entusiastas bailarines. La atrajo a sus brazos tan pronto como la música lo permitió y saboreó tenerla de vuelta donde pertenecía.

¿Había sido solo esta mañana que había besado a la mujer frente a él? Parecía una eternidad, y esta noche lo haría de nuevo.

—¿Su día fue tan agradable como el mío? Debo admitir que después de esta mañana, hice poco más que contar las horas hasta que nos volviéramos a encontrar. —Esperaba no ser

demasiado atrevido, pero sus palabras eran la verdad. Le gustaba mucho la señorita York, más que nadie que hubiera conocido, y quería que ella supiera tales verdades. ¿Cómo iba a decidir casarse con él o no si no conocía o confiaba en sus palabras?

—Tuve un día agradable, mi lord —respondió ella, con un pequeño temblor en sus palabras que él pudo discernir.

La hizo girar en el baile antes de que volvieran a moverse entre otras parejas durante varios pasos. —¿Ocurre algo, señorita York? Parece un poco distraída. —Hizo una pausa—. Espero que lo que sucedió entre nosotros más temprano hoy no la haya molestado. Esa no era mi intención.

—No —negó con la cabeza, y las lágrimas se acumularon en sus ojos—. No fue el beso —susurró.

El temor se anuló en su estómago, y los maniobró fuera de la multitud de bailarines y eventualmente fuera de la pista de baile. —Encuéntreme en la biblioteca y hablaremos. No quiero verla tan alterada.

Ella asintió y se separó de él, abriéndose paso lentamente entre los invitados. Knox hizo lo mismo, pero en la dirección opuesta. Se deslizó por una puerta en el salón de baile que conducía a un pasaje oscuro usado por los sirvientes, supuso, antes de dirigirse a la biblioteca, donde esperaba poder reparar lo que fuera que la estuviera preocupando y disipar sus inquietudes.

Lila encontró la biblioteca y se acercó al fuego que ardía tenuemente para esperar a Lord Billington. Los nervios bombardeaban su estómago, y tomó una respiración profunda, preocupada de que fuera a devolver el contenido de su estómago.

Un rayo de luz entró en la habitación cuando su señoría se unió a ella antes de que se apagara cuando la puerta se cerró. Él se dirigió hacia ella, tan apuesto como siempre, y una punzada de arrepentimiento atravesó su corazón.

Cómo deseaba que él se dirigiera hacia ella con determinación sabiendo que era Lila y no Harlow. Pero no era así. Él pensaba que era otra persona, y era hora de que dejara de jugar con su corazón de manera tan cruel.

Cómo pudo haber pensado que fingir ser otra persona era un buen sentimiento, nunca lo comprendería.

Él la tomó por los hombros, mirándola como si quisiera arrancar la verdad de sus labios mentirosos.

—¿Qué ha sucedido? ¿Te he ofendido y no hay manera de corregir mi error? —preguntó, con un pequeño ceño entre sus oscuras cejas.

—No, no me has ofendido. Siempre atesoraré el beso que compartimos, pero hay algo que debes saber.

—¿Qué es, Mon Amour? —preguntó, su atención desviándose hacia sus labios antes de encontrarse con sus ojos.

Si esta fuera la última oportunidad que tendría de estar con él, de tocarlo y besarlo, sería

imprudente una última vez antes de decirle la verdad. Una realidad que lo alejaría de ella, odiándola, a partir de este día.

—Me gustaría que me besaras de nuevo —dijo, condenándose para siempre.

Una sonrisa maliciosa elevó los lados de sus labios, y no dudó en hacer lo que ella le pidió. La atrajo a sus brazos, levantando su barbilla con su mano, y bajó sus labios hacia los de ella con un ritmo tortuosamente lento.

En el momento en que se tocaron, el fuego corrió por su sangre, eliminando toda culpa por lo que estaba haciendo, lo que le había pedido.

Su boca tomó la de ella en un beso ardiente, y ella se aferró a él para evitar desmayarse a sus pies.

Él era abrumador, fuego en sus brazos, exigente y sin embargo, también no tanto. Un enigma que no podía entender completamente.

—Sabes a pecado —susurró ella.

Su mano se deslizó más abajo en su espalda, agarrando su trasero, y ella se mordió el labio, nunca antes habiendo sido presionada contra un hombre de manera tan escandalosa. Las emociones, las sensaciones que hormigueaban y dolían en lugares que nunca había sabido que existían la hacían desear que él la tocara más. Que la acariciara y la frotara en todos esos lugares que dolían.

¿Qué le pasaba para pensar así? ¿Qué había sucedido con la solterona sensata y entrada en años de Grafton?

No se reconocía a sí misma, ni le gustaba mucho en ese momento.

La puerta de la habitación se abrió, y Lila se tambaleó hacia atrás cuando Lord Billington la soltó. Aun así, no fue lo suficientemente rápido, pues Lord Collins y varios otros caballeros entraron en la biblioteca, con puros en la boca y sonriendo por su capacidad de desaparecer del baile sin ser detectados.

No muy diferente a la habilidad de Lila y Lord Billington. La expresión conmocionada de Lord Collins y las miradas divertidas de los demás, que sabían que habían interrumpido algo totalmente inaceptable, le revolvieron el estómago.

—¿Lord Billington, es usted? —preguntó Lord Collins, y antes de que pudiera responder, varios otros caballeros salieron apresuradamente de la habitación hacia el salón de baile, sus pasos acelerados resonando en sus oídos y su misión clara para todos los presentes.

Sin duda, en cuestión de minutos, la noticia de su escandalosa liaison con Lord Billington en la biblioteca sería el último chisme de la alta sociedad y el tema de conversación durante semanas.

—Así es, Lord Collins. Estoy aquí con la señorita York, quien ha aceptado convertirse en mi esposa. ¿No nos felicitará? —les preguntó.

La habitación comenzó a dar vueltas, y Lila se aferró al brazo de Lord Billington para evitar desmayarse. ¿Qué estaba diciendo?

¿Matrimonio?

¿Con ella?

Él no sabe quién soy.

—¿Es esto cierto, señorita York?

Lila podía sentir la mirada endurecida de Lord Billington contra su mejilla, y sabía por qué. Si no se casaba con él, si no decía que acababa de ser propuesta, su reputación y la de Harlow quedarían arruinadas para siempre.

Los músculos de sus brazos se tensaron cuanto más tiempo permanecía incapaz de formar palabras, y ella miró fijamente a Lord Collins, sintiendo su lengua como si estuviera hinchada y pesada con más mentiras que estaba a punto de pronunciar.

—¿Harlow? —la instó Lord Billington.

Ella encontró su mirada, y la preocupación que leyó allí le dijo que él estaba pensando lo mismo que ella. Que habían sido descubiertos, y que poco más podía hacer él que ser el caballero que se le había criado para ser y ofrecerle su mano en matrimonio.

Asintió y tragó con dificultad. —Es cierto, Lord Collins. Por favor, felicítenos y felicidades por ser el primero en conocer nuestra maravillosa noticia —dijo, aliviada de que sus palabras sonaran alegres, en lugar de sombrías y avergonzadas.

Lord Collins aplaudió, acercándose a ellos con una gran sonrisa en su rostro anciano. —Felicitaciones, mis amigos —dijo, justo cuando varias otras personas entraban en la habitación como si aún quisieran atrapar a Lord Billington y a ella en una situación impropia.

Lila permitió que Lord Collins le besara las mejillas antes de hacerse a un lado y observar cómo estrechaba enérgicamente la mano de Billington. —Bueno, esto es un gran logro para mí y para Lady Collins. Lord Billington es un excelente partido, señorita York, y que una joven como usted haya ganado su respeto y amor, bueno, estamos muy felices por ustedes. Y complacidos de que el anuncio ocurra bajo nuestro techo. —Su señoría hizo una pausa, volviéndose hacia los que estaban cerca de la puerta, observando todo lo que sucedía—. Ahora, volvamos al baile. Hay mucho que celebrar.

Lord Billington tomó su mano, colocándola sobre su brazo mientras seguían a Lord Collins y a los demás que habían esperado participar en su caída. No es que no hubiera chismes sobre lo ocurrido aquí esta noche, pero la emoción y la creencia de Lord Collins sobre lo sucedido en su biblioteca ayudarían mucho a aplacar demasiado escándalo.

Por otro lado, su escándalo y mentira no eran algo a lo que quisiera enfrentarse, y ahora parecía que no tenía otra opción que decirle la verdad y ver si aún deseaba casarse con ella después de ese hecho.

O dejar que sucumbiera a la caída que se había provocado a sí misma.

CAPÍTULO TRECE

VIVÍA UNA MENTIRA Y, aun así, no podía evitar disfrutar del poco tiempo que le quedaba con Billington en este capullo de felicidad mientras durara. La noche siguiente, en el baile de los Davies, Knox sacó a Lila del salón de baile. Lila contuvo la risa mientras corrían por el jardín y alrededor de la gran finca hasta que llegaron a los escalones de entrada.

—Espera aquí. Iré a buscar mi carruaje y nos iremos.

Lila lo retuvo, impidiéndole que huyera. —Pero no puedo. Hailey se preguntará dónde estoy y se preocupará.

—Nos vio juntos. Sabrá que estás conmigo.

Lila le lanzó una mirada escéptica. Incluso si Hailey pensaba que estaba con Billington, eso la hacía estar tan lejos de la seguridad como cualquiera. Había asegurado a sus amigas que le diría la verdad cuando fuera el momento adecuado, sin importar las consecuencias. Pero deseaba tanto estar con él. A solas y sin los ojos indiscretos de Londres observando cada uno de sus movimientos.

No es que debiera desear tal cosa. Había aceptado su propuesta bajo falsas suposiciones.

En qué desastre se había convertido.

Él le robó un beso rápido que la dejó anhelante antes de dejarla para ordenar su carruaje a un lacayo que esperaba. Billington aguardó pacientemente a que llegara el carruaje, hablando con los invitados que iban y venían del baile como si nada estuviera fuera de lugar.

Lila se acurrucó entre los arbustos, sin querer ser vista. Ser atrapada merodeando en la oscuridad y esperando huir con un vizconde que aún no era su esposo sería un desastre. Pero la idea de estar a solas con él estaba lejos de ser una catástrofe y anulaba todo su buen juicio.

Un carruaje se detuvo frente al vizconde, y él se inclinó hacia el conductor, susurrando algo al oído del hombre mayor antes de que este asintiera en señal de comprensión.

Billington subió al carruaje, y este avanzó hasta detenerse frente a ella. Sin decir palabra, la puerta se abrió, y después de comprobar una última vez que nadie estaba a la vista desde la puerta de la casa, Lila salió corriendo de los jardines y subió al vehículo.

Se rio de sus payasadas. Eran absurdos, y todo esto era inmoral, pero no podía evitar aferrarse a la poca felicidad que este tiempo con Billington le brindaba.

Él se movió a través del carruaje y se sentó a su lado. Sin decir palabra, la envolvió en sus brazos, inclinando su cabeza hacia atrás para mirarla con tanto afecto que su corazón se aceleró.

Ella se aferró a las solapas de su abrigo, buscando anclarse de cualquier manera posible.

—Ahora te tengo toda para mí —su profundo barítono la envolvió, cálido y reconfortante, y ella se acurrucó más cerca de él.

—Y yo a ti —admitió, apretando su agarre sobre él.

—Quiero besarte —confesó, con sus labios a un suspiro de los de ella.

Lila podía oler el brandy en su aliento y el aroma a sándalo, los dos olores para siempre grabados en su mente como Billington. Sabía que sin importar a dónde fuera en la vida o qué sucediera después de su tiempo aquí en Londres, cada vez que oliera esos aromas, pensaría en él y en su tiempo juntos.

Por robado que fuera.

—Yo también quiero que me beses —Lila no esperó, sino que se adelantó, tomando sus labios en su lugar. Su boca se apoderó de la de ella en un beso que la dejó luchando por respirar.

Gimió cuando sus lenguas se entrelazaron, haciendo que la boca de su estómago se contrajera de la manera más deliciosa. Calidez y maravilla bombardearon su mente, y se perdió en sus brazos. Sin querer ser encontrada jamás si este era el placer que él provocaba en su alma.

En algún momento durante el beso, este cambió, se transformó en algo perverso y salvaje. Lila ondulaba contra él, incapaz de detener lo que su cuerpo anhelaba.

Él escuchó su silenciosa súplica y no la decepcionó. Su toque vagó desde su cadera, deslizándose por su estómago para presionar allí. Pero no era suficiente. Ella ansiaba su toque, deseándolo con un razonamiento y una necesidad que no comprendía.

—¿Qué me estás haciendo? —jadeó.

Él rompió el beso, regalándole una sonrisa pecaminosa antes de que su mano se deslizara más por su cuerpo para acariciar su monte de Venus a través del vestido. Ella jadeó, el dolor que él encendió era como un fuego que no podía extinguir.

—Déjame tocarte, mon amour.

Lila no podía negarle nada. Asintió, y sus labios tomaron los de ella. Se perdió en su beso, en su toque. La brisa de aire fresco le acarició los tobillos y las rodillas antes de que su mano, caliente y decidida, recorriera su muslo, apretándolo y haciéndola ansiar aún más con hambre.

Él separó sus piernas, y ella jadeó, rompiendo el beso cuando su mano se deslizó a lo largo de su monte de Venus. Un calor líquido brotó de ella, y él gimió y maldijo en voz baja antes de frotarla con sus dedos. Lila cerró los ojos y se perdió en la exquisita sensación. Su toque era suave pero hábil, y antes de que pudiera pensar dos veces, abrió más las piernas, permitiéndole acceso a sus partes más íntimas.

—¿Te gusta esto? —preguntó, besando a lo largo de su cuello hasta la parte inferior de su barbilla.

—Mhmm, mucho —respondió. Se mordió el labio, sin entender del todo lo que su cuerpo

quería o necesitaba, pero sabiendo que esto no era suficiente. Quería más.

—¿Quieres que me detenga? Hay mucho que puedo mostrarte, pero solo si tú quieres.

Lila bajó la mano y la puso sobre la de él, presionando su toque contra ella, encendiendo una sensación promiscua que no se saciaría.

—Quiero más. Lo quiero todo —admitió, nunca habiendo dicho sus palabras con más sinceridad en su vida.

—Entonces te daré lo que quieres —dijo Knox, luchando por controlar el deseo que se desataba en él como un incendio forestal.

Quería complacerla, darle todo lo que ella deseaba. La observó acariciar su húmedo sexo y provocarla. Quería saborearla con su lengua, y lo haría. Algún día, pero no esta noche. Esta noche esto sería suficiente y el comienzo de más por venir.

La acarició, provocó su humedad goteante con su dedo, antes de introducir solo la punta de su dígito. Sintió cómo ella se tensaba alrededor de su mano, y contuvo una maldición. Maldita sea. Deseaba que fuera su miembro el que estuviera donde ahora estaba su mano.

Él mismo estaba rígido y húmedo, y si ella lo tocara, podría perder todo el autocontrol.

Y entonces, la más suave de las caricias presionó contra su miembro. Knox juró, apartando su mano. —No, Mon Amour. Esta noche es solo para ti —dijo, esperando que ella oyera el anhelo en su voz y lo cerca que estaba de perder el pequeño vestigio de control que ejercía sobre sí mismo.

Ella negó con la cabeza, decidida como siempre. —No, quiero que tú también sientas lo mismo que yo —argumentó.

—Puedo ocuparme de mí mismo en la comodidad de mi cama. Más tarde, no ahora. Esta noche es solo para ti —afirmó, esperando que ella no lo intentara de nuevo.

Pero lo hizo, y él no pudo apartar su mano, por mucho que supiera que debía hacerlo. Ella lo acarició a través de sus pantalones, y él luchó por no derramarse como un joven nuevo en los placeres sexuales. Su toque era tan bueno. Lo que había anhelado desde el primer momento en que ella lo besó.

—Quiero hacerte sentir como tú me estás haciendo sentir —dijo ella.

Knox no supo cuándo perdió el control de la situación, pero antes de que pudiera negar su petición, ella se había sentado a horcajadas sobre su regazo, y su húmedo y expuesto sexo se frotaba contra sus pantalones.

Todo pensamiento de negarle algo huyó de su mente. Le agarró las nalgas, apretó sus suaves montículos y la atrajo contra él. Pero no era suficiente. Quería todo lo que no podía tener.

La echó un poco hacia atrás sobre sus piernas y abrió de un tirón la bragueta. Su miembro saltó a su mano, y lo acarició frente a ella, observando cómo sus ojos se agrandaban de asombro y admiración.

—Oh, Dios mío —dijo ella, lamiéndose los labios y haciéndole gemir. Ella sería su perdición, sin duda.

—No voy a arruinarte, Mon Amour. Pero quiero que llegues contra mí. No contra mis pantalones, que pueden ser demasiado ásperos para tu precioso sexo. Mi miembro será más suave para ti.

Ella asintió, su lengua humedeciendo sus labios mientras se agitaba contra él. Sus ojos se agrandaron de asombro al presionarse contra él. Lo cálido y suave se fusionó con el acero aterciopelado. No había nada mejor en el mundo.

—Maldita sea, eso se siente demasiado bien —graznó. Ella tomó el control, rodeando su cuello con los brazos y moviéndose contra él como una experimentada cortesana.

Pero no era ninguna cortesana la que tenía envuelta en sus brazos. Era la mujer con la que se iba a casar. La mujer que le había robado más que ninguna otra en su vida.

Ella lo besó, y él le permitió hacer lo que quisiera. Se mecía contra él, su sexo caliente y necesitado empujando su miembro, buscando la liberación a la que ambos aspiraban.

La sostuvo, ayudándola a cabalgar sobre él sin tomar su inocencia, y nunca había tenido una experiencia sexual tan satisfactoria y ardiente en su vida.

Estaba al borde de derramarse contra ella, de levantarla solo un poco para empalarla en su hombría. Solo el pensamiento casi lo llevó al límite.

Ella echó la cabeza hacia atrás. Su labio inferior firmemente atrapado entre sus dientes mientras lo cabalgaba en la inexperta danza del amor. —Oh, Billington —gimió—. Oh Dios, nunca he...

Él la besó, dura y largamente, acarició su lengua con la suya, y se tragó sus gritos mientras el orgasmo la sacudía. Sus gemidos ahogados eran un canto de sirena que lo envolvía como una red.

—Mon Amour —jadeó, sus testículos tensándose, su miembro extendiéndose antes de derramarse fuerte y largo contra su dulce monte de Venus.

Permanecieron así durante varios minutos antes de que sus respiraciones volvieran a sincronizarse. —Eso fue más allá de todo lo que he conocido —suspiró ella, agarrando sus mejillas y levantando su rostro para encontrarse con sus ojos.

Él la miró fijamente, incapaz de comprender a la hermosa mujer en sus brazos. —Eres extraordinaria —y eres mía, sabiendo en ese momento que nunca podría verla casarse con otro.

CAPÍTULO CATORCE

LILA ESTABA de pie frente a la ventana del vestíbulo de la casa de su tía a la mañana siguiente, con la mente llena de recuerdos y sentimientos sobre lo ocurrido la noche anterior.

Estaba comprometida con un hombre que no sabía quién era ella.

—Estoy tan feliz por ti, querida —dijo su tía por centésima vez después de haber recibido la noticia la noche anterior—. Oh, tu madre estará tan contenta. Les escribiré hoy mismo.

Lila sonrió a su tía. Cuando su madre descubriera lo que ella y Harlow habían hecho, habría que pagar las consecuencias.

Aun así, sabiendo cuán equivocadas habían sido sus acciones, el toque de Knox había encendido una llama en su alma que no quería apagar. Si acaso, quería avivar ese fuego y hacer que ardiera más intensamente que nunca.

—Oh, querida mía, ¿podría hacer más calor hoy? —se quejó su tía mientras se dirigía a la sala trasera de la casa, aún en sombra por el sol de la mañana. Sin embargo, llegada la tarde, esa habitación también estaría calurosa e incómoda.

—El clima es ciertamente abrasador —respondió, sabiendo que ella había ardido de calor la noche anterior y había disfrutado cada momento.

Un cabriolé se detuvo frente a la casa de la ciudad, y la emoción recorrió sus venas cuando reconoció a Billington. Saltó con facilidad antes de entregar las riendas a su lacayo, que estaba sentado en el asiento trasero.

Lila se movió rápidamente hacia las escaleras, no queriendo que él pensara que lo había estado esperando, pues no era así. No sabía que él la visitaría hoy, pero ahora que lo había hecho, todos los pensamientos sobre el clima incómodo se desvanecieron de su mente.

Un rápido golpe en la puerta y el mayordomo respondió, lanzándole una mirada curiosa cuando ella simplemente permaneció de pie en la escalera sin propósito.

Lord Billington entró en el vestíbulo, su amplia sonrisa al verla hizo que las mariposas en su estómago cobraran vida.

—Señorita York, qué bueno verla de nuevo. Pensé que podría robarla esta mañana para dar un paseo de placer en mi cabriolé. Pero solo si su tía puede prescindir de usted.

Tiempo a solas con su señoría era lo que más deseaba, y antes de que pudiera preguntarle a

su tía, escuchó sus pasos apresurados sobre el suelo de parqué.

—Buenos días, Lord Billington. ¿Puedo ofrecerle nuevamente mis felicitaciones, milord, por su compromiso con mi sobrina? Estoy segura de que ella disfrutaría de un agradable paseo con usted hoy. Qué amable es usted al ofrecerlo.

—No es amabilidad en absoluto, señora Chapman. Como la señorita York es ahora mi prometida, no desearía nada más que su compañía, y tengo un nuevo cabriolé que me gustaría sacar y disfrutar. Pero solo si usted lo aprueba, por supuesto —dijo, con una voz tan dulce como el vino.

Su tía rió tontamente ante el encanto de su señoría. —No veo ningún daño en una salida, pero lleva un sombrero, querida. No querrás quemarte antes de la ópera de esta noche.

—Por supuesto, tía —dijo Lila, volviéndose hacia Billington—. Iré a buscar mi sombrero y guantes y me reuniré con usted directamente en el carruaje.

Sin esperar una respuesta, corrió a su habitación, encontró todo lo que necesitaba para su salida con su señoría, y pronto tomó su mano y subió al alto vehículo, lista para su aventura.

Se acurrucó contra él, envolviendo su brazo con el suyo, lo cual a él no le molestó. —Estoy tan feliz de que haya venido, milord. Dígame, ¿a dónde me lleva hoy?

—Bueno, en cuanto a eso, tendrá que guardar un secreto, porque si nos atrapan, se asegurará un escándalo como Londres nunca ha conocido.

—¿En serio? —preguntó, aún más intrigada. Le sonrió, y el impulso de inclinarse y robarle un beso casi superó su sentido de la propiedad.

—Sí, en serio. —Movié las cejas, y ella rió, disfrutando ya de su tiempo a solas con él. Salieron de Londres y pronto viajaban por el camino hacia Bath.

—¿A dónde vamos? —preguntó. Un poco de inquietud la recorrió ante la idea de que no la devolviera a la ciudad antes de que se notara su ausencia.

—Tengo una pequeña casa de campo en las afueras de Londres. Es donde voy cuando la temporada se vuelve demasiado agobiante. Nadie lo sabe excepto usted —dijo, mirándola a los ojos.

Ella suspiró internamente, apreciando que él confiara en ella por encima de todos con su secreto. —No le diré a nadie sobre su refugio —dijo.

—No lo dudaría ni por un momento. —El carruaje traqueteaba por el camino, ambos perdidos en sus pensamientos por un momento—. En mi pequeña propiedad, un río la atraviesa y desemboca en el Támesis. He hecho muchas modificaciones a mi casa de botes que da al río, y ahora es un lugar seguro para nadar si uno quiere. Pensé que tal vez le gustaría participar en tal pasatiempo hoy. Y disfrutar del picnic que le prometí. Hace mucho calor, después de todo, y seguramente nos dará hambre.

—¿Nadar? ¡Realmente! —No había participado en ese deporte durante años, y pensar en darse un refrescante chapuzón en aguas frescas y tranquilas era ciertamente celestial—. Me encantaría eso por encima de cualquier cosa. Pero no tengo nada para cambiarme después.

—Hay una pequeña casa de botes que hice construir que contiene la mayoría de las cosas que la gente desea usar cuando nada. También podemos ir en barca si lo desea.

—Preferiría nadar —dijo ella, el día volviéndose aún más emocionante de lo que había pensado inicialmente—. ¿Nadará conmigo si lo hago? —preguntó, no queriendo ir sola.

Él rió. —Nada me impediría acompañarla. Ni siquiera si no supiera nadar.

Después de registrarse en su casa de campo y notificar a su personal —que vivía permanentemente en la propiedad— que se dirigía a la orilla del río para pasar la tarde, continuaron con su viaje. Pero no antes de que él ordenara que se entregaran y sirvieran refrigerios y un almuerzo ligero en la casa de botes. Que, a decir verdad, no era en absoluto una casa de botes.

Se parecía a una extensión de la casa señorial georgiana, pero con una terraza de gran tamaño que daba al río que corría frente a ellos.

El jadeo de la señorita York le indicó que ella lo encontraba tan encantador como él, y el orgullo lo inundó al saber que le agradaba. Deseaba que a ella le gustara todo sobre él, incluyendo sus propiedades y lo que podía ofrecerle.

No solo su mano, sino también estatus, riqueza y hogares tan hermosos como este para criar a sus hijos, para vivir y reír, y disfrutar la vida al máximo.

Detuvo el carruaje bajo un árbol frondoso y la ayudó a bajar. Se dirigieron hacia la casa del bote y pudo ver que estaba tal como la había dejado la última vez. La terraza estaba limpia de hojas y escombros, las ventanas brillaban bajo el sol de media mañana.

—Es precioso —dijo ella, deslizando su mano en la de él.

Knox nunca había tenido una mujer que lo buscara de una manera tan inocente, y le agradaba que ella confiara lo suficiente en él para hacerlo. Para estar con él y no negarle un tiempo lejos de la alta sociedad, para estar a solas con ella.

—Sé que es escandaloso de mi parte traerte aquí sin carabina. Tu tía me cortaría la cabeza si supiera que te he llevado a escondidas a mi propiedad privada.

Ella se rio, subiendo a la terraza de piedra para pasear hacia el frente de la casa del bote que daba al río. Desde aquí, uno podía zambullirse en las frescas aguas corrientes o sentarse en la terraza y sumergir los pies. O, si se prefería, había sillas reclinables con grandes y suaves cojines para tumbarse y dormir durante los días perezosos.

—Creo que podría pasar el resto de mis días aquí y estar bastante contenta —dijo ella—. No he nadado en años. No es propio de una dama, por si no lo sabías.

—¿Crees que recordarás cómo hacerlo? —preguntó él, tirando de su corbatín antes de desabrochar su chaleco.

—Sí. Aprendimos a nadar en la propiedad de los Woodville y estoy segura de que no lo he olvidado. Todos crecimos juntos, ¿sabes?, y tienen un río en su propiedad y un área de natación que la familia usaba a menudo.

—¿Tuviste una infancia feliz entonces? —preguntó él, colocando su abrigo y chaleco sobre

una silla. Se quitó la camisa por encima de la cabeza. Sabía que no debería desvestirse frente a ella, pero ya había sido mucho más íntimo con ella y quería que lo viera.

Que viera lo que podría ser suyo cuando se casara con él. No era tímido en cuanto a tentarla a su lecho antes de que sus votos fueran pronunciados.

—La infancia más maravillosa con mucha risa y amigos. Es lo que quería para mí cuando me casara, pero supongo que ese barco ya zarpó —dijo ella.

Él frunció el ceño, acercándose a ella. —Tu barco simplemente necesitaba navegar hasta mi puerto. Lo cual hizo en la biblioteca de Lord Collins.

Los ojos de ella se agrandaron antes de echar la cabeza hacia atrás y reír. Era una expresión de sorpresa y alegría todo en uno, y él quería escucharla reír así más a menudo.

—¿No tienes vergüenza, verdad, milord?

—Knox, mon amour.

—Knox, entonces —repitió ella, girándose para darle la espalda. Miró por encima de su hombro, encontrando su mirada rápidamente, y él pudo ver el desafío en sus ojos—. Ayúdame con mis botones... Knox —dijo sugestivamente.

Él deslizó sus manos sobre las caderas de ella, atrayéndola contra su pecho. El trasero de ella golpeó su miembro, y ya se sentía endurecerse. —Con placer. —Aprovechó la oportunidad para besar su cuello y sintió el escalofrío que recorrió su columna antes de concentrarse en la tarea en cuestión.

Podía desvestir a una mujer con habilidad, y no le llevó mucho tiempo desabrochar sus numerosos botones.

El vestido se deslizó de sus hombros, junto con su corsé, ambos acumulándose a sus pies.

Ella se giró y lo enfrentó, quitándose las zapatillas y las medias. —¿Estás listo? —le preguntó, con una sonrisa juguetona en los labios.

Él asintió. —Después de usted, señorita York. —Aprovechando la oportunidad para admirar la vista mientras ella se zambullía en el agua, la siguió de cerca un momento después.

CAPÍTULO QUINCE

LILA NADABA y reía al oír a Billington saltar tras ella. Chilló de alegría cuando las manos de él rodearon su cintura, atrayéndola hacia sí.

—Te he atrapado —declaró él, haciéndola girar.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, incapaz de borrar la sonrisa de sus labios. —Eso parece —dijo, pasando las manos por su cabello mojado y apartándoselo de la cara.

Le gustaba mirarlo, admirar su belleza. Quería que fuera suyo. ¿Por qué no la había cortejado a ella en lugar de a su hermana? Todo sería tan diferente. O al menos mucho más fácil.

Lila se apartó de él, levantando agua para salpicar a Billington. —¿Crees que puedes atraparme de nuevo? —le provocó, intentando nadar lejos. Él le atrapó el pie y la arrastró de vuelta hacia sí.

—Nunca te dejaré escapar, mon amour.

Una calidez se extendió por su cuerpo, aunque el agua estaba más fría de lo que pensaba, considerando el caluroso día. Él era tan encantador y adorable, todo lo que siempre había soñado en un marido.

Y ahora iba a casarse con él bajo falsos pretextos.

Se estremeció al pensar en decirle la verdad. Él se enfadaría y se sentiría herido. Después de todo lo que habían hecho juntos, los muchos besos y caricias. No entendería la mentira, y con razón.

Harlow había afirmado que no había hecho nada con Lord Billington, que la química no estaba ahí, así que seguramente él sabía, en el fondo, que ella era diferente a la de antes.

Su pareja perfecta.

Lila se envolvió alrededor de él. La sensación de sus cuerpos mojados, sus fuertes líneas musculosas presionadas contra ella con muy poco separándolos.

Su camisola era prácticamente transparente. Pasó las manos por su pecho, disfrutando de la sensación de él bajo sus palmas. —Se siente tan bien, Knox —dijo, usando su nombre de pila.

Su mirada ardía, y ella se estremeció, la necesidad de estar con él de nuevo, de experimentar cómo la había hecho sentir la noche anterior, superando todo autocontrol.

Lila se acercó más a él y lo besó. Él tardó solo un momento antes de devolverle el beso con

tal pasión, con un apetito tan embriagador, que ella luchó por mantener la racionalidad.

—Te sientes como el cielo en mis brazos. —Una de sus manos le agarró el trasero y lo apretó, atrayéndola contra su creciente virilidad.

—Mmmm —gimió ella, moviendo las caderas contra él—. ¿Qué me haces? Has hecho de mí una libertina, y no me reconozco.

Su risa se asemejaba más a un gruñido. —Tampoco puedo tener suficiente de ti. Eres todo en lo que pienso día y noche. Ocupas mis sueños, atormentándome con tu cercanía, y cuando despierto y no estás ahí, mi corazón duele por tu ausencia.

Lila nunca había escuchado palabras tan dulces. Estar con él era embriagador y le hacía olvidar por qué la habían enviado a Londres. ¿Cómo podría romperle el corazón cuando quería ocuparlo, mantenerlo para siempre junto al suyo y mantenerlo a salvo?

—Knox —suspiró, deseando poder decirle más. Decirle todo, pero no podía. No podía arriesgarse a que la odiara—. Me haces tan difícil negarte algo.

Él la hizo girar en el agua, y ella rió. —Me diste hasta el final de la temporada para hacerte enamorar de mí. Para que me dijeras que sí. Ahora que la elección se te ha quitado, eso no significa que aún no quiera ganar tu corazón. ¿Oigo que tus muros empiezan a agrietarse y desmoronarse ante mi constante embestida? —preguntó, con los ojos alegres de risa.

—Quizás lo estén. Un poquito.

—Humm —dijo él—. Creo que estás siendo modesta con esa declaración. Creo que voy a ganar esta pequeña competición nuestra.

Ella deseaba que pudiera ganar. Esperaba que supiera qué corazón ya había robado. —Nada está asegurado, Knox. No deberías estar tan confiado.

Él los sumergió en el agua, mirándola, sus ojos recorriendo cada uno de sus rasgos. —Quiero que sepas que nunca he sentido lo que siento cuando estoy contigo. Me has hecho sentir cosas que nunca pensé que fueran para mí en esta vida. —Hizo una pausa, mirando algo por encima de su hombro por un momento antes de encontrar sus ojos—. Creo... no, sé —se corrigió—. Que me he enamorado de ti, mon amour.

Lila perdió la capacidad de respirar, y alzó la mano, agarrando su fuerte mandíbula. Él la miraba como si ella tuviera todo el poder sobre su felicidad en la palma de su mano. Y no estaba segura de que no fuera así. Desafortunadamente, junto con esa esperanza también había desesperación por sus acciones hacia él.

—Yo también me he enamorado de ti, Knox —dijo, maldiciéndose hasta el Hades. Una felicidad abrumadora se mezcló con el horror por lo que había declarado. Él no sabía exactamente de quién se había enamorado, y ella era un monstruo por dejarle creer lo que creía. Por expresarse cuando no tenía derecho a decir nada en absoluto.

Él tomó sus labios en un beso ardiente, y ella apartó la vocecita en su cabeza que le decía que esto estaba mal. Sabía eso, y pagaría por lo que había hecho. Pero no este día. No ahora mismo. No cuando él la estaba besando como si ella fuera el principio y el fin de todo lo bueno en el

mundo.

Él la amaba, y se había declarado. Por primera vez en su vida, le había dicho a una mujer que la amaba, no simplemente porque necesitara que se casara con él, sino porque cada palabra era sincera.

Su cuerpo vibró con renovado poder al pensar en cómo sería su futuro. Cuán maravillosa sería su vida. Los matrimonios por amor en la alta sociedad eran escasos, y después de conocer a la señorita York, él no pensó que ella quisiera ni un momento de su tiempo.

Pero algo había cambiado en el camino, y ahora... Bueno, ella lo quería por completo, incluyendo su corazón.

Sus lenguas se entrelazaron, y él los guió hacia la terraza pavimentada, deseando darle todo lo que pudiera sin tomarse demasiadas libertades antes de su matrimonio. Pero tenía que saborearla, estar con ella tanto como fuera posible.

Llegaron al muelle, y él rompió el beso.

—¿Te apetece un refrigerio ligero? Veo que mis sirvientes han traído nuestro almuerzo.

Echó un vistazo al cobertizo para botes y divisó la pequeña mesa con un ramo de flores silvestres en el centro.

—Estoy bastante sedienta —dijo ella, nadando hacia los escalones y subiendo a la terraza.

Knox la siguió, disfrutando de la vista de su trasero que era visible a través de la tela transparente y mojada de su camisola. Sonrió, preguntándose si ella sabía que su vestido era transparente. Algo en la forma en que caminaba hacia el cobertizo, con sus caderas balanceándose seductoramente, le dijo que sí lo sabía.

Él se adelantó y le apartó la silla. Ella sonrió, tomó una copa de vino y la bebió antes de volver a dejarla sobre la mesa.

—Dije que estaba sedienta —casi ronroneó, su voz en un tono seductor que él no había escuchado antes. Un tono que hizo que su miembro se irguiera y su corazón latiera con fuerza en su pecho—. Pero tengo hambre de algo completamente distinto a la comida.

Knox gruñó, atrayéndola a sus brazos y tomando sus dulces labios en un beso que los dejó a ambos sin aliento. Se inclinó, la levantó sobre su hombro y la llevó al gran diván que se encontraba frente a una chimenea apagada.

La arrojó sobre la cama acolchada, y ella rio mientras rebotaba. Tan hermosa, tan despreocupada y suya.

Su corazón.

Gateó sobre la cama, empujándola para que se acostara de espaldas.

—¿Quieres volver a sentirte maravillosa, mi amor?

Ella lo miró con ojos entrecerrados pero asintió.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó, mordiéndose el labio inferior.

Su miembro palpitaba por liberarse. Sin pronunciar palabra, se arrodilló a sus pies y separó sus piernas. Un ligero rubor besó sus mejillas, pero ella no intentó detenerlo.

Deslizó la camisola mojada por sus largas piernas, besando su piel fría y suave detrás de la rodilla, entre sus muslos y su estómago mientras la tela se amontonaba alrededor de su cintura.

Su respiración se entrecortó, y la expectación recorrió a ambos.

—Voy a besarte aquí ahora, mon amour.

Sus ojos se agrandaron, y él se acomodó entre sus piernas. Su primer sabor de ella fue el cielo mismo. Ella se abrió para él como una flor, dándole lo que ambos anhelaban.

Lamió su sexo con su lengua, provocando su pequeño botón. Ella sabía tan dulce como el vino. Sus caderas se mecían contra su boca, y él succionó con más fuerza, provocándola sin descanso.

Ella gimíó su nombre, sus dedos hundiéndose en su cabello y manteniéndolo contra ella. Podía sentir que estaba cerca, la seductora danza de su cuerpo mientras su orgasmo crecía era reveladora, y se concentró, deseando que llegara al clímax por obra de su boca.

No tuvo que esperar mucho. Ella se empujó contra él, jadeó su nombre y se mecía contra sus labios a través de su placer. Sus piernas temblaron mientras el orgasmo recorría cada extremidad. Dado que estaban lejos de que alguien pudiera escuchar, él se deleitó con el sonido y el hecho de haberla llevado al placer.

Acomodó su camisola de vuelta sobre sus piernas y se acostó a su lado, observándola regresar lentamente a la tierra.

—¿Estás complacida, mi amor? —preguntó.

Ella miró fijamente el techo antes de encontrarse con sus ojos.

—Más que complacida. Eso fue absolutamente impresionante.

—Espera hasta que estemos completamente unidos y te haga llegar, mi amor. Eso sí será extraordinario.

Sus ojos se agrandaron, y la maravilla inundó sus facciones.

—Espero descubrirlo algún día. Más que nada en el mundo.

—Lo harás —afirmó—. Pero ahora debes comer. Ven —dijo, sentándose y llevándola consigo—. El día es joven, pero solo tenemos un tiempo robado antes de que tenga que devolverte a Londres. La ópera seguida del baile de Lord y Lady Craig es esta noche, y necesito que ambos asistamos.

—¿En serio? —Ella lo siguió hasta la pequeña mesa, lanzándole una sonrisa divertida cuando él la ayudó a sentarse antes de robarle un rápido beso—. ¿Por qué? —preguntó.

—Porque es solo en eventos como esos, y este, cuando puedo robarte y pasar tiempo contigo, por escandaloso que sea. Y ya hay demasiadas horas entre ahora y esta noche antes de que nos volvamos a encontrar.

Ella tomó un pequeño sándwich y mordió el pan suave.

—¿Estás diciendo que me extrañarás, Lord Billington?

Él sirvió té para ambos.

—Me temo que te extrañaré incluso cuando seas mi esposa.

CAPÍTULO DIECISÉIS

KNOX LLEGÓ a la ópera y se alegró de encontrar que la señorita York ya estaba allí con el Duque y la Duquesa de Derby a su lado. Se encontraban conversando con otros miembros de su círculo en el vestíbulo del Teatro Real, y por un momento se quedó allí, observándola, admirando la vista de su pretendida.

Su mañana juntos en su pequeña finca, el gozo que le había producido, era algo que nunca antes había experimentado. Las emociones que se agitaban dentro de él cada vez que estaban juntos no eran comunes y debían ser saboreadas y protegidas.

Cuán agradecido estaba de que Lord Collins los hubiera sorprendido en la biblioteca durante el baile de su señoría.

—Billington —dijo Derby, estrechándole la mano—. Me alegra que hayas venido. —Los excusó del grupo para hablar un momento en privado—. Si deseas sentarte con la señorita York, puedes ocupar los dos asientos en la parte trasera de nuestro palco. Quizás podrías unirse a nosotros esta noche en lugar de sentarte en tu propio palco. Será una función más agradable si estás con tu pretendida —sugirió.

Knox estaba más que dispuesto a unirse a ellos. —Gracias por la invitación. Haré como me pides. —Y aprovecharé para estar cerca de la señorita York. Después de su día en su pequeña finca campestre, no había pensado en otra cosa que en ella. En estar cerca de ella otra vez, robarle una o dos caricias, tal vez incluso un beso.

La señorita York se encontró con sus ojos al otro lado de la sala y él no pudo apartar la mirada. Su cuerpo anhelaba estar cerca de ella nuevamente. Sorprendentemente, no se incendió, tan cálidos eran sus pensamientos sobre ella.

Ella se acercó con paso desenvuelto, una sonrisa traviesa en sus labios besables. —Lord Billington. Se unirá a nuestro pequeño grupo esta noche. Qué afortunados somos —dijo.

Él respiró profundamente el aroma a jazmín que siempre la acompañaba. —Te he echado de menos desde que nos separamos hoy. Espero que no estés demasiado cansada por nuestros esfuerzos.

—En absoluto. Si acaso, me siento revitalizada por el paseo. —Su risa seductora casi lo hizo llevársela a una habitación vacía cercana y mostrarle más de lo que podía hacerle. Lo que ella

podía hacerle a él.

—Eres traviesa y tan condenadamente seductora que me haces doler —susurró contra su oído. La sintió estremecerse a su lado, y rozó su mano con la suya, deseando poder tomarla y no soltarla nunca.

Ella se lamió los labios, y su miembro se estremeció. —Nos sentaremos uno al lado del otro durante la función. Ahora espero la velada con aún más ansias —dijo mientras la duquesa los apresuraba para que se unieran a ellos mientras se dirigían al piso superior.

Sin pensarlo, la señorita York entrelazó su brazo con el de él mientras seguían a su grupo. Knox se deleitó con la sensación de tenerla a su lado, deseando que estuviera allí ahora y siempre.

Llegaron al palco, y él la acercó mientras todos tomaban sus asientos antes de que ellos hicieran lo mismo. Su posición en el palco les brindaba más privacidad que los otros asientos. Aquí estaban ensombrecidos por las paredes del teatro, y aunque aún podían ver el escenario lo suficientemente bien, había tantos delante de ellos que podían hablar sin causar ofensa.

—Te ves hermosa esta noche, señorita York —dijo, deseando elogiarla al verla nuevamente.

Un rubor se extendió por sus mejillas, y él pudo ver que ella estaba tratando de no sonreír. —¿Te gusta mi vestido? —le preguntó, deslizando su mano por la parte superior de su corpiño y atrayendo su atención para que siguiera su dedo mientras se deslizaba por la parte superior de sus pechos.

Él apretó la boca y luchó por contenerse. Se inclinó hacia ella, sus labios rozando el lóbulo de su oreja. —Me gustaría aún más tu vestido si estuviera alrededor de tus tobillos.

Su boca se abrió con un pequeño jadeo antes de que un destello de picardía brillara en sus ojos. —Mi Lord Billington, qué travieso. Casi tan perverso como tu boca sobre mí hoy. — Encontró su mirada, y él leyó la necesidad ardiendo brillante en sus profundidades verdes—. Quiero tu boca sobre mí otra vez —susurró.

Estaban tan cerca que si alguien los mirara, casi parecería que estaban siendo íntimos. Él se alejó y luchó por no sacarla a rastras del palco. La música de la ópera comenzó, pero él escuchó muy poco. Su corazón latía con fuerza en sus oídos, y luchó por pensar en cómo sacarla de allí. Tenerla a solas para poder darle lo que quería.

Demonios, lo que ambos querían.

La señorita York se inclinó hacia adelante y susurró algo al oído de la Duquesa de Derby. La duquesa asintió y sonrió a su amiga antes de que la señorita York se levantara y abandonara el palco.

Knox dudó apenas un momento antes de ir tras ella. Esperaba que nadie de su círculo lo notara, pero tampoco le importaba. Vio a la señorita York deslizarse en el tocador de damas, y por un momento, dudó sobre qué debía hacer. Tal vez su salida había sido por razones legítimas, y seguirla era reprochable.

Se metió en una habitación vacía, se paró junto a una ventana y observó el tráfico de Londres

pasar frente al teatro antes de que sonaran pasos con zapatillas en el pasillo exterior. Se aclaró la garganta cuando la señorita York pasó por la habitación de regreso para ver el espectáculo. Ella miró hacia el sonido y, al verlo, entró y cerró la puerta.

—Pensé que podrías seguirme —admitió, el chasquido del cerrojo sonando fuerte en sus oídos. Una señal que encendió su necesidad, una ferocidad que no sería saciada.

Él se acercó a ella y la besó. Fuerte. Sus bocas se fundieron y lucharon por el control. Sus lenguas se enredaron, sus cuerpos se frotaron uno contra el otro.

—Déjame tenerte —jadeó contra sus labios.

Lila presionó un dedo contra sus labios y negó con la cabeza. —No aquí, no esta noche. Pero hay algo que puedes permitirme hacer —dijo, con un giro pícaro en sus labios.

—Lo que sea —dijo él, con su cuerpo casi fuera de control.

—Déjame darte placer.

Sus palabras le hicieron flaquear las rodillas, y se apoyó contra un escritorio cercano, observándola, debatiendo si la había oído bien. —¿No hablarás en serio? —preguntó para asegurarse.

Ella se acercó con paso seductor y se arrodilló. —Oh, hablo muy en serio, milord.

Nunca en su vida había actuado de manera tan desvergonzada. Una mujer que pedía lo que quería y no exigía nada más que se cumplieran sus deseos. Se le hacía la boca agua al pensar en hacerle lo que él le había hecho hoy, y estaba segura de que debía ser posible. De alguna manera, en cualquier caso.

Los ojos de él ardían con fuego, su respiración entrecortada. Se agarró la bragueta y la abrió de un tirón, deslizando la mano dentro de sus calzones y sacando su considerable virilidad.

Se erguía ante sus ojos, y ella contempló toda su gloria. Qué maravilloso era, con las venas hinchadas recorriendo su longitud. Una pequeña gota de humedad se posó en su miembro, y ella se inclinó hacia adelante, lamiéndola. Era salada, pero no desagradable.

—Maldita sea —maldijo él, deslizando su mano alrededor de su cuello.

—Voy a saborearte de nuevo, Billington —dijo ella, decidida a salirse con la suya.

Él asintió, pero no la contradijo. —Knox. Estás a punto de tener mi verga en tu boca. No puedes llamarme Billington.

Ella se rió y cubrió su miembro con los labios. Era grande, su boca se estiraba, y lo succionó, acariciándolo con la lengua y provocándolo. Él se retorció bajo ella, su mano flexionándose en su cuello, sus caderas empujando y metiéndolo más profundo en su garganta.

Lo chupó tan fuerte como pudo, deseando que él encontrara el placer que ella había experimentado ese mismo día. Él había estado duro, listo para el alivio cuando había besado su monte de Venus, y si hubiera habido más tiempo, le habría dado tanta alegría como él le había otorgado a ella.

Pero no lo había habido. Ahora, sin embargo, estaban en la ópera, la alta sociedad ocupada con la representación en el escenario, y ella podía concentrarse en darle lo que ambos querían.

Placer.

—Mon Amour —gimió él, empujando en su boca—. Vas a hacer que me corra.

—Hmm —gimió ella, y él maldijo por segunda vez antes de arrancarse de su boca y hacerla ponerse de pie frente a él.

Lila lo miró fijamente. —¿Qué pasa? ¿No te gusta lo que estoy haciendo? —le preguntó.

Él la levantó y la colocó sobre la pequeña mesa, empujándola para que se recostara sobre la madera. —Mi turno —dijo.

—Pero no te he hecho alcanzar tu placer —argumentó ella.

—Esto me dará suficiente placer.

Lila se incorporó, agarrando su camisa con el puño. —No, quiero que tú también te corras —dijo—. ¿Hay alguna manera de lograrlo sin perder mi virginidad? —preguntó.

Él cerró los ojos, un músculo trabajando en su mandíbula. —Está lo que hicimos en el carruaje, si lo recuerdas. Pero te deseo mucho más ahora. No sé si puedo controlarme.

—Mantendrás tu autocontrol —razonó ella—. Hazlo, Knox —arrulló—. Hazlo de nuevo.

Él levantó sus piernas alrededor de sus caderas y presionó contra ella. Su duro miembro y su piel suave y aterciopelada se deslizaron contra la de ella con facilidad, y ella se contuvo de gemir cuando él presionó y provocó su sexo.

Ella se aferró a sus hombros, luchando contra la necesidad de gemir su nombre. —Knox —susurró, frotándose contra él lo mejor que pudo.

—Lo sé, mi amor. Lo sé —dijo él, sus palabras susurradas contra su oído haciéndola estremecer.

Esto era demasiado delicioso para expresarlo con palabras. Nunca había deseado tanto que él la tomara como en ese preciso momento. Él presionaba y deslizaba sus cuerpos juntos. Hechos el uno para el otro. La tensión se acumuló hasta un punto de ruptura dentro de ella, y entrelazó sus pies alrededor de su espalda, sus cuerpos prácticamente uno solo mientras él continuaba provocándolos implacablemente.

—Me voy a correr —gimió él.

Ella tomó sus labios y lo besó, y él ahogó su jadeo, su gemido de placer mientras el clímax la sacudía. Cada centímetro de su cuerpo cobró vida, hormigueando y pulsando. Era demasiado y, sin embargo, nunca suficiente.

Él nunca sería suficiente, y ella siempre querría más. De él, de esto. De todo lo que pudiera darle.

—Mon Amour, me deshaces.

Ella se mordió el labio, deseando que él supiera su nombre, y queriendo oírle decir su nombre ahora y para siempre. —Lo mismo me haces tú a mí —dijo, esperando que esta noche pudiera durar para siempre, que pudieran permanecer aislados de la alta sociedad un poco más.

Pero sabiendo que no podían.

CAPÍTULO

DIECISIETE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Lila espoleó su caballo a toda velocidad por Rotten Row, sin hacer caso de la prohibición de galopar que regía en el parque. No había nadie a esas horas, y ella necesitaba correr libre, sentir el viento en el pelo y el retumbar de los cascos del caballo en sus oídos.

Era una persona terrible, y hoy tendría que decirle al hombre que amaba que le había estado mintiendo.

Haber sido íntima con él cuando todo el tiempo él creía que era otra persona... Por mucho que hubiera esperado que notara la diferencia entre ella y Harlow, no lo había hecho, y ya no podía engañarse a sí misma ni a él en este asunto.

Él merecía saber la verdad y decidir qué pasaría entre ellos a continuación, aunque eso significara que ella quedara arruinada para siempre. Después de jugar así con él, no merecería menos.

—Señorita York.

El sonido de su nombre resonando por el parque seguramente era producto de su imaginación. Provocado por su necesidad de ver a Lord Billington. De decirle que lo sentía por el lío que había puesto en marcha. Un plan que su hermana había sugerido tontamente, pero al que ella había accedido. Y ahora estaba condenada.

—¡Harlow!

El nombre de su hermana fue como una puñalada en su corazón. Lila tiró de las riendas, intentando frenar su caballo. Su yegua aminoró el paso hasta trotar y finalmente caminar. Lila se detuvo cerca de un grupo de árboles y se giró en la silla para mirar atrás. Sintió que sus ojos se abrían al ver a Lord Billington acercarse al galope, su pelo oscuro ondeando alrededor de su glorioso rostro en el aire fresco de la mañana. Su corbatín colgaba suelto alrededor de su cuello.

Su sonrisa hizo que la mañana fuera un poco más brillante, y deseó que las cosas pudieran ser diferentes entre ellos. Pero no podían serlo.

Su engaño había ido demasiado lejos y tenía que parar. Él merecía la verdad. La noche anterior casi se había entregado a él, un paso que ninguno de los dos podría deshacer. No podía permitir que eso volviera a suceder.

—Lord Billington, no pensé que usted ni nadie más estuviera en el parque tan temprano —dijo ella.

Su mirada se deslizó sobre ella como una caricia, y se estremeció. Una ceja se alzó con incredulidad antes de que él dijera:

—A horcajadas, señorita York. Está usted forzando los límites hoy, junto con su galope —bromeó.

Ella se encogió de hombros. Los nervios en su vientre le decían que la mentira era algo con lo que ya no podía vivir. Ya no más. Él merecía saber la verdad antes de que se casaran, y ella tenía que revelarle su verdadera identidad antes de la presencia del sacerdote.

Oh, Dios mío, su tiempo aquí en Londres se había convertido en un desastre.

—Deseaba montar a horcajadas esta mañana —declaró, asegurándose de que aún estaban solos antes de decir lo que debía—. No puedo casarme con usted, Lord Billington —soltó de golpe, necesitando declarar tal hecho antes de que pasara otro momento.

Él se sobresaltó ante sus palabras antes de que un ceño fruncido se profundizara entre sus cejas.

—Permítame asegurarle, señorita York, que lo haré. Hemos sido sorprendidos en una posición comprometedoras que ambos disfrutamos. Bastante, debo añadir. Aunque no es la forma en que quería que aceptara casarse conmigo, es la razón por la que sucederá.

Ella negó con la cabeza, sin querer ceder.

—No soy quien usted cree. No soy Harlow como usted piensa.

Su caballo golpeó el suelo con el casco delantero, percibiendo el cambio de emoción de Lord Billington.

—Le ruego me disculpe. ¿De qué está hablando? —le preguntó.

Lila tomó un respiro para calmarse. Era hora de que él supiera la verdad.

—Le he estado mintiendo, mi lord. Mi hermana Harlow, a quien usted había estado cortejando, regresó a casa. Me suplicó que volviera a la ciudad y fuera yo quien le negara su mano, ya que ella era incapaz de soportar tal deber. No podía hacerlo ella misma, ¿sabe? Nunca ha sido buena con los conflictos, e intenté decirle que no podía casarme con usted, pero no me escuchó, y ahora nos han sorprendido, y no sé qué hacer.

Su boca se abrió antes de mirar más allá de ella, su mente claramente dando vueltas a lo que acababa de decir.

¿Lo había dejado mudo de la impresión?

—Nos parecemos tanto, ¿sabe? —continuó—. Harlow creía que usted no sería capaz de notar la diferencia, y no lo hizo. Pero entonces, yo siempre le he admirado, he pensado bien de usted, y —se encogió de hombros— me enamoré. Nunca antes me habían cortejado, así que cuando usted pidió la oportunidad de hacerme cambiar de opinión, no pensé que hubiera ningún daño. Creí que pasaríamos unas semanas convirtiéndonos en buenos amigos, pero nada más, antes de que yo volviera a casa en Grafton. Ningún daño le vendría a usted por mi decisión de no casarme. Pero

entonces nos besamos, y luego nos besamos de nuevo, y nos sorprendieron, y ahora... —Lila no sabía qué más decir. No había palabras de disculpa lo suficientemente fuertes para que él perdonara lo que le había hecho.

—¿No eres Harlow? —se burló y soltó una pequeña risa maniática que la hizo estremecerse.

—No. No soy Harlow. Soy Lila, la hermana mayor. Aquella en la que no mostró interés hace años cuando tuve mis dos Temporadas.

Knox se estremeció ante la pulla que le lanzó la señorita York, pero ella se equivocaba si pensaba que la perdonaría o asumiría alguna culpa por esta cruel farsa.

¿Qué clase de gente eran estos de Grafton para engañar a un lord del reino? A un vizconde y futuro duque. ¿Estaban locos?

—¿Cómo se atreve a participar en semejante plan absurdo? Debería saberlo mejor, al igual que su hermana. —Se pasó una mano por el pelo, incapaz de comprender que le hubiera hecho bailar a su son—. Y usted es la señorita Lila York, mencionó. —Estudió a la mujer que tenía delante, y la verdad de sus palabras empezó a penetrar en su mente. Sus ojos eran de un verde más intenso y más almendrados de lo que recordaba. Sin mencionar su pelo, de un tono más oscuro de castaño que brillaba con reflejos dorados en el amanecer.

—El lunar —exclamó—. Está en el lado opuesto de su cara. —Negó con la cabeza, mirándola con incredulidad—. No puedo creer que no me diera cuenta de ese hecho antes. Qué ciego he sido.

La miró fijamente, incapaz de ocultar el desprecio y la repugnancia que sentía ante esta traición. Esto era culpa de las hermanas York, y tenía derecho a estar enojado y molesto. Si la señorita York esperaba una reacción diferente de él a la que estaba recibiendo, se llevaría una triste decepción.

—Lo siento, milord. Pensé que seríamos amigos y luego me marcharía. No pensé que nosotros... que yo permitiría...

—¿Que nos besáramos? ¿Que me permitirías abrazarte como lo hice, tocarte? Maldita sea, Lila. Tuve mi boca entre tus piernas. ¡Tú has tenido mi verga en la tuya! —Se pasó una mano por la boca, con los ojos abiertos de horror—. Y todo el tiempo, estaba besando a una mujer que no era quien yo creía. Esto es imperdonable.

—Lo siento —suplicó ella—. Nunca debías enterarte, y sé —añadió rápidamente, levantando la mano para detener otra diatriba que estaba a punto de salir de sus labios—, que no deseas oír excusas, pero mi hermana dijo que no la escucharías. Que había intentado mostrarte sin herir tus sentimientos que no aceptaba tu cortejo, y tú no cedías.

—Oh —farfulló él—. Así que ahora es mi culpa. ¿Estás diciendo, señora, que me estaba forzando con ella? ¿Que insistí en mi cortejo cuando no era bienvenido?

Ella levantó la barbilla desafiante. —¿Puedes negarlo? ¿No era ella fría ante tus avances? ¿No deberías haber captado sus señales?

—Y sin embargo, volviste y me diste esperanzas. Pensé que era un cambio de personalidad y

una nueva perspectiva sobre la posibilidad de nuestra unión. Pero entonces, no fue Harlow York quien tuvo esta repentina transformación. Fue su hermana solterona desesperada por un marido y frenética por disfrutar de algún mimo aquí y un beso allá antes de escabullirse de vuelta a Grafton.

Lila jadeó, mirándolo con furia. —Cómo te atreves a hablarme así. Te concedo el derecho a estar enojado, pero no tienes que ser cruel.

Un músculo se tensó en su mandíbula, y apartó la mirada de ella, fijándola entre las orejas de su caballo. No podía creer sus palabras. Eran demasiado fantasiosas y absurdas. —Esta unión, esta farsa de compromiso, se acabó, señora. No me casaré con una mentirosa ni con una mujer que ni siquiera es la que había elegido como mi novia. Puedes irte al diablo por lo que a mí respecta.

—Bueno, creo que yo declaré primero que no me casaría contigo, así que mantente al día, Lord Billington. —Lila dio la vuelta a su montura y chasqueó la lengua. Espoleó a su caballo hacia adelante y lo dejó solo en el parque.

Knox cerró los ojos mientras la desesperación envolvía su corazón. Esto no era lo que había esperado al encontrarla en el parque esta mañana. ¿Cómo había podido todo lo que parecía correcto y bueno convertirse en algo malo y equivocado?

Pensaba que amaba a la mujer que se alejaba al galope de él, pero en realidad, no sabía en absoluto quién era esa mujer.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

KNOX APURÓ OTRO BRANDY, habiendo perdido la cuenta después del quinto, ¿o era el sexto? Su amigo —y el único hombre con quien se sentía cómodo contando su triste y ridícula historia— Renford, estaba sentado frente a él. Sin embargo, el duque estaba más sereno que él y aún iba por su primer brandy.

—La mocosa me ha estado mintiendo. Me han estado tomando el pelo todo el tiempo. La besé. A la hermana equivocada —soltó con las palabras un poco arrastradas. Maldita sea. Había hecho mucho más que besar a la mocosa. Casi se habían acostado varias veces, por no mencionar otras cosas... —¿Quién le hace algo así a otra persona? —Sacudió la cabeza, aún sin poder comprenderlo varias horas después de su confrontación en el parque.

Apartó el dolor que había visto en sus ojos ante su cruel comentario sobre su soltería.

La señorita Lila York. La recordaba. Bueno, más o menos la recordaba. Suspiró. ¿A quién quería engañar? En realidad, no la recordaba en absoluto. El año de su debut había sido uno en el que él había estado ocupado tratando de conseguir su primera amante, y conseguir una esposa era lo último en lo que pensaba.

Un joven típico, recién llegado a la ciudad y listo para ser libre, para disfrutar de la aventura, el sexo y la diversión.

No había nada malo en eso. Todos los jóvenes comenzaban su tiempo en la ciudad de esa manera. No era su culpa no haberla notado.

—Parece que las hermanas York lo hacen —dijo Renford arrastrando las palabras—. Pero sabes, mi buen amigo, tienes que casarte con ella. O al menos forzar la unión con la otra hermana ahora que la has besado y te han descubierto. No importa cuánto no quieras hacerlo, sé que no permitirías que ella sufriera las consecuencias de tus acciones.

Knox miró con furia el líquido dorado en su vaso. Maldito fuera su amigo por la verdad de sus palabras. No, no podía permitir que ella sufriera una reputación arruinada, no cuando él había sido quien la había agarrado, devorando sus labios suaves y tentadores en esa biblioteca. O probado otros labios dulces que hacían que su miembro se tensara.

Gruñó. —Que se vaya todo al infierno. Debería casarme con Harlow solo para fastidiar a Lila York y sus malvadas tentaciones.

Renford resopló. —Oh, cuéntame más. Eso suena como un comienzo prometedor para un matrimonio, si me preguntas —dijo—. Pero —se encogió de hombros—, ¿qué sé yo? Posiblemente soy la última persona a quien deberías pedir consejo.

Knox lo dudaba. Renford siempre había tenido un carácter bueno y sensato y no mentía ni andaba con rodeos con la verdad. A diferencia de algunas personas que había tenido la desgracia de conocer esta temporada y que quería como esposa.

—Entonces me estás diciendo que tengo que hablar con la señorita Lila York y explicarle que mis ideales de caballero no me permitirán romper el compromiso y que debe planear una boda lo antes posible.

—Eso es lo que sugiero, y resuélvelo todo esta noche si puedes lograr sobriarte lo suficientemente rápido. Las hermanas York tienden a huir de Londres cuando no desean enfrentar un problema molesto. Después de esta noche, ella podría abandonar Londres. Es posible que ya se haya ido —sugirió Renford.

Knox encontró la mirada de Renford ante sus palabras, el nudo inoportuno en su estómago más inquietante que la idea de casarse con una mocosa mentirosa. Detestaba a los mentirosos y a las personas que manipulaban para salirse con la suya. Que ahora se viera obligado a casarse con una porque no podía permitir que ella cargara con la culpa de ambos era endemoniadamente molesto.

—Así que debo casarme con la señorita York mayor. ¿Qué pensará la sociedad? Sabrán que se ha jugado alguna tontería y no actuarán con amabilidad.

—Eso es cierto —concordó Renford, poniéndose de pie y colocando su vaso vacío sobre la repisa de la chimenea—. La pregunta es cómo seguirás adelante con la señorita York mayor. ¿Estabas tan enamorado de la hermana menor que casarte con la mayor está más allá de lo que puedes soportar?

Knox apuró su brandy, y la habitación giró un poco más rápido. —No, nunca amé a la señorita York menor, aunque sean prácticamente idénticas. Pero el truco que me han jugado es imperdonable. Me casaré con ella, pero eso es todo. —Que la señorita York conociera su aversión por los mentirosos y aun así, todo el tiempo, estuviera participando en uno de los mayores esquemas de mentiras que jamás había escuchado en Londres era más de lo que podía tolerar.

—Ella querrá tener hijos. ¿Qué harás entonces? —preguntó Renford, con una ceja curiosa levantada.

Knox sofocó el destello de deseo que esas palabras encendieron en él ante la idea de acostarse con la señorita Lila York. Era una mujer hermosa con un cuerpo digno de saborear y adorar. Qué lástima que su boca fuera tan venenosa como la de una serpiente.

—Cumpliré con mis deberes conyugales, pero no habrá nada entre nosotros. Ella ha roto mi confianza; una vez que tal vínculo se rompe, no puede reconstruirse. Un leopardo no cambia sus manchas, después de todo.

—Ella podría demostrarte que estás equivocado, Billington.

Knox cerró los ojos, el sueño tirando de su cuerpo. —Lo dudo —dijo antes de que una agradable oscuridad lo envolviera.

Lila no podía soportar más cumplidos y felicitaciones por su inminente matrimonio con el vizconde Billington. No llevaba más de una hora en el baile de Lady Hirsch, y sin embargo, eso era todo sobre lo que le habían hablado. Todo lo que alguien quería saber.

Detalles. Detalles. Detalles.

Pormenores que ella misma no conocía y posiblemente nunca conocería. No ahora que Billington le había dicho que no se casaría con ella en absoluto. Que podía irse al diablo por lo que a él le importaba.

No es que él hubiera expresado esos últimos pensamientos, pero ella podía leer entre líneas su enojo y sabía que estaba molesto. Tenía derecho a estarlo, por supuesto, y después de esta noche, ella dejaría Londres y se escondería para siempre en Grafton.

Le explicaría la terrible situación a su hermana, y Harlow podría venir a Londres, romper el compromiso y seguir adelante con su vida. La mayor parte de este lío podía atribuirse a Harlow, y Lila no continuaría siendo el blanco de toda la ira de Billington. Esperaba no volver a ver a ese hombre nunca más.

Mentirosa.

Suspiró. ¿Estaría lo suficientemente furioso como para hacer algo insensato, como proclamar en voz alta el malvado plan que Harlow había ideado para que todo el ton lo escuchara, arruinando sus reputaciones para siempre?

La duquesa de Derby estaba a su lado, y ella escuchaba la conversación a su alrededor. Habladurías sobre las bodas de las damas casadas. Lo que sugerían que ofreciera a sus invitados en el desayuno. Preguntas sobre dónde viajarían para su luna de miel.

Todas las cosas que Lila sabía que nunca llegarían a suceder y algo de lo que no debía preocuparse.

Suponía que cuando dejara Londres, y la verdad saliera a la luz, como siempre ocurría, vería aún menos a su buena amiga Hailey.

Si tan solo pudiera viajar atrás en el tiempo y reparar el daño que sus acciones habían causado. Su amistad con la duquesa era una de las que más apreciaba en la vida, y saber que sus acciones ahora harían aún más imposible que se vieran le dolía el corazón.

—Oh, y aquí viene ahora. El embelesado Lord Billington —soltó una risita Lady Hirsch, sonriendo hacia su señoría.

Lila se volvió y sintió que la sangre se le iba del rostro. Billington se dirigía hacia ella con pasos decididos, pero su rostro no mostraba ni un ápice del placer que alguna vez tuvo. Ahora todo eran líneas duras, un severo ceño fruncido entre sus cejas y sus ojos fríos como el hielo.

Parpadeó para contener las lágrimas al saber cuánto debía detestarla ahora, y estaba a punto de descubrir cuánto. También lo sabría la alta sociedad que los rodeaba, que estaba segura de que

estaba a punto de escuchar la verdad.

—Lord Billington —dijo Lady Derby, acercándose a Lila como si también pudiera sentir la tensión que irradiaba el vizconde.

—Mi lord —dijo Lila, haciendo una reverencia y agradecida de que ese momento mirando al suelo le diera un respiro de su hostilidad.

—Su Gracia, señorita York, un placer como siempre. —Se volvió hacia las otras damas presentes y sus labios se curvaron en una pequeña y encantadora sonrisa—. Señoras, un deleite también —dijo.

Lila ignoró los suspiros cautivados que la rodeaban mientras su atractiva voz hacía el cumplido. Encontró su mirada y esperó a que el hacha que sin duda sostenía se balanceara y le cortara la cabeza—. Buenas noches —dijo al fin.

Él le tomó la mano y la colocó sobre su brazo, cubriéndola con la suya—. Espero que todas estén ocupadas discutiendo nuestras próximas nupcias. Lady Hirsch —dijo, señalando a la viuda de mediana edad—. Estoy seguro de que puede darle a mi querida futura esposa algunas ideas sobre cómo se puede lograr una boda de verdadero encanto y belleza.

Lila miró boquiabierta a Billington, sin creer lo que estaba diciendo. Sonaba como si fuera a casarse con ella después de todo. ¿O iba a casarse con Harlow y hacer que ella fingiera ser su prometida hasta entonces?

El pensamiento le revolvió el estómago, y tomó un respiro calmante, sin querer decir nada aquí y ahora por si su peor pesadilla estaba a punto de hacerse realidad.

Donde vería al hombre que siempre había codiciado casarse con su hermana en lugar de con ella. Donde tendría que hacerse a un lado y ver cómo su única oportunidad de felicidad se prometía a otra persona.

No solo para aquí y ahora, sino para siempre.

CAPÍTULO DIECINUEVE

LILA TRAGÓ la bilis que le subió a la garganta y se apartó de Lord Billington. —Si me disculpan un momento. Volveré enseguida —explicó a todos, dirigiéndose hacia las puertas del salón de baile y en dirección al tocador que se encontraba esa noche.

Llegó al primer piso de la casa de Lady Hirsch antes de que Billington le rodeara el brazo con la mano y la dirigiera en la dirección opuesta a la que ella quería ir.

—¿Qué estás haciendo? —exigió, tratando de liberar su brazo—. Necesito ir al tocador —mintió, sabiendo que solo iba a sentarse allí y dejar pasar varios minutos sin tener que ver a nadie ni hablar más sobre una boda que el hombre a su lado no deseaba.

—Tenemos que hablar —fue todo lo que dijo antes de llevarla a una habitación oscura. Las cortinas estaban abiertas, la luz de la luna era su única fuente de iluminación, y aun así era escasa, ya que la luna aún no había alcanzado su altura máxima.

—No tenemos nada de qué hablar, milord. Has dejado claros tus deseos. De hecho —dijo, liberándose finalmente de su agarre y cruzando los brazos—, ¿por qué mentiste así abajo hace un momento? Dijiste que no te casarías conmigo, y aunque no te culpo por eso, mentir es algo que te disgusta, ¿no es cierto? Tal vez no deberías hacerlo entonces —le reprendió. La ira corría por sus venas ante toda la situación, no solo por lo que ella había hecho sino por cómo él le había hablado como si no fuera digna de amor.

Una solterona desesperada, como él la había llamado. ¿No era eso lo que le había echado en cara ayer mismo?

—Necesitamos discutir cómo avanzaremos después de este desastre. Después de mucha reflexión y discusión con un amigo que está viendo las cosas con más claridad que yo en este momento, me ha hecho ver que no puedo cancelar esta boda. Nos vieron en una posición comprometedora y tendremos que casarnos. Creo que lo mejor es que tengamos una boda tranquila y pequeña, solo con la familia, para limitar el escándalo de con quién exactamente me estoy casando en lugar de con quién el ton cree que me voy a casar.

Lila se dirigió a la ventana, mirando los jardines negros como la tinta. —Estoy segura de que puedo hablar con mi hermana, y con el tiempo tal vez ella verá que casarse contigo es lo que quiere después de todo. Me disgustaría tanto molestar al ton y dejar que hablen de ti casándote

con la solterona madura de Grafton en lugar del diamante de la temporada, Harlow York.

Él la observó, y ella pudo ver cómo un músculo de su mandíbula se tensaba ante sus palabras. —Estaba enojado y molesto ayer, conmocionado hasta la médula, y dije cosas que no quería decir.

Lila negó con la cabeza, caminando hacia él. —No, ahí es donde te equivocas, milord. Cuando uno está enojado, dice la verdad más que cualquier otra cosa. No me amas, y ciertamente no te agrado en este momento. Escándalo o no, creo que esta unión es una mala idea, y no puedo casarme contigo.

Lila pasó junto a él y esperó que no intentara detenerla. No lo hizo, y ella se dirigió al pasillo, el sonido de los pasos de Billington pronto resonó tras ella antes de que Lady Hirsch saliera del tocador más adelante y los viera a ambos.

—Billington, señorita York, aún no están casados —les reprendió, encontrándose con ellos en las escaleras—. Pero no se preocupen, mis queridos. Ya que se van a casar en unas semanas, no diré ni una palabra a nadie. Sin embargo, les diré cuánto esperamos ver a una de las debutantes más encantadoras de Londres y a un reconocido soltero unidos en matrimonio. Oh, qué día tan satisfactorio será ese —dijo, juntando las manos con alegría.

Lila asintió, forzando una sonrisa en sus labios cuando todo lo que realmente deseaba era gritar. —Gracias, Lady Hirsch. Nosotros también estamos deseando que llegue ese día.

—Por supuesto que sí, querida —dijo antes de comenzar a bajar las escaleras.

—¿Ves? —susurró Billington en su oído, enviando un escalofrío de deseo por su columna—. No tenemos elección.

—Si dejaras de arrastrarme a habitaciones a solas solo para que nos descubran, tendríamos una opción —le espetó.

—Por lo que recuerdo, estabas más que feliz de estar a solas conmigo cuando te convenía, ¿o todo lo que dijiste eran mentiras junto con quién estabas interpretando?

Lila lo estudió, preguntándose por qué le importaba saber. —Mentí porque mi hermana estaba desesperada y necesitaba ayuda. Pero por lo demás, Lord Billington, no miento. No es mi inclinación habitual.

—Nos casaremos y tendremos que soportarlo lo mejor que podamos.

—No quiero que mi matrimonio sea soportado. ¿Qué clase de vida es esa? Quiero que mi esposo me desee, que me ame, no que me tolere. Y ciertamente no quiero un esposo que esté enamorado de mi hermana.

—No tenemos opción, señora.

—¿Tienes la intención de acostarte conmigo? ¿Consumarás el matrimonio? ¿Estarás dispuesto a tener hijos? Dímelos, para que sepa qué haré.

—Cumpliré con mi deber como caballero, y no habría estado buscando esposa si no hubiera querido tener hijos. Tendrás todas esas cosas, pero eso es todo.

¿Podría tolerar tal unión por el resto de su vida? ¿Podría renunciar a la esperanza de

encontrar un matrimonio por amor, aunque ya había renunciado a ese sueño hace años, para tener un matrimonio? Él le daría hijos.

El matrimonio significaría que tendría su propio hogar, la libertad que venía a una mujer de rango y fortuna. Ya no una solterona, sino una esposa, aunque solo fuera de nombre.

—Muy bien, Billington, me casaré contigo bajo esas condiciones, pero quiero tener hijos lo antes posible. Soy vieja, como sabes. Veintiséis años, y mis dientes pueden caerse pronto. Tan decrepita como soy, no queremos asustar a nuestros hijos cuando me miren, ¿verdad?

Él la miró fijamente, su atención bajando a sus labios cuando mencionó sus dientes. —Ah, no, no queremos eso. —Tomó una respiración profunda y asintió—. Muy bien entonces. Hemos llegado a un acuerdo. Te visitaré mañana, y discutiremos los detalles con tu tía, y te sugiero que escribas a tus padres y a tu astuta hermana para que regresen a la ciudad. Hay mucho que hacer.

No esperó por ella, simplemente comenzó a bajar las escaleras y salió por la puerta principal, sin molestarse en volver a entrar al baile. Ella negó con la cabeza. Bueno, parecía que no iba a bailar pronto con su prometido.

Debería haber negociado eso también en su acuerdo. Odiaría no volver a bailar con él, aunque no mereciera el trato que estaba recibiendo. Se había ganado su ira de todo corazón.

La tarde siguiente, Knox esperaba impaciente en el salón amarillo de la casa londinense de la tía de Lila. La habitación era excesivamente brillante y un poco demasiado ostentosa para su gusto, pero claro, él era un hombre y prefería los verdes y azules a los colores pastel claros.

La puerta se abrió y entró su futura esposa. La señorita Lila York vestía un traje de mañana de muselina verde, y sus ojos brillaban como gemas de jade.

Él sofocó el pulso que se le aceleró al verla. No desearía a su esposa, no después de que ella hubiera fingido ser otra persona simplemente para despistarlo cuando le convenía.

Pero no podía negar que se estaba casando con una de las jóvenes más hermosas e inteligentes de Inglaterra. Y astuta también.

Ella se acercó a él, y le recordó lo alta que era y qué altura tan perfecta tenía para complementarlo. Él compuso sus facciones en una expresión de desinterés y aburrimiento y se inclinó. —Señorita York, gracias por permitirme esperar quince minutos antes de que decidiera honrarme con su presencia.

—Es usted muy bienvenido —dijo ella, con una sonrisa tan falsa como su intento de cortesía—. Esperaba que se hubiera aburrido de esperar tanto y se hubiera marchado. Pero parece que la suerte no está de mi lado hoy. —Se dejó caer en un sofá cercano con poca delicadeza y acomodó sus faldas alrededor de sus piernas.

Él se sentó frente a ella, obligándose a ignorar su pulla. Necesitaba seguir adelante con la organización de esta boda que debían soportar. —Pensé que deberíamos casarnos en la iglesia de mi finca en York. Al usar la ubicación a nuestro favor, podemos controlar quién está invitado y quién no. Tal como deberíamos hacer, considerando que el vicario anunciará a una señorita Lila York para tomar mi mano y no a una señorita Harlow York.

Sus ojos se estrecharon, y él pudo ver que estaba enojada por recordarle tal hecho.

—¿Cree que su familia estaría dispuesta a viajar a York?

—Por supuesto que lo estarían —dijo ella, con expresión tensa—. Pero quizás le gustaría que hablara con Harlow, para ver si hay alguna posibilidad de que ella lo prefiera después de todo.

—No —ladró él, poniéndose de pie para pasearse frente a la hilera de ventanas que daban al patio trasero—. Eso no será necesario. Ella huyó de Londres para evitar una propuesta de matrimonio. Creo que está bastante claro que sus emociones no estaban comprometidas.

—Pero las tuyas sí, milord. Casarme con usted se siente incorrecto. He pensado en ello desde anoche, y no quiero casarme con usted cuando está enamorado de mi hermana. Me revuelve el estómago.

Él la miró fijamente, preguntándose por qué tendría esa respuesta emocional a lo que estaban emprendiendo. —Yo no amaba a su hermana. Era el diamante de la temporada, y yo necesitaba una esposa. El partido parecía adecuado para mí, nada más que eso.

El rostro de su prometida palideció. —De alguna manera, siento que su respuesta sobre por qué deseaba casarse con Harlow es peor.

—Y ahora, gracias a sus mentiras, usted sufrirá tal destino en su lugar —replicó él con sarcasmo, su estómago revolviéndose ante la idea.

Qué pareja tan estupenda eran.

CAPÍTULO VEINTE

LILA SE SENTÓ Y ESCUCHÓ, sin añadir demasiado a todas las ideas y planes de Lord Billington para su próxima boda. Había poco que pudiera hacer al respecto. Su tía había escrito a su familia pidiéndoles que se unieran a ella en Londres antes de que tuviera la oportunidad de retrasar la noticia.

Suponía que todos estarían en la ciudad la próxima semana, y tendría que enfrentarse a Harlow. Su pobre hermana no entendería el lío que había causado aquí en la ciudad.

—El siguiente asunto que debemos discutir es cómo nos comportaremos en la ciudad hasta que nos vayamos. Debemos montar un espectáculo para el ton y hacer que la sociedad crea que somos una pareja enamorada. Como sabes, detesto los chismes y no quiero ser el centro de mentiras y habladurías por la ciudad, así que tenemos que hablar sobre cómo procederemos.

—¿De qué manera? —Lila frunció el ceño, sin estar segura de lo que quería decir y sin saber si quería saberlo.

Él se sentó a su lado. Su presencia abrumó sus sentidos y le recordó todos los deliciosos momentos que habían pasado a solas. Como lo estaban ahora. Tragó saliva, fijando su atención en sus labios. Labios que ahora estaban apretados en una fina línea de disgusto antes de revelar su plan.

—Debemos engañar al ton para que crean que somos una pareja enamorada. Cuando descubran que me casé con la señorita Lila York en lugar de Harlow, a quien todos creían que estaba en la ciudad y a quien yo cortejaba, podría ayudar si creen que nos enamoramos.

—Creí que lo habíamos hecho, pero no importa, parece que todas esas declaraciones también fueron un error. —Juntó las manos en su regazo para evitar que temblaran—. ¿Quieres que actuemos como si no pudiéramos tolerar estar separados? ¿Que estemos cerca el uno del otro en cada baile y evento? —Gimió para sus adentros. Había esperado regresar hoy a Grafton y evitar que sus padres viajaran a la ciudad, pero sabía que esa ya no era una opción.

—No creo que debamos continuar con esta farsa. Solo estamos empeorando las cosas para ambos —dijo.

O al menos para ella. Amaba a Knox con todo su corazón, el hecho de que él solo hubiera negado amar a Harlow y no hubiera mencionado la emoción entre ellos desde que descubrió la

verdad, le decía que tal vez él no sentía lo mismo.

—Es mejor que la alternativa —afirmó él—. Cuanto antes crea el ton que somos una pareja enamorada y que me enamoré de Lila York y no de tu hermana, más pronto podremos volver a la normalidad en nuestras vidas, por lo demás, complicadas. Sacrificaré mi aversión a mentir esta vez si eso significa que alguien más será el alimento para los chismes del ton.

Lila se levantó del sofá, harta de lo que estaba escuchando. —Basta, Billington. Todo lo que haces es preocuparte por lo que los demás piensan de ti y dicen a tus espaldas. ¿No es agotador?

Su mirada la hizo sentir como una niña. —Lo harás porque tú y tu hermana son la razón por la que nos estamos casando. Cuanto antes engañemos al ton, más pronto podremos dejar de fingir tan arduamente que nos amamos y simplemente desaparecer en el olvido y volver a nuestras vidas normales. Aunque estaremos unidos para siempre en santo matrimonio.

—No me lo recuerdes —replicó, disgustándole cada vez más la idea de ser su esposa—. Entonces, ¿bailaremos y coquetearemos, y me concederás más besos, milord? Me gustaría prepararme si vas a ir más allá de tu resistencia y concederme tal bendición.

Sus ojos se estrecharon. —No finjas que no te gustaron mis besos, Lila —dijo, usando su nombre de pila por primera vez, haciendo que su piel se erizara de conciencia—. Me devolviste el beso, así que estoy seguro de que si decido que nos sorprendan besándonos de nuevo en un evento, no te quejarás.

La audacia del hombre no tenía límites. —¿Y si no quiero que me beses? ¿Qué pasará entonces, me forzarás al acto? —preguntó.

Él palideció. —Por supuesto que no, pero necesitamos acabar con el escándalo que está a punto de envolver a todo Londres cuando descubran que me casé contigo en lugar de con tu hermana.

—No me importa lo que piensen, y me niego a hacer lo que dices. —Lila sabía que estaba siendo maleducada, pero no podía evitarlo. Por mucho que quisiera besar a Billington de nuevo, besarlo como un medio para complacer al ton no era ideal. Fingir que lo adoraba cuando una pequeña parte de ella quería que fuera verdad, dolía.

—Bien, no nos besaremos, pero fingirás estar feliz con esta situación, especialmente porque es obra tuya.

—Oh, Dios mío, por favor deja de recordármelo.

Knox titubeó buscando las palabras adecuadas para responder a Lila. ¿Estaba loca la muchacha? ¿No sabía en qué situación tan precaria se encontraban ahora? El ton podía hacer o deshacer a una familia y sus conexiones con todo. No quería que sus futuros hijos se vieran perjudicados por este escándalo que siempre pendería sobre sus cabezas.

—Piensa en nuestros hijos. No querrán entrar en sociedad o ser rechazados por un escándalo que afectó a sus padres veinte años antes. Dijiste que querías hijos, ¿no es así? —dijo. No es que quisiera sobornarla para que cooperara, pero haría lo que fuera necesario.

La mujer era exasperante y absolutamente deliciosa cuando estaba acalorada y molesta con él

como lo estaba ahora. Tenía agallas, eso se lo reconocía, y le gustaba que discutiera con él, no simplemente le permitiera salirse con la suya.

Aunque lo haría en esto, demostraba que al menos tenía carácter.

—Bien, te besaré y fingiré adorar el suelo que pisas, ¿eso te complace? —preguntó, sus palabras dulces, pero su expresión burlona le decía que estaba menos que complacida con todo esto.

—Muy bien, ahora practicaremos. —Su jadeo de sorpresa sonó fuerte en la habitación, y él casi se rio.

—¿Cuál es el punto de besarnos aquí? No hay nadie que nos pueda ver o sorprender. Mi tía no lo hará, no ahora que estamos comprometidos.

—Debe parecer genuino, no forzado.

Ella agitó un dedo frente a su rostro. —Pero es todo eso. ¿Cómo va a parecer otra cosa? —Se levantó y caminó hacia la ventana.

Tenía razón. Aun así, necesitaban hacer esto. Él la siguió. —Bésame como lo has hecho antes, y te diré si seremos capaces de engañar a la alta sociedad cuando regresemos como una pareja casada.

Ella puso las manos en sus caderas. —¿Por qué no me besas tú en su lugar? Después de todo, esta es tu idea.

—Bien —dijo él, exasperado. Sin esperar a que ella argumentara más, le sujetó las mejillas y cerró el espacio entre ellos. El rubor de irritación la hacía inherentemente hermosa, y pequeños destellos esmeralda ardían con molestia en sus ojos.

Reprimió el impulso de elogiarla por lo condenadamente encantadora que era y en su lugar tomó su boca.

Su cuerpo se estremeció con su primer beso desde la traición de ella. No estaba seguro de qué lo invadió, si irritación, enojo o lujuria, pero maldita sea, una pequeña parte de él, en lo más profundo y enterrado, la deseaba de nuevo.

Incluso sabiendo todo lo que sabía de ella. Lo que había hecho. Los trucos que había jugado.

La anhelaba.

Acarició su lengua con la suya, y ella se relajó en sus brazos. Su rostro se inclinó para adaptarse mejor al abrazo, y él deslizó sus manos en su cabello. Horquillas y rizos cayeron sobre sus hombros. Quería verla despeinada pero no se atrevió a romper el beso.

La boca de ella buscó la suya, su lengua tímida al principio, pero pronto acarició la de él con una curiosidad que hizo que su sangre bombeara rápida y caliente en sus venas.

La hizo retroceder y no se detuvo hasta que ella chocó contra la pared junto a la ventana. Ella dejó escapar un pequeño gemido cuando su cuerpo entró en contacto con el de ella.

Era toda líneas cálidas y curvas femeninas. Su mano se deslizó sobre su cadera, atrayéndola más cerca mientras se presionaba contra ella. Su miembro dolía y se puso en atención. El calor lamió su columna, y supo que fingir estar lleno de lujuria por la mujer en sus brazos no sería una

tarea.

Nunca se había sentido así. Ni siquiera con su hermana, a quien nunca había querido besar ni una sola vez.

¿Por qué era eso cuando eran prácticamente idénticas?

Porque Lila te hace sentir cosas que nunca antes sentiste, no es una diferencia material sino emocional.

Incluso si la mujer lo había atraído a su calor con mentiras y engaños, estaba perdido.

CAPÍTULO VEINTIUNO

BESAR a Billington de nuevo era como si todo lo que había salido mal en su vida hubiera dado un giro y desaparecido. Los problemas que había causado de alguna manera se habían olvidado, y él la deseaba después de todo.

Todas mentiras, por supuesto. Él la despreciaba ahora, y aunque iban a casarse, tomaría mucho tiempo, si no para siempre, lograr que volviera a confiar en ella y amarla como antes lo había hecho.

Si es que alguna vez la amó. Él había pensado que era Harlow...

Pero aquí y ahora, besándolo y sintiéndose mareada de deseo, de esperanza, no podía evitar imaginar que a través de tal intimidad, podría tener una forma de llegar a su corazón y hacer que la perdonara.

Solo había estado tratando de ayudar a su hermana. Seguramente eso no era tan malo y merecedor de odio por el resto de su vida.

Él la arrancó de su abrazo, y ella tropezó, sintiendo la separación como un corte en su corazón.

—Eso servirá muy bien. Estoy seguro de que podremos engañar al ton haciéndoles creer que somos una pareja enamorada cuando regresemos casados.

—¿Y los engañará respecto a mi identidad? ¿O has olvidado quién soy? —preguntó ella, con un tono gélido.

Él entrecerró los ojos, dirigiéndose a un aparador cercano y sirviéndose un whisky.

—Fingiremos que se equivocaron todo el tiempo. Que ambas estaban en la ciudad, y la gente simplemente se confundió sobre a quién estaba cortejando. No pueden probar lo contrario. Son muy parecidas.

—Así que supongo que no te importaría a quién besaras. Tu reacción sería la misma si fuera mi hermana o yo. ¿Es eso lo que estás diciendo? —Él podía herirla, y posiblemente lo haría con su respuesta, pero ella tenía que saber si era diferente de Harlow. Que en algún lugar profundo de su alma, él reconocía a su alma gemela, y que el fuego y la atracción que habían compartido provenían de eso.

—Nunca besé a tu hermana, así que no puedo decirlo. —Bebió su whisky de un trago y se

dirigió hacia la puerta—. Te veré en el baile de Lord y Lady Daniels esta noche. Mi carruaje te recogerá a las nueve en punto. No me hagas esperar.

Lila lo vio marcharse. Ni una sola vez miró atrás. Cómo debía despreciarla, incluso si sus besos eran tan perversos.

Y ahora, en cuestión de días, tendría a su hermana y padres en la ciudad, y sus interacciones con Billington seguramente serían más incómodas que antes.

¿Cómo se comportaría ante su hermana?

Supuso que pronto lo descubriría.

Knox no podía salir de la casa de Lila más rápido sin realmente echarse a correr y parecer un tonto idiota por hacerlo. Subió a su carruaje y ordenó a su cochero que lo llevara a White's.

Una buena copa fuerte y la ausencia de mujeres eran justo lo que necesitaba.

Se recostó en los cojines, con la mente llena de pensamientos y emociones. Cerró los ojos e intentó formar un pensamiento coherente, pero todo lo que podía pensar era en el beso que había compartido con Lila.

Ella lo llevaba al borde de la desesperación, y sin embargo, nunca había estado tan enfurecido con una sola persona en su vida.

El carruaje se detuvo varios minutos después, y él saltó sin esperar a que el lacayo de White's abriera la puerta. Al entrar en el establecimiento, subió las escaleras de dos en dos y se dirigió a su lugar favorito junto a las ventanas que daban a St. James Street.

Un lacayo tomó su pedido, y Knox cerró los ojos, deleitándose en la soledad de la sala a esta hora de la tarde.

—Oh no, conozco esa mirada. ¿Qué ha pasado? —bromeó su buen amigo Renford antes de que el crujido del cuero sonara fuerte en sus oídos al sentarse.

—Nada está mal, excepto el hecho de que voy a ser el idiota risible de Londres y todo gracias a que no sabía que la mujer que he estado tratando de cortejar no es la misma mujer que pensé que era.

Renford escuchó con una mirada considerada en su rostro, y Knox lo puso al día sobre todo lo que había sucedido desde la última vez que se habían visto.

—Bueno, me alegro de que vayas a hacer lo honorable y casarte con la señorita Lila York. Eso es algo —declaró Renford, sorbiendo su cerveza—. Admito que no he visto a la mayor de las señoritas York desde hace varios años, pero pensando en la boda de Derby, las hermanas eran parecidas incluso entonces. —Hizo una pausa pensativo—. No importa cómo haya sucedido todo, Billington, ¿debes sentir algo por la mayor de las señoritas York? La menor te rechazó y no quería tus afectos, pero la mayor sí. Quizás esta farsa pueda terminar mejor para ti. Especialmente si tu esposa te desea, eso siempre es bienvenido en tales uniones. O eso me han dicho. —Renford lo miró por encima del borde de su vaso.

Knox suspiró, recostándose en su silla y cerrando los ojos, deseando que todo y todos desaparecieran para darse un momento de paz.

—He sido engañado, y ahora debo casarme con la señorita Lila York.

—¿Porque los atraparon solos en el baile de los Collins? Pero eso no es todo, ¿verdad? Has sido un canalla. Admítelo —afirmó Renford.

Y porque como caballero, no podía dejarla enfrentar el escándalo sola, no después de todo lo demás que había hecho con ella. Las muchas veces que habían estado solos e íntimos.

Se le hacía agua la boca al pensar en ella, y se pasó una mano frustrada por el cabello.

—Cada vez que la veo, me recuerda su traición, y me enfurezco de nuevo. Pero a su vez, tampoco puedo mantener mis manos quietas.

—Eso es un problema, uno placentero, pero un problema al fin y al cabo.

—Eres de gran ayuda —declaró Knox, fulminando con la mirada a su amigo.

Renford soltó una risita mientras terminaba su cerveza.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir enojado con tu prometida? No será un matrimonio acogedor y armonioso si siempre estás gruñéndole.

Era un hecho que conocía perfectamente y en el que necesitaba pensar detenidamente.

—Creo que necesita ser castigada un poco más, pero espero que con el tiempo deje de sentirme como un tonto por no haber descubierto la verdad. ¿Cómo pude no ver la diferencia? Aunque fuera la más mínima.

Knox recordó los lunares en los rostros de las hermanas y cómo, de hecho, estaban en lados opuestos de sus bocas. ¿Cómo no había notado el cambio? En el momento en que la señorita York mayor regresó a la ciudad, las emociones que despertó en él estaban presentes, fuertes y abrumadoras. Más de lo que podía negar.

¿Cómo no se había dado cuenta?

—El ton nos despedazará cuando se enteren, pero tengo un plan para ese problema en particular.

—¿Lo tienes? —preguntó Renford—. ¿Cuál es?

—Simplemente declararé que siempre fue la señorita Lila York y que ambas damas estaban en la ciudad sin que el ton lo supiera.

—¿Y tus sentimientos hacia la señorita York mayor? Cortejabas a la hermana menor hace apenas un mes. ¿Tienes algún apego emocional hacia ella? —Renford le lanzó una mirada comprensiva—. Solo pregunto porque estás a punto de casarte con la mayor, pero si no la amas, sin importar el daño que la señorita York mayor pueda sentir, estoy seguro de que ella no querrá casarse con un hombre que no esté emocionalmente vinculado.

Renford tenía un buen punto, pero poco sabía que Knox estaba embelesado con la mujer con quien iba a casarse. De hecho, la amaba.

Lila era diferente, más en sintonía con él, más disponible emocionalmente y apasionada. Tan condenadamente intensa que lo dejaba dando vueltas. No había tenido la más mínima inclinación de besar a la señorita York menor cuando ella había estado frente a él. Pero con la mayor, bueno, esa era una situación completamente diferente.

El recuerdo de ellos en su pequeña finca a las afueras de Londres... ¿Cómo podía haber sido hace solo unos días? Parecía que había pasado tanto desde entonces. Tantos giros y vueltas en su cortejo con la mujer que sería su esposa.

Casi había arruinado su reputación. Si el ton se enterara de lo que le había hecho en su pequeña finca, pero no solo allí, en el carruaje, en el teatro. Ella lo había convertido en un libertino, y ambos habían disfrutado cada momento escandaloso y atrevido juntos por ello.

Pero ella le había mentido.

Lo que más odiaba en las personas. Y ella le había mentido repetidamente en su cara. Lo había hecho enamorarse de ella mientras le dejaba creer que era otra. Simplemente para cumplir los deseos de su hermana y dejarlo solo y desolado en Londres cuando la temporada llegara a su fin.

La ira palpitaba en él por haber sido engañado, convirtiendo el nombre de los Billington en el último chisme del ton. Detestaba tales cosas y aún no podía creer que ella pudiera ser tan apasionada en sus brazos y pronunciar palabras tan dulces con labios tan mentirosos.

—La señorita York mayor y yo fuimos sorprendidos a solas. No puedo casarme con la menor ahora, sin importar mis sentimientos. —Tampoco había pasado tiempo entre sus piernas como con la mayor. Un lugar que deseaba visitar de nuevo, incluso estando tan enojado como estaba—. No, la señorita York mayor será mi esposa, y poco se puede hacer al respecto más que pedirte que seas mi testigo. Nos casaremos en mi finca en York.

—Por supuesto —dijo Renford—. Viajaré contigo al norte tan pronto como estés listo para partir. No hay nada que me retenga en la ciudad.

—Gracias, amigo mío. Partiremos la próxima semana una vez que su familia esté en la ciudad y los contratos estén arreglados. —Cómo iría eso era una incógnita. Un desastre en todos los sentidos y por obra de las hermanas York.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

LILA ESTABA SENTADA en el salón privado de arriba, pues su madre y su padre se habían retirado a dormir hacía tiempo. Su hermana Harlow la miraba con una irritación que nunca antes había visto en su rostro, y entendía por qué estaba tan enfadada.

Tenía todo el derecho a estarlo.

—Te enviaron a Londres para hacerte pasar por mí. Para rechazar a Lord Billington sin mucho alboroto y luego volver a casa. ¿Cómo es que recibimos la noticia de que estás comprometida con él? ¿En qué estabas pensando, Lila? Esto es un desastre total.

Lila se movió para sentarse a su lado. Intentó tomarle la mano, pero Harlow se apartó bruscamente y se deslizó más allá en el sofá. —Estoy demasiado enojada contigo ahora mismo como para permitir que me consueles. ¿Cómo pudiste hacerme esto? —exigió Harlow.

Lila suspiró, hundiéndose en los suaves cojines. —Lo siento. Intenté decírselo, de verdad, pero me pidió tiempo para hacerme cambiar de opinión. No pensé que haría daño y acepté, sin saber que caería rendida ante sus encantos al permitirle cortejarme como lo hizo.

—Oh, por favor, ahórrame tus excusas, Lila. Siempre has admirado a Lord Billington, y nunca debí confiar en que harías lo que te pedí. Debí haber sabido que te enamorarías del hombre.

Lila apretó las manos en su regazo, odiando que su hermana tuviera razón, por mucho que le doliera escuchar su dolor. —Debemos fingir que estuviste aquí en Londres todo el tiempo y que el ton simplemente se confundió con ese hecho. Cuando llegue el momento en que descubran la verdad sobre con quién se ha casado realmente Billington.

—Tal vez debería casarme yo con él y salvar la reputación de todos. Piensan que soy yo de todos modos, y solo os pillaron juntos en la biblioteca de los Collins. No ha ocurrido nada indecoroso... ¿verdad? —preguntó Harlow, mirándola con tanta intensidad que su cuerpo se cubrió de un sudor frío.

Lila negó con la cabeza. —Ah, sí, es cierto. Nos pillaron hablando y nada más.

—Bueno, entonces el asunto será fácil de solucionar. Me casaré con él.

—No, no lo harás —afirmó Lila, con un tono que no admitía discusión—. He hecho más que eso en otros lugares con su señoría. Quizás he hecho más de lo que estoy dispuesta a discutir. No

te casarás con él, porque lo haré yo. —Lila se puso de pie, con el estómago revuelto ante la idea de que su hermana estuviera eternamente unida al hombre que había llegado a adorar. No, no podía soportar tal dolor. Su corazón no lo soportaría.

—Y de todos modos, ¿no te gusta Lord Kemsley? No me digas que ya te has rendido con el conde antes de intentar ganar su corazón.

—¿Acaso te das cuenta del escándalo que se producirá cuando el conde descubra que Billington se casó contigo en lugar de conmigo? Sin importar mis sentimientos hacia Lord Kemsley, creo que lo mejor para ambas y para nuestra familia y amigos es que me sacrifique y me case con su señoría y arregle todas nuestras preocupaciones.

Lila negó con la cabeza. —No, Harlow. No lo permitiré. Si no me caso con Billington, sé que no seré feliz con nadie más. Me he enamorado de él. Por terrible que suene, lo he hecho. No era mi intención, pero fue tan convincente en sus elogios hacia mí, y no pude ser inmune a él. Lo amo —repitió, como si al hacerlo, ella también lo creyera.

—Pero, ¿puedes estar segura de que él se preocupa por ti de la misma manera, Lila? Él pensaba que se estaba declarando a mí, no a ti. Todo lo que ha dicho era para mí.

Lila tragó saliva, odiando que su hermana tuviera razón. Pero en el fondo de su corazón, había querido creer que sin importar lo que dijera, lo decía todo por la mujer que tenía delante, que era Lila, no Harlow. Sus gustos y aversiones eran los de Lila, no los de su hermana. Su temperamento, su capacidad para hacerlo reír, para besarla con pasión, todas esas cosas eran de ella, no de Harlow.

Eso tenía que marcar una diferencia. Seguramente él notaba el contraste entre ellas.

—¿Estás intentando herirme a propósito? ¿Por qué me dices tales cosas? —preguntó Lila a su hermana mientras la inquietud y la duda comenzaban a invadir su mente. Más de lo que lo habían hecho antes.

Su hermana suspiró y tomó su mano por primera vez desde que llegó. —No pretendo decir cosas que te molesten, pero estoy preocupada, eso es todo. No quiero que salgas lastimada.

Lila se encogió de hombros, insegura de cuál debería ser el mejor resultado, pero sabía en lo más profundo de su ser que no podría casarse con nadie más que Billington. Y ciertamente sabía que verlo casarse con su hermana le rompería el corazón de una manera que nunca volvería a estar completo.

—Hablaré del asunto con Billington, pero hay cosas que ocurrieron que creo que el caballero que hay en él no le permitirá elegir a nadie más que a mí. Todo saldrá bien, Harlow. Nos casaremos y todo, los chismes y rumores, se calmarán, y otro escándalo tomará precedencia sobre el nuestro, y todo será olvidado. Lo prometo —dijo Lila, tratando de creer sus propias palabras, y no solo por el bien de su hermana.

La ceja levantada de Harlow, llena de incredulidad, decía lo contrario.

Knox dio la bienvenida a los York y a un grupo de amigos cercanos de Londres en quienes confiaba y sabía que ayudarían con el escándalo que pronto estallaría en Londres cuando se

casara con la señorita Lila York en lugar de Harlow.

No había visto a la hermana menor, habiendo preferido mantener la distancia ya que ella había sido la mente maestra detrás del engaño en primer lugar.

Pero ahora no había forma de evitarla. No con ella hospedándose en su finca de campo y pronto a ser su cuñada.

Se sentó detrás de su escritorio y miró los muchos libros de contabilidad frente a él. Todos ellos al día y precisos después de un día de esconderse en esta habitación para evitar enfrentar lo que debía.

Sus futuros suegros y cuñada.

Sonó un golpe en su puerta, y les dio permiso para entrar, esperando que fuera Renford, quien debía llegar esta noche desde Londres. Pero en lugar de su buen amigo, entró la señorita Harlow York, el lunar en el lado opuesto de su cara al de Lila delatándola.

Tomó un respiro calmante, luchando por mantener su irritación hacia la joven bajo control. No quería hacerla llorar, pero las palabras malsonantes contenidas tras su engaño querían salir desesperadamente.

—Lord Billington, ¿podríamos hablar? —preguntó Harlow, de pie junto a la puerta como si tuviera demasiado miedo para entrar más.

Él le hizo un gesto para que entrara, sin molestarse en ponerse de pie.

—Tome asiento, señorita York —ofreció, sabiendo que estaba siendo muy poco caballeroso al no ofrecerle una silla, pero después de lo que ella había hecho, no merecía tales modales en ese momento.

—Gracias —dijo ella, acercándose para sentarse frente a él.

La estudió, incapaz de entender cómo había pasado por alto las diferencias entre las dos hermanas. En la superficie, sí, eran similares, pero no exactamente iguales.

Lila tenía una elevación traviesa en sus labios que siempre le había hecho sonreír, mientras que la señorita Harlow no. Sin contar la ubicación del lunar, su cabello no era tan claro como el de Lila, y no parecía como si la luz del sol hubiera besado su cabeza y dejado su marca.

—¿Qué es lo que deseaba discutir? —preguntó formalmente.

Ella acomodó sus faldas, y él vio que sus manos temblaban un poco por los nervios.

—Quería hablarle sobre por qué puse a mi hermana en la situación en que la puse, y necesito que sepa que ella no quería hacer lo que le pedí.

—¿En serio? —interrumpió él—. Pero aun así accedió a engañarme.

Ella asintió.

—Bueno, sí, lo hizo, pero solo porque me ama demasiado, me temo, y quería protegerme de mí misma. A veces puedo meterme en situaciones que no son propicias para mi propia felicidad.

—Es decir, que yo la puse en tal situación, ¿no es eso lo que está diciendo, señorita York?

—Bueno, sí, supongo que sí. No sentía nada hacia usted, milord. No de la manera en que quiero sentir cuando un hombre me corteja. Quiero sentir mariposas en el estómago y emoción

ante la idea de ver a mi admirador en cualquier baile o fiesta. Quiero que ocupen mi mente en cada hora de vigilia y de sueño. No me sentía así con usted —dijo bastante francamente.

Knox entrecerró los ojos.

—¿Por qué no fue honesta conmigo? Soy un hombre adulto. Le aseguro que lo habría entendido.

—Pero no lo hizo. Mi hermana respondió a su oferta con un no, y usted se negó a aceptar su respuesta. Creó un juego donde podía intentar seducirla para que dijera que sí, y luego la castiga por ello después del hecho, cuando ella cayó ante sus encantos.

La vergüenza lo invadió, sabiendo que la hermana de Lila tenía razón en más de un sentido. Él había coaccionado a Lila para que le diera hasta el final de la temporada para seducirla a su voluntad. Y ella había caído a sus pies, más que dispuesta a dejarse llevar en sus brazos.

No debería haber hecho eso.

—Entiendo su punto, y me disculpo por contradecirme. Me aseguraré de hacer las paces con Lila sobre ese hecho. —Pero otros, no estaba tan dispuesto a perdonar.

—Yo la obligué a hacerle esto, milord. Por favor, no la castigue por enamorarse de usted cuando sus encantos ganaron su corazón para siempre. Si desea estar enojado con alguien, esté enojado conmigo. Soy la peor de las hermanas, pero tengo la intención de rectificar mis errores, por eso le estoy hablando hoy. Lo siento, de verdad, y espero que podamos ser amigos.

Knox la estudió por un largo momento antes de que la ira y la vergüenza que sentía hacia ambas hermanas se filtraran de su corazón. Tal vez todos se habían equivocado de alguna manera u otra. Ciertamente, él debería haber aceptado la negativa de la señorita York y dejarlo así. Pero no lo había hecho. Lila había intentado hacer lo correcto, y él no se lo había permitido.

Se puso de pie y rodeó el escritorio, extendiendo su mano, que la señorita York tomó.

La ayudó a levantarse.

—Acepto sus disculpas, y le agradezco la explicación. No tengo hermanos, así que no conozco el nivel de profundidad del amor que se tienen, pero puedo entenderlo lo suficiente como para saber que sería grande. Está perdonada —dijo, riendo cuando ella lo rodeó con sus brazos y lo abrazó con fuerza.

—Gracias, milord. De verdad no tenía la intención de causar tantos problemas. Estaba demasiado asustada para decirle mis sentimientos yo misma, obligando a Lila a hacerlo por mí. Un acto cobarde, lo sé, pero es la verdad.

Él le devolvió el abrazo, contento de no estar en desacuerdo con la hermana de Lila. Tales perturbaciones no eran propicias para un matrimonio feliz.

—La perdono —dijo, justo cuando la puerta se abrió y Lila se detuvo en seco en el umbral. Miró entre ellos, notando sus brazos entrelazados, y su rostro palideció.

—Lila —dijo él, apartándose de los brazos de Harlow y moviéndose hacia ella, pero ya se había ido.

Hizo una mueca, entendiendo lo que ella creía que acababa de presenciar.

—Maldición —juró antes de ir tras ella.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

KNOX ALCANZÓ A VER el vestido de ella desapareciendo por la barandilla de la escalera mientras se dirigía a su habitación. Subió los escalones de dos en dos, pero no llegó a tiempo para evitar que la puerta se cerrara de golpe en su cara.

Se quedó allí momentáneamente y tomó un respiro para calmarse antes de llamar y entrar sin pedir permiso.

Encontró a Lila saliendo de su vestidor con una pequeña maleta en la mano. —Empaca mis cosas, Eve. Me voy hoy —ordenó, mirándolo con furia antes de dirigirse a su mesita de noche, recogiendo varios libros y colocándolos sobre la cama—. Ah, y pide un carruaje también.

—No pidas ningún carruaje —corrigió él, manteniendo la puerta abierta—. Por favor, retírate, Eve. Deseo hablar a solas con mi prometida.

La doncella, con los ojos muy abiertos, miró alternativamente a uno y otro, pero hizo lo que le ordenó, saliendo apresuradamente de la habitación sin decir una palabra más.

Ella dejó de empacar y se enfrentó a él, con los brazos cruzados defensivamente sobre el pecho. —Vete. No hay nada que quiera decirte —murmuró algo entre dientes que él no logró entender.

—Lila, lo que viste...

Un libro pasó volando junto a su cabeza, y se quedó inmóvil. ¿Acaso le había lanzado el libro a la cabeza? La miró boquiabierto, incapaz de creer lo que efectivamente había hecho, antes de acortar la distancia entre ellos, alzándose sobre ella. —Podrías haberme golpeado —declaró obviamente.

—Eso intentaba. Parece que debo practicar más. Mi puntería está fallando —entrecerró los ojos, con la respiración agitada.

Su corazón también latía acelerado, pero no por miedo, sino por el hecho de que estaban solos una vez más. Prometidos y a punto de casarse por la mañana.

Sin mencionar la molesta verdad de que la amaba.

—No deseabas atacarme. No hay razón para estar enojada —dijo—. No interrumpiste nada en la biblioteca. Déjame asegurártelo.

—¿Asegurármelo? —se burló de sus palabras—. Has estado ausente, distante desde que

descubriste la verdad. Y aunque lo siento, una vez más, y lo sentiré una y otra vez por mi parte en el juego que se jugó contra ti, no me casaré contigo cuando es evidente que tienes sentimientos por mi hermana. Una verdad que debí haber aceptado hace mucho tiempo, pero me aferré a esta falsa esperanza de que no fuera cierto. Que podría hacer que me vieras a mí, a la verdadera yo, y me amaras en su lugar. Pero claramente me equivoqué.

Ella pasó junto a él, y él la agarró del brazo, deteniéndola bruscamente. —Estaba enojado, Lila. Herido porque mientras yo intentaba ganar tu corazón, tú buscabas soluciones a los problemas que tu hermana había creado. No sabía si algo de lo que pasó entre nosotros significaba algo para ti. Como lo significó para mí.

Ella encontró su mirada, y él maldijo las lágrimas contenidas en sus ojos. —Nunca amé a Harlow. Nunca sentí nada por ella cuando estaba en la ciudad, pero era la joya de la temporada, y todos pensaban que debían casarse con ella. Yo incluido. Pero en el momento en que llegaste, algo se encendió en mi alma, y tuve que tenerte. No pude aceptar el no que tan educadamente me diste por insistencia de tu hermana. Te quería a ti, Lila York. A nadie más. Ni entonces, ni ahora. Sabes cuánto te deseo y cuánto quiero decirte una y otra vez cuánto te amo.

Ella alzó una ceja incrédula, mirándolo por encima de su perfecta nariz. —Eso no es lo que parecía ser la verdad en la biblioteca. Te veías bastante cómodo en los brazos de mi hermana. Y puedes quedarte allí, porque no te creo —declaró, levantando la barbilla.

Knox negó con la cabeza. —Sí me crees, pero estás siendo testaruda. Admítelo —afirmó, agarrando sus caderas y atrayéndola hacia él—. Tu hermana me explicó su papel en el engaño que me jugaron. Me hizo ver los errores que no debí cometer.

—¿Como cuáles? —preguntó, sin apartarse de su abrazo. Era suave y cálida bajo sus dedos, y podía oler el aroma a jazmín que ahora siempre le recordaba a ella.

—Cuando rechazaste mi oferta la primera vez, debería haber aceptado tu respuesta como un caballero. Si lo hubiera hecho, quizás habrías entrado en la temporada como tú misma, tu hermana junto a ti, y te habría cortejado a ti en su lugar. Dios sabe que solo tú encendías mi sangre y me hacías querer hacer todas las cosas poco caballerosas que se me ocurrían contigo y solo contigo.

—Aun así, eso no explica por qué estabas abrazando a mi hermana hace un momento —el dolor brilló en sus ojos, y su corazón se retorció en su pecho.

—Lila, la perdoné, y ella se sintió aliviada por mi oferta de amistad. Me abrazó por el alivio. Eso es todo. No quiero a Harlow. Te quiero a ti. Es tu alma la que llama a la mía. Nunca he sentido nada hacia nadie que se iguale a lo que siento por ti. Daría mi vida si eso significara que estuvieras a salvo. Eres la mujer que amo y la única mujer con la que me casaré mañana.

—¿Y el escándalo que surgirá de nuestro matrimonio? Londres se sentirá engañado, y con razón, al igual que tú lo has sido. ¿Qué hay de todo eso?

Knox le sujetó la mandíbula, levantando su rostro hacia el suyo. —No me importa lo que Londres diga o piense. Mientras seamos felices, eso es todo lo que me importa. La temporada

está casi terminando. No tenemos que volver en absoluto si así lo elegimos. Podemos encerrarnos aquí y disfrutar de los primeros días de nuestro matrimonio juntos, solos y sin los muchos ojos que vigilan cada uno de nuestros movimientos en la ciudad.

La esperanza y el alivio la inundaron como el vino, y Lila rodeó el cuello de Knox con sus brazos, entrelazando sus dedos para evitar que se alejara. —Me gusta la idea de quedarnos aquí y no volver a Londres. No hasta que tengamos que hacerlo el próximo año.

Él se encogió de hombros. —Podríamos viajar la próxima temporada y no regresar tampoco si no queremos. Y para cuando volvamos a pisar suelo inglés, seguramente habrá otro escándalo demasiado delicioso para que la alta sociedad lo ignore, y pronto nos olvidarán. ¿Te gustaría eso, *mon cœur*?

—¿Mi corazón? ¿Así que ya no me vas a llamar Mon Amour?

Él sonrió, inclinando la cabeza y robándole un beso.

—Siempre tendrás mi amor y mi corazón, Lila.

Lila acortó la distancia entre ellos mientras un peso abrumador que había cargado durante semanas se levantaba. Lo abrazó con fuerza, embriagándose con el aroma a sándalo y algo dulce e intoxicante que era todo Knox.

—Lo siento por mi parte en el plan contra ti. Se suponía que debía decirte que no e irme. Pero siempre he albergado afecto por ti, un caballero que admiraba y codiciaba, aunque sabía que ni siquiera sabías que existía. Y cuando dirigiste tus encantos hacia mí, bueno, me bañé en ellos con alegría mientras sabía todo el tiempo que lo que estaba haciendo estaba mal. Fui egoísta y me puse por delante de ti cuando tú no sabías nada del juego que estábamos jugando contra ti.

Él la miró a los ojos, y ella no vio malicia alguna. Ni ira ni resentimiento.

Solo amor.

—Te perdono, Lila. ¿Cómo no hacerlo cuando eres mi pareja en todos los sentidos? Eres mi vida.

Lila lo besó profundamente, tomó sus labios y transmitió todas las emociones con las que había estado luchando y ocultando durante tanto tiempo y las arrojó al abrazo.

Él le devolvió el beso y cayeron sobre la cama. Sus piernas se enredaron, sus manos estaban por todas partes, despojándola de su vestido, y ella no se negó. Ella también estaba ocupada trabajando en los botones de sus pantalones, sacando su camisa de los calzones y arrancándole la chaqueta.

Su unión fue rápida, frenética, y ella jadeó cuando él la tomó, haciéndola suya desde ese día en adelante. Sus bocas se fundieron, un caleidoscopio de emociones de promesas, necesidades y deseos que se habían acumulado durante estas muchas semanas.

Él embistió en ella, tomándola con golpes implacables que encendieron un fuego en su alma que nunca antes había sentido. Mucho más fuerte, más salvaje que cuando habían estado juntos antes. No se parecía en nada a esto. Esta unión era enloquecedora, provocadora, feroz y abrasadora.

El sudor se acumuló en su piel, enfriándola aunque su cuerpo estaba encendido de fuego.

—Knox —gimió mientras él continuaba tomándola, empujándola hacia la liberación que anhelaba, una que siempre desearía ahora que había probado el cielo que él podía regalarle.

—Te amo tanto, Lila —susurró contra sus labios, besándola firmemente.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos justo cuando el exquisito temblor sacudió su cuerpo, enviándola por un precipicio de felicidad. Se aferró a Knox, gimió su nombre y sintió cómo su miembro se endurecía aún más dentro de ella.

—Lila —jadeó él—. Eres todo. —Gimió, siguiéndola en el éxtasis.

Permanecieron abrazados durante muchos minutos, ninguno de los dos dispuesto a renunciar a la paz y la euforia que habían compartido.

—Temo que nunca más te daré descanso. Te deseo incluso ahora —admitió.

Ella se rio, rodando para acostarse sobre su pecho y mirarlo cuando él se movió a su lado.

—No te preocupes, mi amor. No oirás quejas de mi parte.

Él la hizo rodar sobre su espalda, mirándola con una sonrisa maliciosa.

—No digas que no fuiste advertida, Mon Coeur.

—Anotado —dijo ella, atrayéndolo para otro beso—. Pero por favor, llámame Lila.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

KNOX ESTABA de pie en el altar con Renford a su lado. Las puertas de la pequeña y pintoresca iglesia se abrieron, y escuchó los pocos murmullos de asombro de sus amigos cuando Lila entró del brazo de su padre.

Se giró y sintió un golpe en el estómago al ver a Lila caminando hacia él. Llevaba un vestido del azul más claro de seda de tul, casi blanco, que la hacía parecer etérea y de otro mundo, ciertamente fuera de su alcance.

Su atención estaba puesta en él, y podía ver el amor y la adoración en sus intensas profundidades verdes. Su unión de ayer, el encuentro apasionado que se había convertido en muchos, sería para siempre el comienzo de su eternidad.

Qué afortunado era de casarse con la mujer que amaba y adoraba. Ojalá todas las personas fueran tan afortunadas. Hoy era una celebración, el comienzo de algo nuevo: una unión entre ellos y nadie más.

Renford le dio una palmada en el hombro, y él parpadeó, se quitó una lágrima perdida de la mejilla y esperó que nadie más viera su respuesta emocional a su futura esposa.

Extendió la mano y tomó la de ella, deseando que estuviera a su lado, ahora y para siempre.

—Nos hemos reunido aquí hoy... —comenzó el sacerdote.

Knox sonrió, queriendo reconfortarla. Había sido menos de lo que debería haber sido con ella estos últimos días, pero ya no más. De hecho, había sido un completo idiota, pero nunca más. Ella había cometido un error y él la había perdonado, pero él tampoco estaba libre de culpa, y él también tenía una carta en el juego que se había jugado en su contra.

—Lord Billington —oyó decir al sacerdote, y le prestó toda su atención al hombre de fe—. Repita después de mí.

Knox hizo lo que se le pidió y reprimió una sonrisa cuando Lila también repitió sus votos, su dulce voz como música para sus oídos. Su corazón se retorció en su pecho ante la visión de su esposa, la mujer que sostenía su corazón y su alma en la palma de sus manos, ahora y para siempre.

—Yo os declaro marido y mujer —dijo.

En contra de las reglas de la sociedad, Knox atrajo a su esposa hacia sí y la besó, tomando

sus labios en un beso que de otro modo sería solo entre ellos. Pero quería que todos supieran que Lila York, ahora vizcondesa de Billington y futura duquesa de Lancaster, era suya y que la amaba solo a ella.

Sonrió durante el beso mientras sus amigos y familiares suspiraban, y varios de ellos aplaudían.

Knox se apartó, manteniendo a Lila cerca.

—¿Feliz, mi amor? —le preguntó.

—Sí —asintió ella—. Estoy tan feliz. Creo que podría estallar por lo que siento por dentro.

—Bien, porque así es como pretendo hacerte sentir desde este día en adelante hasta que la muerte nos separe.

Ella le acarició la mejilla, besándolo por segunda vez.

—Espero con ansias —dijo.

Al igual que él.

EPÍLOGO

1812 Londres

KNOX FIRMÓ el último documento y se despidió de su abogado antes de dirigirse a la sala del desayuno en la parte trasera de la casa. Encontró a Lila tejiendo en una silla bajo la luz del sol, sus mejillas aún sonrosadas por sus esfuerzos matutinos.

Se apoyó en el marco de la puerta por un momento, esperando que esta vez quizás logran concebir un hijo propio. Los últimos dos años de matrimonio habían sido maravillosos, pero sabía que Lila deseaba un hijo o una hija, y era su misión de vida darle todo lo que ella deseara.

No es que se estuviera quejando. Estaba más que dispuesto a participar en sus juegos de alcoba cuando y a la hora que ella quisiera.

—Puedo sentir que me estás mirando —dijo ella, sonriendo sin apartar la vista de su tejido—. ¿Vas a venir a acompañarme? Tienes una bufanda que terminar, ¿sabes?

Él sonrió, entrando en la habitación y dejándose caer en el sofá junto a ella, jugueteando con una pequeña cinta bordada en su vestido. —¿Qué estás tejiendo hoy? —preguntó, aunque era evidente por la forma de su trabajo lo que estaba tejiendo.

—Un gorrito de bebé. —Se lo mostró, y él se maravilló de su punto pulcro y lo diminuto que era el gorrito.

—No puedo imaginar que un bebé sea tan pequeño, pero supongo que lo son.

—Lo son —dijo ella, volviéndose para mirarlo—. ¿Qué quería tu abogado? Espero que todo esté bien con las propiedades y las granjas.

Él se maravilló de ella, su perfecta vizcondesa. Tan preocupada por los demás, tanto que estaba seguro de que sus arrendatarios la querían más a ella que a él estos días.

—Vino a informarme que el pariente lejano de mi padre ha fallecido, y ahora somos el Duque y la Duquesa de Lancaster con todo lo que eso conlleva.

Ella dejó caer su tejido, boquiabierta. Incapaz de perder una oportunidad cuando se presenta, él se inclinó hacia adelante y la besó.

—Por favor, sé serio, Knox. ¿Estás seguro? —Frunció el ceño, sus ojos llenándose de lágrimas—. Qué triste que haya fallecido, y nunca llegamos a conocerlo.

Knox la atrajo a sus brazos y le frotó la espalda, inseguro de dónde venía esta respuesta emocional hacia un hombre que nunca habían conocido, pero solo probaba aún más el buen corazón que tenía. —Él no quería que lo conociéramos. Era un recluso, ¿recuerdas?

Ella sorbió y se secó las mejillas. —Eso es cierto y supongo que es un consuelo.

—Entonces dime, ¿cómo se siente ser duquesa? —le preguntó, queriendo animarla.

Ella recogió su tejido, negando con la cabeza ante su pregunta. —Igual que se sintió convertirse en vizcondesa. Ambos son igualmente aterradores y maravillosos al mismo tiempo. Especialmente cuando asumir esos títulos significa que puedo estar casada contigo —dijo, inclinándose hacia él y otorgándole otro beso.

Knox se deleitó con su toque. —Adoro nuestra vida, Lila. Cuando pienso en lo que podría haber hecho, lo que tantos hombres de la alta sociedad hacen simplemente para cumplir con su deber y casarse con cualquiera, me estremezco ante la idea. Nunca he sido tan feliz o satisfecho. Te aprecio —dijo.

El rubor en sus mejillas se intensificó. —Yo también te amo —dijo, guardando su tejido antes de volverse hacia él.

—¿Para quién es el tejido? ¿Está Hailey embarazada de nuevo? —preguntó él.

Lila se rió, negando con la cabeza. —No, es para nuestro hijo.

Él extendió la mano, tomando la de ella. —Sucederá algún día, mi amor. Creo que lo bueno le llega a las buenas personas, y tú mereces todo lo que tu corazón desea.

—Lo sé —dijo ella—. Pero cuando dije que esto es para nuestro hijo, lo decía en serio. —Sonrió con picardía—. El doctor Riley estuvo aquí cuando estabas con tu abogado, y confirmé mis sospechas.

La habitación dio vueltas, y Knox extendió las manos, aferrándose a sus brazos. —¿Estás segura? —Su mente luchaba por dar sentido a sus palabras—. ¿Así que las náuseas que has estado experimentando son normales? ¿Los mareos y los sudores no son motivo de preocupación?

Ella negó con la cabeza, riendo. —No, nada de qué preocuparse, pero puedo ver que has estado secretamente preocupado por mí. ¿Por qué no dijiste nada?

—Supongo que no quería admitirme a mí mismo que algo podría estar mal.

Ella suspiró, rodeando su cuello con los brazos. —Bueno, no hay nada malo, mi amor, y tendremos una pequeña dama o un lord en unos meses.

—O un duque —sonrió él.

Ella sonrió. —O un duque —estuvo de acuerdo, besándolo de nuevo antes de que se entregaran a más juegos de alcoba, aunque esta vez no había otra razón que el amor.

El uno por el otro.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

